TROTSKY, *par G. Annenkov.*

OBRAS ESCOGIDAS

L. Trotsky

Perfiles políticos

León Trotsky

Edicions internacionals Sedov

Núcleo en defensa del marxismo

Germinal

Edicions Internacionals Sedov
Obras Escogidas de León Trotsky en Español

Edicions internacionals Sedov
Núcleo en defensa del marxismo
Germinal

Valencia, septiembre de 2020
germinal_1917@yahoo.es

Presentamos esta poco conocida obra de Trotsky. Publicada en ruso en 1926 como Primera Sección del Volumen 8 de sus *Obras* y editadas por la Editorial Estatal, Moscú. Hasta donde sabemos únicamente la editorial Ayuso de Madrid hizo una edición en español en 1981.

Invitamos al lector a bucear por nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano para descubrir otros 'perfiles' escritos por Trotsky; su capacidad y finura en la descripción detallada de los rasgos de algunas figuras históricas siempre está integrada en, y sirve a, la caracterización de dichas figuras situándolas en su contexto. Nos ha tentado introducir esas otras caracterizaciones (no redundantes, sino complementarias del mismo objeto), pero al final nos hemos ceñido a la selección que el mismo Trotsky hizo en 1926.

Como de costumbre, la fuente de los textos viene indicada en cada epígrafe.

Índice

La Segunda Internacional 4
La socialdemocracia alemana 5
Paul Singer 6
La socialdemocracia austríaca 7
Ante el féretro de Franz Schumayer 8
Victor Adler 9
El socialismo francés 16
Jaurès 16
Jean Jaurès 19
El colapso de la Segunda Internacional 26
[Victor y Friedrich Adler] 27
Haase, Ebert y David 29
Gustav Eckstein 33
Fritz Adler 35
Karl Kautsky 39
En París 42
Se va una época [Bebel, Jaurès y Vaillant] 43
Socialpatriotismo ruso 49
Apuntes sobre Plejánov 50
¡No fastidie usted más! 54

En recuerdo de Plejánov 57
Mártov 58
El reptante 60
En la ruta de la Tercera Internacional 61
Saludos a Franz Mehring y Rosa Luxemburg 62
Karl Liebknecht y Hugo Haase 64
Ledebour y Hoffman 67
C. Rakovsky y B. Koralov 70
Dobrogeanu-Gherea 74
Martires de la Tercera Internacional 76
Karl Liebkencht y Rosa Luxemburg 78

La Segunda Internacional

La socialdemocracia alemana

Paul Singer[1]

Singer está muerto. Paul Singer ya no está con nosotros y una poderosa figura de la Internacional Obrera ha abandonado la escena. Las filas de los gloriosos veteranos que habían construido la cuna de la socialdemocracia internacional son cada vez más ralas.

Rico comerciante judío de origen y democrático de opinión, el joven Singer pronto le dio la espalda a la degenerada democracia burguesa de Alemania y dedicó su fuerza, recursos materiales, tiempo y talentos (toda su vida) a la democracia proletaria. Sus simpatías con la socialdemocracia comenzaron a finales de los años sesenta (1860). Pero durante mucho tiempo permaneció en las sombras. Fue sólo a finales de los años ochenta, durante el período de represión policial contra los socialistas, cuando muchos de los "compañeros de viaje" rompieron con el partido obrero y le dieron la espalda a los suyos (como hicieron en Rusia durante el período de la contrarrevolución) cuando Singer rompió sus lazos con la sociedad burguesa y entró activamente en las filas de sus enemigos más mortíferos. De la mano de Bebel y Liebknecht dirigió la obra de los que, piedra a piedra, construyeron la magnífica fortaleza del proletariado, el partido más poderoso del mundo: la socialdemocracia alemana. Fue un incansable organizador del partido y de su prensa, miembro del comité central, miembro del Ayuntamiento de Berlín, diputado del Reichstag, presidente del Grupo Parlamentario Socialdemócrata y, finalmente, presidente permanente de los congresos socialistas internacionales, el Presidente Rojo.

Sabía y había aprendido de otros como él que todo el trabajo debe hacerse bien. Para él no había nimiedades en lo que respecta a los intereses del proletariado: las minucias no son más que una parte del todo. Aportó a cada obra la seriedad moral que se deriva de la conciencia de la importancia del caso en cuestión. Singer comprendió, como pocos, que para que la clase se elevara desde las profundidades de la vida hasta las alturas de la obra histórica, era importante que se replegara en cada nueva posición, desplegara su estandarte y se fortaleciera a sí misma para un mayor progreso, más hacia adelante y más importante. Como miembro del parlamento, Singer fue el mejor experto en los mecanismos del parlamentarismo; como concejal de la ciudad, fue el mejor experto en administración municipal. En resumen, fue el mejor presidente de toda la Internacional Obrera, tranquilo, atento, imparcial y sin descuidar ningún punto. Con su profunda y diligente atención a todos los detalles, engranajes y tuercas del mecanismo social burgués, Singer nunca perdió de vista las tareas generales del movimiento. Por el contrario, utilizó todos estos detalles en interés del conjunto, y para él este conjunto era lo que es para todo verdadero marxista en política, la conquista del poder estatal por el proletariado en nombre de la revolución social. Singer siempre fue un decidido opositor del reformismo oportunista, fue un revolucionario proletario hasta la médula.

Su admirable perfección en todo tipo de trabajo partidario, su actividad incansable en el cumplimiento de las obligaciones del partido, el dominio de todas las oportunidades posibles bajo el régimen burgués; todas estas cualidades debemos aprenderlas nosotros, los socialdemócratas rusos, de los grandes ausentes y de forma cotidiana.

Pero eso no es todo Singer. Singer, el revolucionario y el miembro del partido, no sólo sabía cómo luchar por su opinión, sino también cómo subordinarla al orden supremo de unidad de su partido. En cualquier controversia organizacional, todos sabían cómo reconocer la competencia de Singer como presidente del comité central. Como presidente

[1] Tomado de "Paul Singer", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

del congreso o como presidente del grupo parlamentario, nunca ha inclinado injustamente, bajo la influencia de la simpatía personal, el equilibrio de la decisión del partido. Singer observó rigurosamente el código común de honestidad y justicia en las relaciones partidarias. Sobre esto se construyó su indestructible autoridad moral: la honestidad es una fuerza política, puede someter. Sin autoridad moral, no puede haber líder proletario: la unión del proletariado no se mantiene mediante la disciplina mecánica, sino según una obligación moral libre. Con el tiempo, el "presidente rojo" se ha convertido en la encarnación de la autoridad de la democracia proletaria y en el símbolo vivo de la unidad del ejército proletario. En esta esfera, Singer permanecerá, para nosotros los rusos que aún no hemos desarrollado la ética de nuestro partido, como un magnífico ejemplo moral.

Paul Singer murió a la edad de sesenta y siete años y cientos de miles de proletarios berlineses acompañaron sus cenizas a su funeral, pero la causa de su espíritu seguirá viva en los corazones de millones de hombres.

La socialdemocracia austríaca

Franz Schumayer

Ante el féretro de Franz Schumayer[2]

La naturaleza lo había dotado un temperamento ardiente e insaciable, y una capacidad sagrada para indignarse, amar, odiar y maldecir, una y otra vez. Desde su nacimiento había recibido la obligación vital y esencial de no debilitarse nunca y luchar junto a las masas. El partido le había ofrecido la comprensión de las condiciones para la liberación del proletariado. Todo esto en conjunto creó esta magnífica personalidad, bien conocida y amada, y ahora llorada, mucho más allá de las fronteras de Viena y Austria.

El proletariado necesita líderes de las más diversas características. Como estos dirigentes (hijos de la burguesía que rompieron sus viejas cadenas sociales, se rehicieron internamente después e identificaron el significado de la vida en el movimiento y crecimiento de la clase obrera) que juegan un gran papel en la historia de la clase obrera. Primero vinieron los grandes utópicos: Saint-Simon, Fourier y Owen; luego los fundadores del socialismo científico: Marx, Engels y Lasalle, todos de la clase burguesa. ¿Cómo podríamos concebir (en su desarrollo) nuestro partido alemán sin Wilhem Liebknecht y Singer, o sin Kautsky; la socialdemocracia austríaca sin Victor Adler; el socialismo francés sin Lafargue, Jaurès y Guesde? ¿Qué hay de la socialdemocracia rusa sin Plejánov?

A través de estos brillantes disidentes, las clases poseedoras devuelven (a pesar de sí mismas) al proletariado una partícula de esta cultura científica que por esfuerzos seculares han acumulado en la oscuridad, lejos de las masas populares oprimidas.

Y el proletariado puede estar orgulloso de que su misión histórica, como un poderoso imán, atraiga a los espíritus nobles y a los personajes fuertes de las clases poseedoras. Pero mientras la dirección de la lucha política esté sólo en manos de estos líderes, los trabajadores no pueden liberarse de la sensación de que todavía están bajo control político. La conciencia de sí mismos y el orgullo de clase penetran en ellos en gran medida sólo cuando en las primeras filas de los líderes se alinean personajes como ellos que han madurado con ellos y cuyas personalidades encarnan todas las conquistas espirituales y políticas del proletariado. El proletariado puede entonces mirar a esos dirigentes como un espejo donde puede ver los mejores aspectos de su "yo" de clase.

Para el proletariado vienés, en tanto puedo juzgar por cinco años de observación, Franz Schumayer era ante todo un tal espejo de clase.

Rara vez me encontré con Schumayer en un dominio personal. Pero más de una vez lo he escuchado en reuniones públicas, en el parlamento y en los congresos del partido. Lo he visto y oído suficientes veces como para saberlo. No se parecía en lo más mínimo a una naturaleza enigmática, encerrada en sí misma. Era un hombre de acción, un hombre de apremio, de llamamiento, de lucha de calle y de impulso, (en él se encarnaba la acción y en ella se revelaba a sí mismo). De él podemos decir las palabras del filósofo griego: lo llevaba todo en él. Por eso, cuando lo escuchamos, no sólo percibimos su idea expuesta en palabras vivas, siempre hábiles, a su manera, sino que veíamos a Schumayer en acción en un esfuerzo supremo por captar el espíritu de su público.

[2] Tomado de "Ante el féretro de Franz Schumayer", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

Cuando imaginamos, de pie detrás de esta espléndida figura hecha de energía y audacia, esa otra figura miserable del asesino socialcristiano, con una Browning asesina en sus manos, el trágico significado de lo que sucedió nos sacude de la cabeza a los pies.

Dejaremos de lado la cuestión de las motivaciones directas que guiaron al asesino. Pero, ¿qué era ese desgraciado, no el individuo, sino como el tipo que realmente conocemos?: era un proletario, un renegado, un desertor de clase. No quería unirse a su clase en su histórico camino. Entre las fuerzas históricamente hostiles, el estado, la iglesia y el capital, cuya existencia se construyó sobre la esclavitud física y la estupidez espiritual de las masas, fue donde el asesino buscó aliados contra su clase cuando ésta trató de imponerle su disciplina colectiva. Los prejuicios arcaicos que rodean la cuna del proletariado, los instintos de servilismo y el egoísmo miserable se encuentran en este renegado; personifica lo peor de todo el pasado de las masas, así como Schumayer personifica los mejores aspectos de su futuro. Y en un salvajismo frenético, ese oscuro pasado de esclavitud resurge contra el futuro.

¿Quién sabe? Tal vez la supuración de una herida interior y la conciencia de apostasía vivían en ese villano; y sumados al desprecio por sí mismo, se convirtieron en odio ciego y celos mortales por todo lo que era bello y elevado en el movimiento socialista: su desprecio por todas las supersticiones, su emancipación de todos los instintos serviles, su valentía moral, su tranquila certeza de victoria. El odio salvaje, eso, disparó la browning.

Lo que los agentes del orden hagan con el asesino, que, por supuesto, se considera a sí mismo un agente del orden y la ley, al final no nos importa. De esta manera no encontraremos satisfacción moral. Todo lo que tenemos que hacer ahora es enterrar este cuerpo con los muertos. Pero Franz Schumayer se queda con nosotros. Sólo enterramos lo que era mortal en él. Pero su espíritu vive en nuestros corazones, el espíritu irreconciliable del tribuno revolucionario.

Luch (El rayo), nº 32, 8 de febrero de 1913

Victor Adler[3]

Dos notables dirigentes ha dado Austria al movimiento obrero, y muy opuestos en la forma de su pensamiento: Victor Adler y Karl Kautsky, No es accidental que este país informal, donde no solamente la habilidad de los profetas políticos sino también la tarea de la generalización política es extremadamente ardua, haya producido dos socialistas, de los cuales uno es inigualado en su capacidad para llevar a cabo combinaciones particulares empíricas y temporales en el desarrollo político y sacar de ellas resultados de *acción política*, mientras el otro no tiene rival en su capacidad para aislar del caos empírico de la historia sus tendencias *generales, fundamentales*, Kautsky ha sido acusado a menudo de "dogmatismo" y de simplificar la realidad, y Adler, de una excesiva preocupación por los detalles; éste, de que a veces no ve el bosque por los árboles; el primero, de no ver los árboles por el bosque.

Haciendo, coma dicen los alemanes, de la necesidad virtud, Adler aprendió a extraer ventajas prácticas de las condiciones desfavorables: extendió su rica intuición política a la perfección, cultivó una excelente visión política e hizo de la improvisación táctica la principal garantía de su éxito político. "Quien dice A debe decir B", afirma la

[3] Tomado de "Victor Adler", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

conocida formula de la consistencia. “No hay nada más equivocado en política que esta idea”, responde Adler. Una táctica aislada y absoluta que pueda ser teóricamente determinada, no existe. La política no es una ciencia sino un arte. Da libertad para elegir entre varias posibilidades y requiere la investigación libre de todos los caminos, inventiva, flexibilidad y creatividad.

Victor Adler

En esta Austria donde la política se ha manifestado por tanto tiempo alrededor de un círculo de reiteradas controversias nacionales, se hace necesario, para una visión del futuro, eliminar de nuestro campo, con un esfuerzo casi físico de pensamiento, todo lo particular, secundario, accidental y reiterativo, todo lo que constituye el alimento de la política *diaria*; y es necesario mantener la capacidad de abstracción en un estado de perpetua tensión. La evolución de Kautsky siguió este camino, Y una vez más, no es

casual que Adler haya dejado todas sus raíces entretejidas en la Austria contra la que no se cansaba de imprecar, mientras que el semicheco, semialemán Kautsky, terminase por salir de su patria y desplazarse a la Alemania del poderoso automatismo de su desarrollo social.

Adler inició activamente el camino de la política de partidos durante la primera mitad de la década de los ochenta, cuando el movimiento obrero, aplastado por las leyes de excepción, era desgastado por la lucha fraccional entre "radicales" y "moderados", lucha que reflejaba las dificultades de adaptación de una clase socialmente irreconciliable con las normas políticas y legales de un estado pseudo-constitucional. Una facción, los "radicales", rechazaba completamente el "juego del parlamentarismo", la lucha por las reformas y el uso de métodos "legales" para recobrar apoyo y acción. Transformando la irreductibilidad de clase del proletariado en desnuda fraseología anarquista sobre el "gran día" cercano, los "radicales" perdieron el rumbo con su terrorismo en las fábricas y sus expropiaciones para el "trabajo preparatorio". El otro grupo reflejaba la necesidad de ajustar las todavía débiles capas avanzadas de los obreros a las condiciones normales de Austria, legales o ilegales; estaba constituido por legalistas y reformistas a todo trance y su rasgo fundamental era el oportunismo de la debilidad; aspiraban al apoyo en una fuerza "benévola": la democracia nacional o el gobierno de la "Reforma Social". Habiendo roto con la democracia germana, en cuyas filas había comenzado su vida política, editó Adler en 1886 el periódico legal *Gleichheit* (Igualdad), primer periódico socialdemócrata en suelo austriaco. A pesar de que imperaban las leyes de excepción, el periódico tomó pronto un cariz militante, pero los obreros "radicales" desconfiaron de él los primeros días, pues, como era legal, llevaría la marca del diablo. El gobierno presintió en Adler un político de gran influencia y un enemigo peligroso y cerró los ojos al periódico e intentó de ese modo comprometerlo, junto al editor, ante los ojos de los obreros. Adler adoptó un tono todavía más fuerte. El gobierno lo soportó ladinamente. Usando esa riqueza de recursos que le había permitido siempre pensar los distintos aspectos de la situación y extraer todo lo posible de ella, Adler se embarcó en un agudo y singular duelo con la policía: de número a número aumentó la firmeza del tono, poniendo a prueba la tolerancia de los maquiavelos vieneses y el grado de su estupidez. Entretanto, la desconfianza de los trabajadores se deshizo. El instinto los llevó al convencimiento de que bajo esta prensa legal se escondía parte de su propio espíritu. La mutua y fanática hostilidad entre radicales y moderados fue erradicada, terminó el extremismo de cada tendencia y pudo prepararse la base para la unificación. Hacia las navidades de 1888, el congreso del partido, reunido en Heinfeld, adoptó el programa elaborado por Adler y ambas alas al fin se reconciliaron. Finalizaba la prehistoria del movimiento obrero austriaco para dar paso a su historia.

Al fin, en 1889, el gobierno reacciono y *Glechheit* fue suprimido. Era demasiado tarde: el periódico de los trabajadores se había convertido en una necesidad y Adler fundó *Arbeiter-Zeitung*, que todavía existe. Digamos de paso que estos dos periódicos absorbieron considerablemente la fortuna privada de Adler.

Al terminar la década de los ochenta, Adler pasó a ser el líder reconocido e indiscutible de la socialdemocracia austriaca. Líder es una palabra que tiene un doble sentido. Los líderes no sólo conducen a las masas, sino que, a su vez, las siguen. "Desde hace bastante tiempo [dijo Adler en uno de los congresos] concentro mi atención no solamente en los pensamientos, sino también en los hábitos de las masas." Seguir a las masas es tan difícil como guiarlas. Al fin, se trata de la misma cosa. No se debe cultivar exclusivamente el arte de dirigir el oído hacia las masas, sino también el de traducir sus confusos interrogantes al lenguaje de la consciencia política y el de distinguir sus demandas. Adler estaba atado par los cuatro costados con las masas par un vínculo profundo que constituía la fuerza principal de su vida política, en la que mantuvo este

lazo moral con más fuerza que cualquier otra cosa. "Estaré más dispuesto [dice] a cometer un error *junto* a las masas que a tener razón *contra* ellas."

Un líder de un moderno partido obrero europeo es una parte pequeña del poderoso aparato organizativo, que, como cualquier mecanismo, es en sí mismo estático y no genera energía, que sólo provendrá de su aplicación apropiada. Al mismo tiempo es con frecuencia, en todas las grandes acciones históricas, un obstáculo, y el movimiento de masas tiene que comenzar por vencer la inercia de la organización socialdemócrata, como la fuerza viva del vapor debe vencer la inercia de la maquina antes de poner en movimiento el volante.

El aparato vincula a los dirigentes con las masas y al mismo tiempo los separa de ellas. Refracta sus hábitos, limita sus pasiones y además disgrega las ideas directrices de los dirigentes. En su estructura, al lado mismo de las encarnaciones activas de la energía y el idealismo de las clases jóvenes, existen muchos lugares ocupados por elementos que están, por una parte, demasiado alejados de las masas para sentir directamente su pulso, y, por otra parte, insuficientemente dotados de la capacidad histórica de las ideas para comprender el movimiento en su totalidad; en su estructura, junto a la admirable herencia del movimiento, conviven, de hecho, no pocos burócratas, no sólo en el sentido técnico, sino también en el intelectual; se trata, en realidad, de algunos filósofos profesionales y brillantes figurones de salón siempre dispuestos a contraponer sus pequeñas ideas a los "prejuicios" del desarrollo histórico.

En el arte de vencer tendencias centrifugas y conciliar diferentes posiciones, simpatías, prácticas y temperamentos en un vínculo vivo, Adler no tiene igual. Actúa no solo bajo la presión de las masas, sino también por la fuerza de su superioridad personal, sus recursos para la diplomacia interna y su comprensión psicológica de los hombres. Es suave, pero también crudo; no sólo amonesta y somete con su encanto, sino también sabe herir con la ironía. Algunos jóvenes políticos austriacos podrán contar muchas historias al respecto, especialmente los que habían entrado en el partido con la firme creencia de que una familiaridad superficial con el Derecho Romano basta para garantizar a una persona el derecho inapelable a conducir el destino de la clase obrera.

Además de estar libre de cualquier fanatismo y del fetichismo de las palabras, Adler era todavía algo más: en extremo irrespetuoso ante mociones y resoluciones de principios. Considera que un mismo pensamiento puede ser expresado de diferentes maneras y toma la iniciativa de sacrificar un cuarto de su propia idea en beneficio de la unificación del partido sobre los restantes tres cuartos; si no puede conseguirlo, lo intentará con un tercio, o incluso con más. "Sí, he entrado en la historia del partido como un increíble optimista, como un hombre a quien le es indiferente hacer las cosas de un modo u otro, pues ello no va a preocuparme en absoluto." Conoce a la perfección la senda de los compromisos, y cómo forzar a los oponentes de su partido para llegar a un arreglo. Desempeña este tipo de papel tanto en el congreso austríaco como en los congresos de la [Segunda] Internacional y más de una vez se le reprocha haber formado su opinión sólo después de haber oído a todos los ponentes. Y hay mucho de verdad en ello. En cada situación, Adler busca incansablemente fórmulas conciliadoras sin importarle un ardite el lograrlo "de un modo u otro".

Adler no es un teórico, si tenemos en cuenta su capacidad psicológica o la naturaleza de su actividad. Es un político de la cabeza a los pies. En varias ocasiones se llamó orgullosamente a sí mismo un agitador. Pero a medida que el partido y sus tareas crecían, su tiempo y energía se ponían más al servicio de un liderazgo de mayor envergadura. Y esto implica mucho: pronunciar la última palabra sobre las cuestiones inmediatas de táctica y sobre la dirección de las tareas parlamentarias del grupo, las complicadas tareas administrativas y financieras (clubs de obreros, imprentas, etc.) y,

finalmente el trabajo entre bambalinas de las negociaciones, acuerdos, tramoyas y reordenamientos sin los cuales ninguna organización humana, y menos aun siendo austríaca, podría vivir. Naturalmente que Adler se alejó silenciosamente del periodismo (aunque era, por su delicada expresividad y agudeza, un excelente publicista político) y vióse también obligado a restringir cada vez más las presentaciones directas ante las masas, al tiempo que iniciaba su degeneración oportunista.

En su impaciencia por asir del cuello cada momento histórico y agotar las posibilidades de cada situación política, Adler se parece a Jaurès. Por detrás de esta semejanza, ¡qué enorme diferencia! "Nosotros los alemanes [decía Adler en una de las comisiones del Congreso de Stuttgart] no tenemos inclinaciones hacia el barroquismo político por el que ustedes, franceses, sienten gran debilidad... Sí, Vaillant [contestó ante una réplica] sé que usted es un francés con alma alemana, pero también está obligado a hablar el lenguaje de su país." Un importante aspecto de la personalidad psicológica de Adler es su aversión a lo decorativo; su mente es en extremo concreta y despiadadamente penetrante. Estas mentes de fuerza analítica, a diferencia de las sintetizadoras, tienden habitualmente al escepticismo, del que se defienden, si pueden, con la ironía, don que Adler manejaba en el más alto grado.

"El oficio de profeta político es ingrato, especialmente en Austria." Tal era el estribillo continuo de los discursos de Adler. En el mismo Congreso de Stuttgart, cierto representante de los sindicatos que se había volcado al misticismo (¡las cosas que ocurren con los anglosajones!), al concluir su discurso, informó a la audiencia que había tenido recientemente la visión de que la revolución social ocurriría en 1910. Al traducir el discurso a los distintos idiomas, el intérprete francés dejó de lado, magnánimamente, esta profecía, mientras que el honesto traductor alemán afirmó abiertamente que el final del discurso era una sarta de tonterías. El episodio produjo grandes risas. "De cualquier modo [Adler resumió su reacción en el pasillo], personalmente prefiero pronósticos hechos sobre bases apocalípticas a profecías sobre bases de la comprensión materialista de la historia." Era, desde luego, una broma, aunque, sin embargo, se trataba de algo más: un total escepticismo en cuanto a la posibilidad de diagnósticos políticos en su país donde todas las cartas están caóticamente entremezcladas por el juego del proceso histórico y por la confusión de los gobernantes.

Adler, que continúa siendo buen psiquiatra y había practicado la psiquiatría como profesión original, manifiesto más de una vez en su expresivo estilo: "Quizás sea precisamente el hecho de mi aprendizaje, en los buenos tiempos, del manejo de los locos en el hospital lo que me preparó para manejarme con las figuras políticas austríacas". Y de aquí que nuevamente, cuando la situación política en "esta" Austria comienza a parecerle sin esperanzas, Adler, según sus propias palabras baja un tomo sobre investigación psiquiátrica de su biblioteca y, sacudiéndole el polvo con la familiaridad de su acercamiento al mundo espiritual de los lunáticos, deja a un lado con un suspiro: "No, todavía no está todo perdido..."

Como orador, sabe matizar muy bien. Quien esperé imágenes gráficas, una voz poderosa, una variedad se gestos y pasiones desatadas, debe escuchar a Jaurès. Quien exija del orador un estilo perfecto y refinado y gesto igualmente preciso, debe escuchar a Vandervelde. Adler no ofrece lo uno ni lo otro. Posee una voz naturalmente agradable, pero sin potencia, y, además, no puede controlarla: la malgasta de mala manera, y hacia el final del discurso carraspea y tose. Sus gestos son pobres, aunque expresivos. Debería agregarse que es demasiado balbuceante, también, al comienzo de sus discursos. Y, sin embargo, es uno de los más notables oradores de Europa. En sus discursos, como en toda su personalidad y actividad, el elemento decorativo exterior queda reducido al mínimo. Todo modelo o patrón, aunque fuera del tipo más elaborado, está totalmente fuera lugar.

Cada uno de sus discursos es un discurso aparte. Nunca desarrolla posiciones ya preparadas *en relación al tema*, sino que despliega la *lógica interna* de cada ocasión. Se entusiasma por las caracterizaciones personales y por caracterizar la peculiaridad del momento, y mientras habla, sopesa el problema. No coloca simplemente una cifra o un fenómeno dentro de una categoría políticamente conocida, sino que enfrenta su objeto como un analista científico (frecuentemente como un psiquiatra), gira lentamente el objeto alrededor de su eje y relata lo que va encontrando allí; si el objeto es una figura viva, un oponente político, se sentirá éste, sin duda, durante la operación, como en un asador, dorándose por los cuatro costados. La más poderosa arma de Adler es su ironía profunda, porque está llena de contenido moral; y, sin embargo, fácilmente comprensible y detalladamente real. Como polemista, está fuera de toda comparación, No desdeña, desde luego, la oportunidad que le brindan los tropiezos secundarios de su oponente, aunque su tarea principal es siempre descubrir la más importante y fundamental estupidez en la conducta del partido hostil o del gobierno. La *estupidez* y nada más. Adler raramente se toma el trabajo de dirigirse abiertamente a las contradicciones históricas objetivas que subyacen en las posiciones de los partidos y de los políticos. El mismo tiene mucho de político, es demasiado subjetivo, y se siente muy poco historiador para hacer eso. Toma la política como lo que es, el trabajo vivo de gente viva, hacia quienes se considera con derecho a pedir motivos y decisiones, y a quienes, con una sorprendente inventiva, les descubre que el móvil de sus actos ha sido la estupidez o incluso la cobardía. Y cuando habla y despliega las más precisas, persuasivas y mordaces palabras para sus pensamientos, acompañando su esfuerzo con artificios expresivos que se encienden como relámpagos de ironía, aun los defectos orgánicos de su hablar parecen volverse esenciales: las cortas pausas se ordenan con sus tartamudeos, como si pudieran llevar al oyente más cerca del trabajo creativo del orador, como si el material estuviese resistiéndose sin doblegarse al primer golpe del cincel.

Adler, conversador único, escucha durante las conversaciones no sólo las palabras y las ideas; ausculta también la fuerza latente que mueve al hombre a producir sus pensamientos y palabras con frecuencia sólo para enmascararse, y no tiene igual pulsando este teclado íntimo, de ahí que una conversación con él resulte no solamente un enorme placer, sino también una tensión constante.

La primera vez que fui a ver al "Doctor" (tal era el apelativo familiar) fue en octubre de 1902, en ruta desde una lejana provincia del este. Tenía dinero apenas suficiente para el viaje hasta Viena. Después de algunos cabildeos me dirigí a las oficinas del *Arbeiter-Zeitung* que se encontraba en aquella época todavía en Mariahliferstrasse en un local alquilado (dos años más tarde, el periódico se trasladó a un magnifico edificio propio). Era domingo y no se veía nadie por allí.

"¿Puedo ver a Adler?", pregunté a un hombre que bajaba las escaleras.

"¿Hoy? De ninguna manera."

"Pero es que se trata de una cuestión urgente."

"Pues tendrá que postergarla hasta el lunes."

"Pero es que se trata de una cuestión muy urgente."

"Aunque trajera nuevas sobre el asesinato del zar de Rusia en Petrogrado, ello no le daría a usted derecho de interrumpir el descanso dominical del doctor… Estamos en vísperas de las elecciones del Landtag. Adler estuvo hablando en siete mítines ayer. Estuvo ocupado en la edición del periódico hasta las cuatro de la mañana y ahora, como usted ve, son las nueve en punto. Al final descubrí la dirección del doctor y me dirigí a su piso. Un hombrecito de hombros corvos y redondos vino a mi encuentro; sus parpados estaban hinchados sobre un rostro cansado que transmitía, con rara expresividad, que este

hombre era demasiado inteligente para ser simplemente bueno, pero que era aún demasiado bueno para mitigar circunstancias inesperadas.

Perdóneme, doctor, por interrumpir su descanso dominical...”

“Continúe, continúe”, dijo con severidad, pero en tono sincero, que animaba más que desanimaba.

“Soy ruso...”

“No tiene usted que esforzarse en explicármelo, ya tuve tiempo de darme cuenta...”

Mi embarazo y mi torpeza, metido en la sintaxis alemana, crecían a medida que explicaba de qué se trataba. Al mismo tiempo me sentí objeto de rápidas y atentas observaciones.

“¿Es verdad eso? ¿Es eso lo que le han dicho a usted en la oficina? No lo tome a mal. Si algo así ocurre realmente en Rusia puede darme un timbrazo hasta en la noche.”

La segunda vez que vi a Adler fue en febrero de 1905, camino a Petrogrado. Una corriente de exiliados fluía hacia Rusia, de vuelta. Adler estaba enteramente ocupado con los asuntos de los rusos y conseguía pasaportes, dinero, etc.

“Acabo de recibir [me dijo] un telegrama de Axelrod, que me dice que Gapón había llegado al extranjero y se había declarado socialdemócrata. Usted sabe, habría sido mejor para él no haber aflorado a la superficie después del 9 de enero. Si hubiera desaparecido, una hermosa leyenda quedaría de él en la Historia. Pero en la emigración no será más que una figura cómica. Usted [agregó con un brillo en los ojos que suavizaban la dureza de su ironía] es mejor tener esta gente como mártires de la Historia que como camaradas de partido.”

Durante mis seis años de permanencia en Viena pude observar a Adler de cerca, con cierta frecuencia, como político y como líder del partido; como parlamentario, orador de masas y conversador. Y de todas las impresiones sobresale una fundamental: la inagotable generosidad de su naturaleza, entregada incesantemente a preservar inviolable un capital esencial que no tenía precio: personalidad humana por la “gracia de Dios”.

Kievskaya Mysl, número 191, 13 de julio de 1913

PS. Una caracterización psicológica de Victor Adler no debe ser confundida con una crítica de su política. De las más atractivas figuras de la II Internacional, Victor Adler llevó, sin embargo, hasta el extremo las tendencias reformistas y nacionalistas que destruyeron los partidos de la Segunda Internacional en el momento de su prueba histórica decisiva.

El socialismo francés

Jaurès

Jaurès[4]

Por encima de la política francesa moderna dominan dos figuras: Clémenceau y Jaurès. No sería difícil explicar cómo Clémenceau encontró en el fondo de su tintero de periodista el medio que finalmente le permitió liderar los destinos de Francia. Este radical "intransigente", este espantoso asesino de gobiernos ha demostrado ser en la práctica el último recurso político de la burguesía francesa: ha "nombrado caballero" a la autoridad de la bolsa de valores arropándola con la bandera y la fraseología del radicalismo. En este caso todo está claro hasta el último detalle.

¿Pero qué hay de Jaurès? ¿Qué le permite ocupar un lugar tan prominente en la vida política de la república? ¿La fuerza de su partido? Sin duda, fuera de su partido, Jaurès sería inconcebible, pero no puede descartarse la impresión (sobre todo si se mira a Alemania) de que el papel de Jaurès ha superado las verdaderas fuerzas de su partido. ¿Cómo se explica esto? ¿Por la fuerza de su personalidad? El encanto personal puede ser una forma satisfactoria de explicar los acontecimientos dentro de los confines de una sala de estar o de un tocador, pero en la arena política las personalidades más "titánicas" siguen siendo los órganos ejecutivos de las fuerzas sociales.

La solución al enigma del papel político de Jaurès reside en la *tradición revolucionaria*.

¿Qué es la tradición? La pregunta no es tan simple como parece al principio. ¿Dónde anida: en las instituciones financieras? ¿En la conciencia individual? A primera vista parece estar en ambas partes. Sin embargo, después de examinar esto, resulta que está en un lugar más profundo: en la esfera del inconsciente.

Durante un período conocido, los acontecimientos revolucionarios llevaron a Francia a saturar su atmósfera con sus ideas, bautizar sus calles con sus nombres y

[4] Tomado de "Jaurès", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

reproducir su triple lema en las paredes de los edificios públicos, desde el Panteón hasta la prisión. Pero los acontecimientos, en la interacción implacable de sus fuerzas internas, revelaron todo su contenido, la última ola se elevó y luego se retiró; reina la reacción. Con incansable obstinación borró de la conciencia colectiva todos los recuerdos, las instituciones, los monumentos, los documentos, el periodismo, el lenguaje cotidiano y (lo que es más sorprendente) de la conciencia colectiva. Hechos, fechas y nombres también han sido olvidados. Imperan el misticismo, el erotismo y el cinismo; ¿dónde están las tradiciones revolucionarias? Desaparecieron sin dejar rastro... Pero algo imperceptible sucedió, algo comenzó, algo extraño sopló a través de la atmósfera de Francia; los olvidados volvieron a la vida y los muertos resucitaron. Y las tradiciones revelan todo su poder. ¿Dónde se escondían? En las misteriosas profundidades del inconsciente, en algún lugar de los extremos de los nervios expuestos al tratamiento histórico, que ningún decreto puede derogar o suprimir. Así, a partir de 1793, se desarrollaron 1830, 1848 y 1871.

Estas tradiciones son imponderables y etéreas, pero se convierten en un factor real en la política porque son capaces de adquirir forma humana. Incluso en los peores días de su caída, el espíritu del proletariado francés, destrozado por facciones y sectas, se erguía como una sombra alarmante sobre los padres oficiales de la patria. Por eso, la influencia política inmediata de los trabajadores franceses siempre ha sido más importante que el nivel de su organización y su representación parlamentaria. Y esta fuerza histórica, que va de generación en generación, es lo que hace a Jaurès tan poderoso.

Pero este Jaurès (el portador del patrimonio) no es todo Jaurès. Nos muestra otra cara, la de un parlamentario de la tercera república. ¡Un parlamentario de los pies a cabeza! Su mundo es el del pacto electoral, el foro parlamentario, la pregunta, las justas oratorias, los acuerdos entre bastidores y los compromisos, a veces equívocos. Un compromiso contra el que las tradiciones y los objetivos del mismo modo (pasado y futuro) podrían protestar rápidamente. ¿Dónde está el nudo psicológico que conecta estas dos caras?

"El hombre práctico [dice Renan en un artículo sobre Victor Cousin] debe estar en la base. Si tiene metas altas, sólo lo engañarán. Por esta razón las grandes personalidades sólo participan en la vida práctica con sus defectos y pequeñas cualidades". En estas palabras de un epicúreo contemplativo y escéptico espiritual, no es difícil encontrar la clave de las contradicciones de Jaurès (por supuesto que no tenemos aquí una calumnia maliciosa para el hombre en general, sino para Jaurès en particular). Toda vida es práctica, creación y acción. Las "metas elevadas" no pueden inducir a error porque son sólo sus órganos y la práctica siempre conservará su control supremo sobre ellas. Decir que el hombre práctico (es decir, el *hombre social*) debe ser necesariamente bajo, sólo significa exponer el propio cinismo moral temiendo conclusiones prácticas y ahogándose en consideraciones idealistas.

Jaurès destruyó la calumnia de Renan contra el hombre por toda su estatura moral. Un idealismo eficaz lo guía incluso en sus pasos más arriesgados.

En los días más oscuros del millerandismo (1902) tuve la oportunidad de ver a Jaurès en la tribuna junto a Millerand, mano a mano, aparentemente atados por una completa unidad de objetivos y medios. Pero un sentimiento inolvidable me dijo que estaban separados por un abismo infranqueable: ese entusiasta hasta el extremo, desinteresado y ardiente y ese frío y calculador profesional parlamentario. Hay algo irresistiblemente convincente, una especie de sinceridad atlética en su voz, cara y gestos.

En la tribuna parece inmenso, pero es más pequeño que el tamaño medio. Es fornido, con la cabeza bien asentada sobre el cuello, con expresivos pómulos "danzarines", la nariz hinchada cuando habla totalmente preso del fluir de su pasión,

aparentemente pertenece al mismo tipo humano que Danton y Mirabeau. Como tribuno es incomparable y no tiene comparación. No hay en sus palabras ese fino refinamiento a veces irritante con el que Vandervelde brilla. No puede compararse con la lógica implacable de Bebel. La ironía cruel y venenosa de Victor Adler es extraña para él. Pero en temperamento, pasión y espíritu es igual a todos ellos.

El ruso de nuestras estepas negras podría decir a veces que los discursos de Jaurès no son más que retórica oratoria artificial falsamente clásica. Sólo sería un testimonio de la pobreza de nuestra cultura rusa. Los franceses poseen una técnica oratoria, una herencia común que adoptan sin esfuerzo y fuera de la cual son tan inconcebibles como un "hombre respetable sin su traje". Cada francés que se expresa habla bien. Es aún más difícil para un francés ser un gran tribuno. Pero Jaurès sí. No es su rica técnica, ni la inmensa y milagrosa resonancia de su voz, ni la profusión de sus gestos, sino la ingenuidad casi genial de su entusiasmo lo que lo acerca a las masas y lo hace lo que es.

Pero nos hemos alejado de nuestro tema: cuál es el nudo psicológico que une a Jaurès, como heredero de la tradición prometeica, con un parlamentario.

¿Qué es Jaurès? ¿Un oportunista? ¿O un revolucionario? Ambos (dependiendo del momento político), y también está dispuesto a llegar a los extremos en cada dirección. Siempre está dispuesto a "coronar la idea con la corona de la ejecución".

Durante el caso, Dreyfus Jaurès dijo: "quien no tome la mano del verdugo que pesa sobre su víctima se convertirá en cómplice del verdugo", y, sin estimar el resultado político de la campaña, se lanzó a la corriente de los "dreyfusards". Su maestro, amigo y antagonista irreconciliable, Guesde, le dijo: "Jaurès, te quiero porque en ti el acto siempre sigue el pensamiento".

"Cada época cree [escribe Heine] que su propia lucha es más importante que cualquier otra cosa. En esto consiste la fe en una era y en esta fe vive y muere..."

En Jaurès hay algo más allá de la fe de su tiempo: tiene el espíritu del momento. No mide las combinaciones de políticas transitorias en la gran mayoría de las perspectivas históricas. Está completamente aquí en la adversidad del día. Y en la práctica diaria no teme contradecir su gran propósito. Gasta pasión, energía y talento con una espontaneidad tan prodigiosa como si el resultado de la gran lucha entre los dos mundos dependiera de cada una de las cuestiones políticas.

En esto está la fuerza de Jaurès, pero también su debilidad fatal. Su política no es proporcionada, a menudo sólo ve árboles y no el bosque.

"Hay en los asuntos humanos [dice el Bruto de Shakespeare] una marea creciente; que si uno la ase al pasar, conduce a la fortuna; que si uno la pierde, todo el viaje de la vida se agota en las profundidades y en la angustia".

Por su naturaleza, y por el alcance de su carácter, Jaurés, nació para la época del gran diluvio. Pero estaba destinado a desarrollar su talento en un período de profunda reacción europea. No es su culpa, es su desgracia. Esta desgracia, a su vez, lo llevó a su culpa. Entre todos sus talentos, Jaurès no tiene uno: la capacidad de esperar. No esperar pasivamente, en el mar del tiempo, sino reunir fuerzas y preparar el cordaje con la certeza de predecir una futura tormenta. Inmediatamente quiere intercambiar la pieza sonora de éxito práctico por grandes tradiciones y ocasiones especiales. Desde allí cae a menudo en contradicciones insolubles en los bajos fondos y en los desastres de la Tercera República.

Sólo un ciego contaría a Jaurès entre los doctrinarios del compromiso político. Sólo posee su talento, su pasión y su habilidad para llegar hasta el final, pero no lo ha convertido en un catecismo. Pero ocasionalmente, Jaurès sería entonces el primero en desplegar la vela mayor y navegar desde las costas arenosas hasta alta mar…

Jean Jaurès[5]

Han pasado tres años [reedición rusa de 1917] desde la muerte del más grande de los hombres de la Tercera República. El torrente furioso de los acontecimientos que se produjeron tras esta muerte no ha logrado oscurecer el recuerdo de Jaurès y sólo ha conseguido desviar parcialmente la atención de él. En la vida política francesa hay un gran vacío. Aún no han surgido los nuevos jefes del proletariado que reclama el carácter del nuevo período revolucionario. Los viejos no hacen más que recordar con énfasis que Jaurès ya no existe...

La guerra ha desplazado a un segundo plano no sólo a figuras individuales sino a una época entera: la época en que se formó y maduró la actual generación dirigente. Esta época, que ya pertenece al pasado, cautiva nuestro espíritu por el perfeccionamiento de su civilización, el desarrollo ininterrumpido de su técnica, de la ciencia, de las organizaciones obreras, y al mismo tiempo parece mezquina por el conservadurismo de su vida política, por los métodos reformistas de su lucha de clases.

A la guerra franco-alemana y a la Comuna de París sucedió un período de paz armada y reacción política en el que Europa, excepción hecha de Rusia, no conoció ni guerras ni revoluciones. Mientras que el capital se desarrollaba poderosamente, desbordando el marco de los estados nacionales, expandiéndose a todos los países y dominando las colonias, la clase obrera construía sus sindicatos y sus partidos socialistas. Sin embargo, durante este periodo toda la lucha del proletariado estuvo impregnada del espíritu del reformismo, de la adaptación al régimen de la industria y el estado nacionales. Después de la experiencia de la Comuna de París, el proletariado europeo no planteo ni una sola vez prácticamente, es decir de forma revolucionaria, la cuestión de la conquista del poder político.

El carácter pacífico de la época marcó con su huella a toda una generación de jefes proletarios imbuidos de una ilimitada desconfianza hacia la lucha revolucionaria directa de las masas. Cuando estalló la guerra y el estado nacional entró en campaña con todas sus fuerzas, apenas tuvo que emplearse para poner de rodillas a la mayor parte de los jefes "socialistas". De tal manera que la época de la Segunda Internacional acabó con la quiebra irremediable de los partidos socialistas oficiales. Unos partidos que aún subsisten, es verdad, pero como monumentos de una época pasada, sostenidos por la inercia y la ignorancia y ... el esfuerzo de los gobiernos. Pero el espíritu del socialismo proletario los ha abandonado y están condenados a la ruina. Las masas obreras que absorbieron durante decenios las ideas socialistas, hoy, en medio de los terribles sufrimientos de la guerra, adquieren el temple revolucionario. Entramos en un período de conmociones revolucionarias sin precedentes. Las masas darán a luz nuevas organizaciones revolucionarias y nuevos jefes tomarán su dirección.

Dos de los más grandes representantes de la Segunda Internacional han abandonado la escena antes de esta era de tormentas y caos: Bebel y Jaurès. Bebel murió anciano, tras haber dicho lo que tenía que decir. Jaurès fue asesinado con apenas 55 años, en su plenitud creadora. Pacifista y adversario irreductible de la política de la diplomacia rusa, Jaurès luchó hasta el último minuto contra la intervención de Francia en la guerra. En algunos círculos se consideraba que la "guerra de revancha" no podía declararse más que sobre el cadáver de Jaurès. Y en julio de 1914 Jaurès fue asesinado en la terraza de un café por un oscuro reaccionario llamado Villain. ¿Quién armó a Villain? ¿Únicamente

[5] Tomado de "Jean Jaurès", en Archivo León Trotsky – sección en español del MIA.

los imperialistas franceses? ¿Acaso buscando bien no descubriríamos igualmente la mano de la diplomacia rusa en el atentado? Esta es una cuestión que se ha planteado frecuentemente en los medios socialistas. Cuando la revolución europea dé buena cuenta de la guerra, nos desvelará también, entre otros, el misterio de la muerte de Jaurès.

Jaurès nació el 3 de septiembre de 1859 en Castres, en ese Languedoc que ha dado a Francia hombres eminentes como Guizot, Auguste Comte, La Fayette, La Pérouse, Rivarol y muchos otros. Rappoport, un biógrafo de Jaurès, dice que la mezcla de múltiples razas ha marcado favorablemente el genio de una región que ya en la Edad Media fue cuna de herejías y librepensamiento.

La familia de Jaurès pertenecía a la mediana burguesía y debía librar una lucha diaria por la existencia. El mismo Jaurès necesitó la ayuda de un protector para acabar sus estudios universitarios. En 1881, recién egresado de la Escuela Normal Superior, fue nombrado profesor en el liceo femenino de Albi y, en 1883, pasa a la Universidad de Toulouse donde enseñará hasta 1885, año en que es elegido diputado. Tenía solamente 26 años. A partir de entonces se entregará en cuerpo y alma a la lucha política y su vida se confundirá con la de la Tercera República.

Jaurès se inició en el parlamento con problemas de instrucción pública. *La Justice*, entonces órgano del radical Clémenceau, calificó de "magnífico" el primer discurso de Jaurès y deseó a la cámara escuchar frecuentemente "una palabra tan elocuente y llena de ideas". Más adelante, Jaurès tuvo que dirigir esta elocuencia contra el mismo Cémenceau.

En esta primera etapa de su vida, Jaurès sólo conocía el socialismo de forma teórica e imperfecta. Pero su actividad iba acercándolo cada vez más al partido obrero. El vacío ideológico y la depravación de los partidos burgueses le repugnaban irremediablemente.

En 1893 Jaurès adhiere definitivamente al movimiento socialista y rápidamente conquista un lugar privilegiado entre el socialismo europeo. Al mismo tiempo se convierte en la más importante figura de la vida política francesa.

En 1894 asume la defensa de su muy poco recomendable amigo Gérault-Richard, procesado por ultrajes al presidente de la república en su artículo "¡Abajo Casimir!". En su alegato, enteramente subordinado a un objetivo político y dirigido contra Casimir Périer, se revela la terrible fuerza de un sentimiento activo llamado odio. Con palabras de revancha fustiga al mismo presidente y a sus predecesores los usureros, que traicionaban a la burguesía, a una dinastía por otra, a la monarquía por la república, a todo el mundo y a nadie en particular y no eran fieles más que a sí mismos.

"Señor Jaurès [le dijo el presidente del tribunal] va usted demasiado lejos ... equipara la casa de Perier a un burdel".

Jaurès: "De ninguna manera, la considero inferior".

Gérault-Richard fue absuelto. Unos días más tarde, Casimir Périer presentaba su dimisión. De repente Jaurès ganó mucha estima entre la opinión pública: todos sintieron la tremenda fuerza de este tribuno.

En el affaire Dreyfuss, Jaurès se mostró en toda su plenitud. Al principio, como les sucede a tantos en todo asunto social crítico, se mostró dubitativo e inseguro, influenciable desde la derecha y la izquierda. Presionado por Guesde y Villain, quienes consideraban que el asunto Dreyfuss era una disputa de camarillas capitalistas ante la que el proletariado debía permanecer indiferente, Jaurès dudaba en ocuparse del asunto. El valiente ejemplo de Zola lo sacó de su indecisión, lo entusiasmó, lo arrastró. Una vez en movimiento, Jaurès llegó hasta el fondo. El gustaba de decir de sí mismo: *ago quod ago*.[6]

[6] Hago porque hago.

Para Jaurès, el asunto Dreyfuss resumía y dramatizaba la lucha contra el clericalismo, la reacción, el nepotismo parlamentario, el odio racial, la ceguera militarista, las sordas intrigas del estado mayor, el servilismo de los jueces y todas las bajezas de que es capaz el poderoso partido de la reacción para conseguir sus fines.

La cólera desatada de Jaurès abrumó al anti-deyfrusiano Méline, que acababa de recuperar protagonismo con una cartera en el "gran" ministerio Briand: "¿Sabe usted [dijo] qué es lo que nos consume? Voy a decírselo bajo mi propia responsabilidad: desde el inicio de este asunto todos morimos por las medias disposiciones, por los silencios, por los equívocos, la mentira y la cobardía. Sí: por los equívocos y la cobardía".

"Él no hablaba [dijo Reinach], tronaba con el rostro encendido, alzando las manos hacía los ministros que protestaban mientras la derecha aullaba." Ese era el verdadero Jaurès.

En 1889, Jaurès logró proclamar la unidad del partido socialista. Pero se trataba de una unidad efímera. La participación de Millerand en el gobierno, consecuencia lógica de la política de Bloque de las Izquierdas, la destruyó y, en 1900-1901, el socialismo francés se escindió de nuevo en dos partidos. Jaurès se puso a la cabeza de aquél que había abandonado Millerand. En el fondo, por sus concepciones, Jaurès era un reformista. Pero poseía una sorprendente capacidad de adaptación, especialmente ante las tendencias revolucionarias de la época. Y en lo sucesivo lo demostraría en repetidas ocasiones.

Jaurès había ingresado en el partido, en la madurez, con una filosofía idealista enteramente formada... Pero eso no le impidió inclinar su poderoso cuello (era de complexión atlética) bajo el yugo de la disciplina orgánica y tuvo muchas ocasiones para demostrar que no sólo sabía mandar sino también obedecer. A su regreso del Congreso Internacional de Ámsterdam que había condenado la política de disolución del partido obrero en el Bloque de Izquierdas y la participación de los socialistas en el Gobierno, Jaurès rompió abiertamente con la política del bloque. El presidente del consejo, el anticlerical Combres, previno a Jaurès que la ruptura de la coalición le obligaría a dimitir. Eso no detuvo a Jaurès. Combes presentó su renuncia. La unidad del partido, donde se fundieron partidarios de Jaurès y Guesde, estaba asegurada. Desde entonces la vida de Jaurès se identificó con la del partido unificado, cuya dirección había asumido.

El asesinato de Jaurès no fue producto de la casualidad. Fue el último eslabón de una confusa campaña de odio, mentiras y calumnias que mantenían contra él todos sus enemigos. Los ataques y las calumnias contra Jaurès ocuparían una biblioteca entera. *Le Temps* publicaba diariamente uno o dos artículos contra el tribuno. Pero debían limitarse a atacar sus ideas y sus métodos de acción: como personalidad era casi invulnerable, incluso en Francia, donde las insinuaciones personales son una de las armas más poderosas de la lucha política. Mientras se hacían insinuaciones sobre el poder de corrupción del oro alemán... Jaurès murió pobre. El 2 de agosto de 1914, *Le Temps* se vio obligado a reconocer "la absoluta honestidad" de su enemigo abatido.

En 1915 visité el ya célebre Café du Croissant, situado a unos pasos de *L´Humanité*. Es un típico café parisino: suelo sucio cubierto de serrín, banquetas de cuero, sillas usadas, mesas de mármol, techo bajo, vinos y platos especiales, en una palabra: aquello que sólo se encuentra en París. Me mostraron un pequeño canapé junto a la ventana: allí fue abatido de un tiro el más genial de los hijos de la Francia actual.

Familia burguesa, universidad, diputación, matrimonio burgués, una hija cuya madre hace tomar la comunión, redacción del periódico, dirección de un partido parlamentario: con este marco externo que no tiene nada de heroico se desarrolló una vida de una tensión extraordinaria, de una pasión excepcional.

En repetidas ocasiones se ha dicho que Jaurès era el dictador del socialismo francés, incluso a veces la derecha lo presentó como el dictador de la república. No se

puede negar que Jaurès jugó un papel incomparable en el socialismo francés. Pero su "dictadura" no tenía nada de tiránica. Dominaba fácilmente: de complexión poderosa, espíritu enérgico, temperamento genial, trabajador infatigable, orador de maravilloso verbo, Jaurès ocupaba siempre de forma natural el primer plano, a tan gran distancia de sus rivales que no podía sentir necesidad alguna de conciliar sus posiciones por medio de intrigas o maquinaciones, en las que Pierre Renaudel, actual "jefe" del social-patriotismo, era maestro.

De temperamento tolerante, Jaurès sentía una repulsión física por todo sectarismo. Tras algunas vacilaciones descubría el punto que le parecía decisivo en cada momento. Entre este punto de partida práctico y sus construcciones idealistas, él mismo utilizaba fácilmente las opiniones que completaban o matizaban su punto de vista personal, conciliaba los matices opuestos y fundía los argumentos contradictorios en una unidad que estaba lejos de ser irreprochable. Por ello dominaba no sólo las asambleas populares y parlamentarias, en las que su extraordinaria pasión dominaba al auditorio, sino también los congresos del partido en los que disolvía los conflictos entre tendencias en perspectivas vagas y fórmulas flexibles. En el fondo era un ecléctico, pero un ecléctico genial.

"Nuestro deber es grande y claro: propagar siempre la idea, estimular y organizar las energías, esperar, luchar con perseverancia hasta la victoria final..." Jaurès se entrega por entero en esta lucha dinámica. Su energía creadora se agita en todas direcciones, exalta y organiza las energías, las empuja al combate.

Como bien dijo Rappoport, Jaurès emanaba bondad y magnanimidad. Pero al mismo tiempo poseía en sumo grado el talento de la cólera concentrada. No de la cólera que ciega, nubla el entendimiento y provoca convulsiones políticas, sino la cólera que templa la voluntad y le inspira las caracterizaciones más adecuadas, los epítetos más expresivos que dan directamente en el blanco. Más arriba se ha visto cómo caracterizó a los Périer. Sería necesario releer todos sus discursos y artículos contra los tenebrosos héroes del "affaire" Dreyfus. He aquí lo que decía de uno de ellos, el menos responsable: "Tras haberse entretenido en vacías construcciones sobre la historia de la literatura, en sistematizaciones frágiles e inconsistentes, el señor Brunetiere encontró por fin refugio entre los gruesos muros de la Iglesia; intentó entonces disimular su bancarrota personal proclamando la quiebra de la ciencia y la libertad. Tras haber intentado en vano sacar de su interior algo que se asemejara a un pensamiento, glorifica ahora la autoridad con una especie de admirable humillación. Y perdiendo, a los ojos de las nuevas generaciones, todo el crédito del que abusó en cierto momento, por su aptitud para las generalizaciones vacías, quiere destruir el pensamiento libre que se le escapa." ¡Desgraciado aquél sobre el que se abatía su pesada mano!

Cuando en 1885 Jaurès entró en el parlamento se sentó en los bancos de la izquierda moderada. Pero su tránsito al socialismo no fue ni un cataclismo ni una pirueta. Su primitiva "moderación" ocultaba inmensas reservas de un humanismo social activo que más adelante se transformaría de forma natural en socialismo. Por otra parte, su socialismo no tuvo jamás un neto carácter de clase y nunca rompió con los principios humanitarios y las concepciones del derecho natural tan profundamente impresos en el pensamiento político francés de la época de la gran revolución.

En 1889 Jaurès pregunta a los diputados: "¿Se ha agotado, pues, el genio de la Revolución Francesa? ¿Es posible que ustedes no puedan encontrar en las ideas de la revolución la respuesta a todas las cuestiones actuales, a todos los problemas que tenemos ante nosotros? ¿Acaso la revolución no ha conservado su virtud inmortal, no puede ofrecer una respuesta a todas las dificultades siempre renovadas que flanquean nuestro camino?" El idealismo del demócrata, evidentemente, aún no se ha visto afectado por la

crítica materialista. Más adelante Jaurès asimilará buena parte del marxismo, pero el fondo democrático de su pensamiento le acompañará hasta el fin.

Jaurès se estrenó en la arena política en el período más oscuro de la Tercera República, cuando ésta contaba apenas quince años y, sin una sólida tradición social, tenía en su contra poderosos enemigos. Luchar por la república, por su conservación, por su "depuración", fue la principal idea de Jaurès, la que inspiró toda su acción. Intentaba dotar a la república de una base social más amplia, acercarla al pueblo organizándolo en ella y hacer del estado republicano el instrumento de la economía socialista. Para el demócrata Jaurès, el socialismo era el único medio para consolidar y consumar la república. El no concebía la contradicción entre la política burguesa y el socialismo, una contradicción que refleja la ruptura histórica entre el proletariado y la burguesía democrática. En su incansable aspiración a la síntesis idealista, Jaurès era, en su primera época, un demócrata dispuesto a aceptar el socialismo; en su última época se convirtió en un socialista que se sentía responsable de toda la democracia.

No fue una casualidad que Jaurès denominara *L'Humanité* al periódico que fundó. Para él el socialismo no era la expresión teórica de la lucha de clases del proletariado. Por el contrario, en su opinión el proletariado era una fuerza histórica al servicio del derecho, de la libertad y de la humanidad. Por encima del proletariado le reservaba un lugar prominente a la idea de "la humanidad" en sí. Pero al contrario que para la mayoría de los oradores franceses, que no ven en ello más que una frase hueca, Jaurès demostraba respecto a ella un idealismo sincero y activo.

En política Jaurès unía una gran capacidad de abstracción idealista a una viva intuición de la realidad. Ello se puede constatar en toda su actividad. En él la idea material de la Justicia y el Bien va acompañada de una apreciación empírica incluso de las realidades secundarias. A pesar de su optimismo moral, Jaurès comprendía perfectamente a los hombres y las circunstancias y sabía utilizar muy bien a unos y otras. Era muy sensato. Muchas veces se dijo de él que era un campesino astuto. Pero por el sólo hecho de la envergadura de Jaurès, su sensatez no tenía nada de vulgar. Y lo que es más importante aún, estaba al servicio de "la idea".

Jaurès era un ideólogo, un heredero de la idea tal y como la definiera Alfred Fouillé cuando se refirió a las ideas-fuerzas de la historia. Napoleón sólo sentía desprecio por los "ideólogos" (el término es suyo), y sin embargo él fue precisamente el ideólogo del nuevo militarismo. El ideólogo no se limita a adaptarse a la realidad, deduce de ella "la idea" y la lleva hasta sus últimas consecuencias. Cuando el momento es favorable conoce los triunfos que jamás podría obtener el pragmático vulgar. Pero cuando las condiciones objetivas se ponen en su contra conoce también fracasos estrepitosos.

El "doctrinario" se aferra a una teoría a la que ha desprovisto de todo espíritu. El "oportunista-pragmático" asimila los tópicos del oficio político, pero cuando sobreviene un transtorno inesperado se encuentra en la posición de un peón desplazado por la adaptación de una máquina. El "ideólogo" de envergadura no se encuentra impotente más que en el momento en que la historia lo desarma ideológicamente, e incluso entonces a veces es capaz de rearmarse rápidamente, asimilar la idea de la nueva época y continuar jugando un papel de primera fila.

Jaurès era un ideólogo. Deducía de la situación política la idea que implicaba y, en su servicio, no se detenía jamás a mitad de camino. Así, cuando se produjo el "affaire Dreyfuss" llevó hasta sus últimas consecuencias la idea de la colaboración con la burguesía de izquierda y apoyó vehementemente a Millerand, político empirista y vulgar que no tenía nada, y jamás lo tuvo, del ideólogo, de su coraje y su grandeza de espíritu. Jaurés se metió en un callejón sin salida y lo hizo con la ceguera voluntaria y desinteresada

del ideólogo que está dispuesto a cerrar los ojos ante los hechos para no renunciar a la idea-fuerza.

Jaurés combatía el peligro de la guerra europea con una pasión ideológica sincera. A veces aplicó en esta lucha, como lo hizo en todos las que participó, métodos que estaban en profunda contradicción con el carácter de clase de su partido y que muchos de sus camaradas consideraban cuanto menos arriesgados. Tenía mucha confianza en sí mismo, en su empuje, en su ingenio, en su capacidad de improvisación. En los pasillos del parlamento, sobrevalorando su influencia, apostrofaba a los ministros y diplomáticos abrumándolos con sólidas argumentaciones. Pero las conversaciones y conspiraciones de pasillo no casaban con la naturaleza de Jaurès y no las utilizaba por sistema pues él era un ideólogo político y no un doctrinario oportunista. Para servir a la idea que le arrebataba, estaba dispuesto a poner en práctica los medios más oportunistas y los más revolucionarios, y si la idea se correspondía con el carácter de la época era capaz como ningún otro de lograr espléndidos resultados. Pero también era el primero en las catástrofes. Como Napoleón, también tuvo en su política sus Austerlitz y sus Waterloo.

La guerra mundial hubiera enfrentado a Jaurès con las cuestiones que dividieron al socialismo europeo en dos campos enemigos. ¿Qué posición habría adoptado? Indudablemente, la posición patriótica. Pero jamás se hubiera resignado a la humillación que sufrió el partido socialista francés bajo la dirección de Guesde, Renaudel, Sembat y Thomas... Y tenemos perfecto derecho a creer que en el momento de la futura revolución el gran tribuno habría encontrado su sitio y desplegado sus fuerzas hasta el final.

Pero un trozo de plomo negó a Jaurès la más grande de las pruebas políticas.

Jaurès era la encarnación del empuje personal. En él lo moral se correspondía con lo físico: en sí mismas, la elegancia y la gracia le eran ajenas. En cambio, sus discursos y actos estaban adornados por ese tipo de belleza superior que distingue a las manifestaciones de la fuerza creadora segura de sí misma. Si se consideran la limpieza y la búsqueda de la forma como uno de los rasgos típicos del espíritu francés, Jaurès puede no parecer francés. Pero en realidad él era francés en grado sumo. Paralelamente a los Voltaire, a los Boileau, los Anatole France en literatura, a los héroes de la Gironda o a los Viviani y Deschanel actuales en política, Francia ha producido a los Rabelais, Balzac, Zola, los Mirabeau, los Danton y los Jaurès. Es esta una raza de hombres de potente musculatura física y moral, de una intrepidez sin igual, de una pasión superior, de una voluntad concentrada. Es este un tipo atlético. Bastaba oír tronar a Jaurès y contemplar su rostro iluminado por un resplandor interior, su nariz imperiosa, su cuello de toro inaccesible al yugo para decirse: he ahí un hombre.

La principal baza del Jaurès orador era la misma que la del Jaurès político: una pasión vibrante exteriorizada, la voluntad de acción. Para Jaurès el arte oratorio carecía de valor intrínseco, él no era un orador, era más que un orador: el arte de la palabra no era para él un fin sino un medio. Por ello, el orador más grande de su tiempo (y puede que de todos los tiempos) estaba "por encima" del arte oratorio, siempre superior a su discurso como el artesano lo es a su herramienta.

Zola era un artista (había comenzado por la imposibilidad moral del naturalismo) y de repente se reveló por el trueno de su carta *J'accuse*. Su naturaleza ocultaba una potente fuerza moral que se manifestó en su gigantesca obra, pero que era en realidad más grande que el arte: una fuerza humana que destruía y construía. Igual sucedía con Jaurès. Su arte oratorio, su política, a pesar de las inevitables convenciones, revelaban una personalidad regia con una verdadera musculatura moral y una voluntad entregada íntegramente a la victoria. Él no subía a la tribuna para presentar las visiones que lo obsesionaban o por dar perfecta expresión a una serie de razonamientos encadenados, sino para unir a las voluntades dispersas en la unidad de un objetivo: su discurso

influenciaba simultáneamente la inteligencia, el sentimiento estético y la voluntad, pero toda la fuerza de su genio oratorio, político, humano está subordinada a su principal fuerza: la voluntad de acción.

He oído a Jaurès en las asambleas populares de París, en los congresos internacionales, en las comisiones de los congresos. Y siempre me parecía oírlo por primera vez. En él no había sitio para la rutina: buscándose, encontrándose a sí mismo, siempre e incansablemente movilizando los múltiples recursos de su espíritu, se renovaba incesantemente y no se repetía nunca. Su empuje natural iba acompañado de una resplandeciente suavidad que era como un reflejo de la más alta cultura moral. Podía derribar montañas, tronar o estremecer, pero no se venía abajo jamás, siempre estaba vigilante, se aprovechaba admirablemente del eco que provocaba en la asamblea, preparaba las objeciones, a veces barría como un huracán cualquier resistencia que se interponía en su camino, otras, hacía a un lado los obstáculos con magnanimidad y dulzura, como un maestro o un hermano mayor. Este gigantesco martillo-pilón podía reducir al polvo un bloque enorme o hundir con precisión un corcho en una botella sin romperla.

Paul Lafargue, marxista y adversario de Jaurès, decía que era un diablo hecho hombre. Su diabólica fuerza, o diríamos mejor "divina", se imponía a todos, amigos o enemigos. Y frecuentemente, fascinados y admirados como ante un fenómeno de la naturaleza, sus adversarios escuchaban expectantes el torrente de su discurso, que fluía irresistible despertando las energías, arrastrando y subyugando las voluntades.

Hace tres años que este genio, raro regalo de la naturaleza a la humanidad, murió tras haberse mostrado en toda su plenitud. ¿Acaso la estética de su fisonomía exigía tal fin? Los grandes hombres saben desaparecer a tiempo. Cuando sintió la muerte, Tolstoi tomó un bastón y huyó de la sociedad que despreciaba para morir como peregrino en una oscura aldea. Lafargue, un epicúreo con algo de estoico, vivió en una atmósfera de paz y meditación hasta los 70 años, decidió que ya era suficiente y se envenenó. Jaurès, atleta de la idea, cayó en la arena combatiendo el más terrible azote de la humanidad: la guerra. Y pasará a la historia como el precursor, el prototipo del hombre superior que nacerá de los sufrimientos y las caídas, de las esperanzas y la lucha.

Kievskaya Mysl, número 196, 17 de julio de1915 (reedición rusa de 1917)

El colapso de la Segunda Internacional

[Victor y Friedrich Adler][7]

(El estado de ánimo en la socialdemocracia austríaca. Victor Adler. Salida hacia Zúrich)

Se precipitan los acontecimientos. Nos ha llegado un telegrama anunciando la muerte de Jaurès. Como los diarios llegan de tal forma repletos de odiosas mentiras, no queremos creerlo y permanecemos varias horas entre la duda y la esperanza, mucho más teniendo en cuenta que había llegado un telegrama relatando el asesinato de Poincaré y un levantamiento de los parisinos. Pero muy pronto se desvaneció la esperanza de que la desaparición de Jaurès no fuese más que una falsa noticia… El 2 de agosto, Alemania declaró la guerra a Rusia. Pero la partida de la colonia rusa ya había comenzado. El 3 de agosto visité la nueva sede de la *Arbeiter Zeitung*, en Winzeil, donde habían ocupado un nuevo inmueble, para conferenciar con los diputados socialdemócratas sobre nuestra suerte futura (la de los rusos).

Friedrich Adler

[7] Tomado de "El estado de ánimo en la socialdemocracia austríaca. Victor Adler. Salida hacia Zúrich", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

En la secretaría me encontré con Friedrich Adler, Alias "Dr. Fritz" para diferenciarlo de su padre, Victor Adler, al que simplemente se le denominaba por "Doctor", sin ningún otro distintivo. De porte bastante alto, delgado, con una generosa frente y cabellos claros, Fritz era un fuera de lo común que tendía a un lenguaje contundente y anécdotas triviales. Había pasado un año y medio en Zúrich en calidad de privat-docent en la cátedra de física y de redactor del diario socialista *Volksrecht*.

Durante la guerra, el socialismo suizo experimentó una renovación interna total, sus objetivos cambiaron por completo. Los "bonzos" del partido, que creían que el marxismo descansaba en la frase "chi va piano, va sano"[8], pasaron a segundo plano…

Hasta la guerra, el socialismo suizo se caracterizaba por su profundo provincialismo. Adler no pudo resistirlo y volvió a Viena, entró en la redacción del mensual *Der Kampf* y en el secretariado del partido. Además, asumió la difusión del boletín de combate semanal *Das Volk* que tenía una gran tirada, principalmente en provincias. Durante las primeras semanas precedentes a la guerra, Fr. Adler se ocupaba de los preparativos de un congreso internacional. Encima de su mesa se extendían sellos especialmente encargados para el congreso y una pila de folletos de toda suerte. El partido ya había gastado más de 20.000 coronas, como se "plañía" el tesorero.

Sería prematuro decir que se podían constatar en el inmueble de la Wienzeile reagrupamientos significativos. ¡No! Esto todavía no se había producido. Pero se notaba claramente el cambio psicológico en la opinión sobre la guerra. Se ha dicho que "ellos" (los miembros del partido) se alegraban de la guerra; maldecían a los rusos y serbios sin distinguir netamente entre pueblos y gobiernos. Demostraban ser nacionalistas convencidos, con un delgado barniz de cultura socialista que desaparecía a toda prisa.

Otros, con Victor Adler a la cabeza, consideraban la guerra como una catástrofe exterior, frente a la que no quedaba otro remedio que "soportarla". Esta actitud pasiva de atentismo del jefe influyente del partido no era más que un escudo para la frenética agitación del ala "nacional-activista". Victor Adler, espíritu penetrante y fino, de carácter encantador, en tanto que personalidad estaba muy por encima de su política, que consistía en hábiles compromisos establecidos bajo condiciones desesperantes. Esto le llevaba a un alto grado de escepticismo. Esta actitud, muy individual, superaba la mentalidad de los colaboradores de Adler, en ellos el escepticismo devenía cinismo. La aversión del primero al "artificio de la ciencia" en política se transformaba en sus colaboradores en una burla a los valores fundamentales del socialismo. Este surtido de colaboradores es por sí solo característico y basta para juzgar todo el sistema de Adler senior.

El hijo de Adler, con su temperamento revolucionario intransigente, era hostil a este sistema. Dirigía sus críticas brindando testimonio de toda su desconfianza y odio a su propio gobierno. En el curso de nuestra última entrevista me mostró el más reciente llamamiento del poder a la población: espiar y hacer arrestar a los extranjeros sospechosos. Me habló con un total desprecio de los inicios del desbordamiento del chovinismo. Únicamente su dominio de sí mismo le impedía dar rienda suelta a su excitación interna. Pasó una media hora antes de la llegada del "Doctor". Éste me propuso que, en su compañía, visitase enseguida la prefectura de policía a fin de entrevistarnos con el jefe de la policía política, un tal Geyer, para asegurarme en cuanto al comportamiento del gobierno hacia los emigrados rusos residentes en Viena.

De camino a la prefectura, en el auto llamé la atención de mi interlocutor sobre el hecho de que Viena había tomado un aire de fiesta. "Quienes parecen contentos son los que no marchan al frente; y su alegría le parece patriótica. Además, aparecen todos los desequilibrados, todos los locos: es su hora."

[8] Quien va despacio, va seguro.

"Pero la gente seria permanece en casa, alerta. La muerte de Jaurès solamente es el principio. La guerra concede licencia a todos los instintos, a todas las formas de demencia…"

Psiquiatra, según su antigua especialización, Adler considera los acontecimientos políticos desde un punto de vista psico-patológico. ¡Cuán lejos estaba entonces de pensar que su propio hijo cometería un asesinato político! ... Lo recuerdo aquí de pasada porque la prensa "amarilla" de Adler y toda una serie de publicaciones socialpatrióticas intentaron explicar ese acto desesperado como el acto de un ser desequilibrado e incluso "anormal" (evidentemente estando dada su propia "normalidad" de mala calidad). Pero la medicina oficial de los Habsburgo tuvo que capitular ante la valerosa actitud del terrorista. ¡Con qué glacial desprecio tuvo que responder a las provocaciones de los eunucos del socialpatriotismo, si es que pudo escuchar sus voces desde su celda…![9]

Geyer emitió la suposición de que al día siguiente por la mañana se podría dar la orden de internar a los rusos y serbios. "Por supuesto que liberaremos enseguida a los que conocemos, pero pueden producirse actos desconsiderados. Añada usted a eso que, más tarde, no los autorizaremos a abandonar el territorio."

-"En resumidas cuentas, ¿usted me recomienda partir?" – "Absolutamente. Es lo mejor que puede hacer". – "Bien, mañana marcharé a Suiza con mi familia." – "Hum… preferiría que lo hiciese usted hoy mismo…"

Esta entrevista tuvo lugar a las tres. A las seis y diez minutos estábamos sentados en el tren que nos llevaba a Zúrich.

Novy Mir, número 903, 5 de febrero de 1917

Haase, Ebert y David[10]

El 4 de agosto de 1914 Haase emitió su declaración en defensa de los primeros cinco mil millones para créditos de guerra. En la sesión de diciembre del Reichstag hizo lo mismo Ebert. En otra sesión corriente, el voto para el crédito de diez mil millones, fue defendido en nombre de la socialdemocracia por David. Estos nombres y lo súbito del desplazamiento de las mismas funciones de uno a otro tienen un carácter simbólico. Haase adquirió su influencia en el partido durante el periodo en que la revolución rusa fortalecía su ala izquierda. Ebert, burócrata del partido, trabajador, enérgico y competente, había expresado siempre la línea centrista oficial. David era del sur, un "hombre de estado" de Baden, filisteo educado y un gran hombre para las pequeñas cosas. Las tres figuras estaban estrechamente unidas en las luchas anteriores a la guerra en relación al tema de los créditos. David representaba a los sureños por su significativo apoyo al presupuesto del Gran Duque. En el Congreso de Dortmund[11], donde se había planteado la cuestión, Haase, como líder del ala izquierda, que tenía sus sesiones propias, se presentó al comité

[9] La fuerza del pensamiento no igualaba en Fr. Adler al coraje personal. Liberado por la revolución, Adler capituló ante el partido que lo había llevado a la desesperación y que, después, lo había "vendido". Actualmente Adler ocupa un puesto de dirigente en la Segunda Internacional y Media, al servicio de esa causa que combatió arriesgando la vida…

[10] Tomado de "Haase, Ebert y David", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

[11] Parece referirse a un congreso provincial de la socialdemocracia alemana, ya que no hubo ningún congreso nacional en esta ciudad.

central con un ultimátum: votar por los presupuestos debe ser considerado incompatible con la adhesión a la socialdemocracia. El punto de vista oficial del comité central, próximo a la posición del ala izquierda, fue enunciado en el congreso nada menos que por Ebert, debido a la enfermedad de Bebel. ¡Y entonces vino la guerra! Haase, que consideraba impensable para un socialdemócrata votar créditos de gastos público para las presas de Baden, presentaba ahora su justificación para aquella "tarea" oficial en la que todos los horrores y desgracias del sistema capitalista encontraban su más horrible y desgraciada manifestación. Haase no pudo seguir y se pasó a las filas de la semioposición inestable y sin carácter de centro-izquierda. Ebert, defensor oficial de las resoluciones del partido que prohibían los créditos para el estado capitalista, asumió la tarea, sin preparación evidente para este papel, y se vio pronto echado del sitio; a la tribuna del Reichstag subió una pequeña y descarnada figura con maneras de diplomático provinciano, Eduard David, que llega, por fin, a su lugar. No se limita a llevar a cabo su encargo como esclavo sumiso de las circunstancias; se siente en la cumbre, al fin, de la realización de su misión histórica: es su clímax, se alboroza ante su máxima victoria sobre las ideas del marxismo, y da solemnidad a la ceremonia...

Existe un cierto equilibrio entre las ideas y la gente. Quien habla en nombre del partido alemán actual es quien encaja mejor en él. Suficiente imaginar por un minuto, de modo espontaneo y elemental, el hecho de que el reformista David ceda a los Hohenzollern y Bethmann los millones y el apoyo para la sangrienta tarea internacional en nombre del proletariado germano, para calibrar el profundo y aterrador colapso de la socialdemocracia alemana.

Sí, Eduard David ocupa al fin su lugar, a la cabeza de un partido político moralmente decapitado. ¡Mas en vano! Sus opositores no han ocupado todavía el suyo. Liebknecht, que, solo como antes, eleva su voz de protesta, fue contestado con las risotadas de la canalla patriótica y quizá también socialpatriótica. Una veintena de diputados de la oposición no se atrevió a romper la "disciplina" en relación al actual gran líder del proletariado germano, Eduard David: sus cabezas quedaron hundidas en las chaquetas que colgaban en los pasillos de Reichstag junto al estandarte de la socialdemocracia, envuelto en la vergüenza.

Pero en realidad, para nosotros, revolucionarios internacionalistas, no queda espacio donde colgar nuestras cabezas. El triunfo político de David es nuestra victoria ideológica, ya que la simbólica secuencia de los líderes de la socialdemocracia alemana en las tribunas del Reichstag ofrece una expresión física, personalizada, de la idea de que los principios de una política de clase independiente del proletariado son incompatibles con los principios del socialnacionalismo. En el silencio del ala izquierda yace no solamente la falta de carácter, sino también la vergüenza del partido. La lógica de los acontecimientos avanza, más despacio quizá de lo que desearíamos, pero sigue su curso. Está ahogada actualmente la voz de Liebknecht por los triunfantes graznidos de la "unidad nacional", pero un oído atento no puede dejar de escuchar, en el fondo del griterío, la señal de alarma para un mañana en el que la historia comenzará a ajustar sus cuentas.

Quien aparece hoy último reirá más fuerte en el análisis definitivo.

Nache Slovo, número 175, 27 de agosto de 1915

Ebert

Haase

Gustav Eckstein[12]

Ha muerto en Suiza a los cuarenta y dos años uno de los sobresalientes marxistas austro-alemanes, el camarada Eckstein. Los años conocen su nombre y recordarán con gratitud sus numerosos artículos en los que hemos aprendido tanto.

Eckstein poseía una erudición completa en varios aspectos. Combinaba un profundo aprendizaje de las ciencias naturales y la etnografía con una seria educación en el campo de la historia y la economía política. Escribía y hablaba en el lenguaje claro del propagandista que da a los más complejos pensamientos una forma general comprensible: en este sentido pertenecía a la escuela de Kautsky, con quien estuvo ligado por una íntima afinidad ideológica durante los últimos y más fructíferos años de su vida.

Desde el comienzo de la guerra y de la crisis en la socialdemocracia germana, provocada por aquélla, Eckstein tomó la posición del internacionalismo, es decir, en la izquierda de *Neue Zeit*. No conocemos los términos de su relación con el ala izquierda de la socialdemocracia; sólo que en sus contribuciones a los mítines del partido criticaba la línea oficial y, en particular, desenmascaraba sin piedad el mito de una guerra "*democrática*" contra el zarismo.

La tuberculosis pulmonar roía el frágil organismo de Eckstein. Esta enfermedad lo había obligado antes a realizar un crucero por China y Japón donde estableció contactos y se familiarizó con el Lejano Oriente. *The Family Law of the Japanese*, trabajo editado como un suplemento separado de *Neue Zeit*, representa uno de los frutos de este viaje. Pero al fin la tuberculosis se impuso y Eckstein murió días pasados en Zúrich, poco después de una segunda operación.

La hermana de Eckstein, Theresa Eckstein-Schlesinger, socialista destacada que tomó una postura internacionalista revolucionaria, estaba unida a su hermano por lazos de estrecha amistad… Que le sea un consuelo el hecho de que todos los que lo conocimos en diferentes sitios de la trinchera deploramos junto con ella la muerte, no sólo de una de las mejores cabezas del marxismo, sino también la de una de las figuras más nobles en la familia internacional del socialismo.

Nashe Slovo, número 178, 3 de agosto de 1916

[12] Tomado de "Gustav Eckstein", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

Gustav Eckstein

Fritz Adler[13]

Ahora no cabe duda: no fue sino Fritz Adler, secretario de la socialdemocracia austríaca y editor del periódico del partido *Kampf*, el hijo de Victor Adler, quien ha matado al ministro presidente austríaco Stürgkh. Entre las incidencias inesperadas en que nuestra terrible época es tan rica, ésta es, quizá, la más inesperada.

Fritz Adler

[13] Tomado de "Fritz Adler", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

Cuando Stürgkh fue nombrado para remplazar a Binert en el cargo de ministro-presidente de Austria, el viejo Pernerstorfer, presidiendo el congreso de la socialdemocracia autrogermana de Innsbruck, pronunció, al cerrarse el congreso, las siguientes palabras: "De aquí en adelante, el régimen tártaro de Stürgkh se impondrá sobre nosotros." Pero la predicción no se cumplió. Stürgkh demostró ser un representante de la misma escuela burocrática, característica de Austria, que considera que gobernar significa concluir pequeños pactos, acumular obstáculos y postergar tareas. No se manifestó especialmente próximo a esa camarilla imperialista que había echado un manto sobre la muerte del heredero Franz-Ferdinand y que sostenía que la salida de la pobreza externa e interna de Austria-Hungría descansa en el camino de la política de "mano dura"; pero, aunque, desde luego, no iba a emprender una lucha contra la camarilla, se adaptó a ella, es decir, sucumbió a ella en la práctica: su ministerio pasó a ser un ministerio de guerra. El precoz imperialismo austríaco, que debía superar las profundas contradicciones sociales y nacionales, en la práctica, simplemente, las hizo visible. Los métodos usuales de gobernar de la burocracia de Viena se habían vuelto inadecuados. El ministerio de Stürgkh abolió completamente, a lo largo de la guerra, el régimen constitucional y recolectó y gastó sin ningún tipo de control, a la vez que, contra las tendencias nacionales centrífugas, utilizó las cadenas y la horca. En Stürgkh, burócrata de los lugares comunes y falto de carácter, no había nada que lo asemejase a un dictador o a un tirano, pero, adaptándose automáticamente a los requerimientos de la máquina de los Habsburgo bajo las condiciones de la carnicería europea, el mediocre funcionario creó un régimen dictatorial y de terror blanco. De este modo, el impersonal despotismo de su cargo fue elevado al nivel de representante de un estado imperialista en una guerra de "liberación". En este sentido ofreció quizá un blanco de cierto "valor" a la bala del terrorista.

Pero Fritz Adler, tal como lo conocemos, no fue un terrorista. Socialdemócrata por tradición familiar y por su propia y elaborada convicción, con una educación marxista acabada, no estaba en absoluto inclinado al subjetivismo terrorista ni a la creencia ingenua de que una bala bien dirigida puede romper el nudo de los grandes problemas históricos. Este "teórico de sillón", como los informes oficiales y semioficiales decían de él, no sin cierta veracidad superficial, era un inflexible exponente de la "idea del cuarto estado" en el completo sentido revolucionario expresado en el *Manifiesto del Partido Comunista*.

Precisamente por esta razón, durante las primeras horas, parecía increíble que Fritz Adler hubiera colocado su vida, la vida de un internacionalista, a la misma altura que la vida del Stürgkh de los Habsburgo. Los telegramas de la prensa francesa en Suiza alentaban esta comprensible incredulidad: por una parte, situaban a Adler en la Bohemia germana llamándole secretario del Palacio de Comercio de Praga; por otra, lo confundían evidentemente con su hermano menor, y en los cafés de Viena, con el grupo de "anarquistas" de Peter Altenburg, Karl Kraus y otros. Cuando nuevos telegramas trajeron las reacciones en Alemania sobre los hechos, incluida la del *Arbeiter-Zeitung* de Viena, ya no quedó lugar para dudas; había sido, definitivamente, Fritz Adler, el editor de *Kampf*, el internacionalista revolucionario, nuestro simpatizante y amigo, quien había asesinado al ministro-presidente de Austria, Stürgkh.

Y ahora nuestra original e íntima necesidad (*la duda*) es reemplazada por otra, una *explicación*, más urgente incluso que una crítica política.

Stürgkh, ya lo hemos dicho, aunque ello no aumenta en absoluto su talla, había sido elevado al nivel de perfecto y absoluto representante del sistema, lo que habría sido suficiente para un doctrinario del terrorismo, pero no para Fritz Adler. Los motivos directos y de mayor peso para su acción deben buscarse en las condiciones y en las relaciones internas de la socialdemocracia austríaca misma.

Victor Adler, el padre de Fritz, verdadero creador del partido de los trabajadores austríacos y una de las más grandes figuras de la Segunda Internacional, emergió a la arena política durante la década de los ochenta como uno de los jóvenes próximos a Friedrich Engels que había demostrado un serio bagaje teórico y un genuino temperamento revolucionario. Incluso hoy en día es imposible volver las páginas de su entonces semanal *Gleichheit*, que había librado una lucha magnífica contra la censura de los Habsburgo, su policía y monarquía, y contra la sociedad de clases como un todo, sin un sentimiento de emoción. Esta época heroica, de la que buena parte pasó Victor Adler en las prisiones de la monarquía, le creó un halo revolucionario. Explotando sagazmente la impotencia de la burocracia ante las exigencias nacionalistas, la socialdemocracia austríaca logró desplegar sistemáticamente ante sí un amplio campo para la lucha política. Victor Adler, a su reputación de socialista revolucionario, agregó la de un fino estratega mientras el partido atravesaba un período de crecimiento ininterrumpido. En esta atmósfera de influencia política exclusiva y de personal atracción de Papá Adler se formaba la joven generación de marxistas austriacos: Karl Renner, Max Adler, Rudolf Hilferding, Gustav Eckstein, Fritz Adler, Otto Bauer y otros.

Todos ellos, en mayor o menor medida, aceptaron la táctica oficial del partido como un regalo de lo alto, sin críticas que restringieran sus tareas, ya sea en el campo de la investigación teórica o de la propaganda marxista.

La revolución rusa agregó una nueva dimensión a la actividad política del proletariado austríaco. Bajo la presión directa de nuestra huelga de octubre de 1905, que había provocado una solidaridad colosal en las calles de Viena y Praga, la monarquía, desorientada por las fuerzas centrífugas del nacionalismo, tuvo que garantizar el derecho al sufragio universal. A primera vista parecía que amplios proyectos se abrían para el partido. El método "austríaco" de maniobras complejas, semiamenazas y semiacuerdos parecía más provechoso cuanto más obvio era el reflujo de la revolución rusa, con su "súper simplificación" de las batallas en la calle.

Pero la realidad política corría en ángulo recto con las optimistas expectativas de los entusiastas burócratas del método "austríaco". Empujados por el rápido desarrollo del joven capitalismo nacional, los gobernantes comenzaron a buscar una salida a sus dificultades internas a través de los éxitos en el extranjero, pero la política del imperialismo condenaba parlamentos mucho más estables que el austríaco a la insignificancia, y el sufragio universal parecía débil para alterar esta ley. El militarismo constreñía la manifestación de las poblaciones multirraciales y la de la monarquía misma, pero cualquier repulsa de los cada vez más numerosos campesinos y masas pequeñoburguesas era aparentemente neutralizada entre los choques de los conflictos nacionales. Los ministros convocaban a voluntad el parlamento y a voluntad lo clausuraban, enviando los diputados de vuelta a sus casas.

Sólo una irreconciliable ofensiva revolucionaria podía unir al proletariado multirracial austrohúngaro a protegerlo de las infecciones del provincialismo y el nacionalismo, y, al mismo tiempo, empujar la monarquía hacia sus vínculos normales y "constitucionales" con las clases poseedoras; pero el método "austríaco" de contemporizaciones parciales, de retrocesos y de la total falta de una estrategia planificada de los líderes hacia las masas tuvo tiempo suficiente para convertirse en una tradición osificada y desplegar sus aspectos desmoralizadores.

Alrededor de Victor Adler, primera y principal víctima de su propio método, se agrupaban las mediocridades, los políticos de pasillo, los rutinarios y los arribistas que no sentían la necesidad, como la sentía su líder, de abrir un camino a través del caos aletargado de los políticos austríacos desde concepciones radicales, y permanecían como enemigos jurados de cualquier iniciativa revolucionaria y de la acción de las masas. La

miserable postración de los jefes oficiales del socialismo austríaco se reveló al comienzo de la guerra en la forma de un servilismo desenfrenado hacia el estado austrohúngaro.

En el extenso *Manifiesto de los internacionalistas* de Austria, publicado poco después de la Conferencia de Zimmerwald en la prensa socialista, aparece, junto con un análisis exhaustivo del régimen interno de la monarquía, un análisis todavía más trágico del régimen de la socialdemocracia de Austria. El autor de este manifiesto, que destacaba la necesidad de que, cualquiera fuese el curso de la guerra, los partidos socialistas debían permanecer y actuar como *el ejército en pie de la revolución social*, era Fritz Adler, que encabezaba la oposición socialista.

Si la generación joven de marxistas austríacos no había practicado desde antes de la guerra una política independiente, sino que dejaba la cuestión en manos de Papá Adler, después, en los momentos de esta enorme prueba, surgió el sentimiento de la responsabilidad política con una fuerza colosal en el pecho de Adler hijo. Él no vivía, hervía. Sobre el suelo austríaco, el conflicto entre las dos generaciones del socialismo sacudía por su dramatismo. No estaba ya Bebel en Alemania y mediocres burócratas habían ocupado su puesto. En Francia no estaba Jaurès. Epígonos de segunda fila conducían la podredumbre socialpatriota del socialismo. En Austria, Victor Adler, encarnación de la historia entera de la socialdemocracia austríaca, todavía montaba guardia ante la política socialpatriota oficial. Tanto más grave y dramática era la tarea de su hijo. Entre los jefes del partido se encontró con el desprecio hostil de los atildados parlamentarios sin parlamento, con periodistas que escribían sus crónicas entre desayuno y almuerzo, con pequeños arribistas y, en el mejor de los casos, con nacionalistas declarados. La impersonalidad de los filisteos, incapaces de tomar nada en serio, debió haber llenado su corazón con un odio cada vez más intenso cuanto más limitadas eran las oportunidades para un llamamiento directo a las masas. Los telegramas informaban de una reciente conferencia en la que el líder del partido de los trabajadores, Fritz Adler, exigía una acción firme. “Debemos organizar demostraciones en todas partes [gritaba] o en mayor medida la gente dejará caer la responsabilidad de la guerra sobre los líderes del socialismo”. Se encogieron de hombros. Esta gente no tomaba nada en serio. Pero él, Fritz, tomó su deber de socialista muy seriamente: resolvió gritar a las masas proletarias con todas sus fuerzas que el camino del socialpatriotismo es el camino de la esclavitud y la muerte espiritual; eligió para ello los medios que imaginó más eficaces, y, como un hombre que alerta en el camino cotidiano abriéndose las venas y señalando el peligro que aguarda allí delante con un pañuelo empapado en su propia sangre, Friz Adler se transformó él y transformó su vida en un detonador para llamar la atención de las masas decepcionadas y fatigadas…

¡Una prueba de que el corazón de esta infeliz humanidad sigue latiendo, cuando hay entre sus hijos personas capaces de cumplir así con su deber!

Nachalo, número 22, 25 de octubre de 1916

Karl Kautsky[14]

El diario *Nache Slovo* tuvo que zanjar sus cuentas con Kautsky. La autoridad internacional de éste todavía era muy fuerte en vísperas de la guerra imperialista, aunque no alcanzaba ni de lejos el nivel que tenía a principios de siglo y, particularmente, durante la primera revolución rusa. Sin la menor duda Kautsky era el teórico con más talento de la Segunda Internacional y, durante más de la mitad de su vida representó y "encarnó" las mejores tendencias de esa internacional. Propagandista y divulgador del marxismo, Kautsky consideraba su misión de teórico encaminada a llevar a la reforma y a la revolución; pero únicamente consideraba como realidad la reforma. Consideraba a la revolución como un punto de vista teórico, como una perspectiva histórica.

La teoría darwinista del origen de las especies abarca al reino vegetal y al animal en todas sus dimensiones. La lucha por la vida, la selección natural prosigue de forma constante. Si pudiese existir un observador que dispusiese de mil años de vida (tiempo indispensable para las observaciones cósmicas) establecería, sin la menor duda, que en determinadas épocas el proceso de la selección natural es casi imperceptible, que las especies conservan los caracteres propios y parecen ser encarnaciones de la ideas-tipo platónicas; en el medio geográfico, y en el mundo vegetal y animal, existen épocas de ruptura, períodos de crisis geobiológica, cuando las leyes de la selección natural se expanden con toda su crudeza y encuentra su cumplimiento sobre los cadáveres de la fauna y la flora. En el marco de esa gigantesca perspectiva, la teoría de Darwin se mantiene ante todo como la teoría de las épocas críticas en el desarrollo de todo lo que vive.

La teoría de Marx del proceso de la historia abarca toda la historia del hombre organizado colectivamente. Pero en las épocas de equilibrio en la sociedad, la sumisión de las ideas a los interese de clase y al sistema de la propiedad permanecen ocultos. Los períodos de revolución son la mejor escuela del marxismo, cuando la lucha de las clases adquiere el carácter de una guerra civil y los sistemas de gobierno, los derechos y la filosofía, quedan al descubierto como órganos al servicio de las clases. La teoría marxista misma fue formulada en una época prerrevolucionaria, cuando las clases buscaban una nueva orientación, y fue establecida definitivamente tras las experiencias de la revolución y de la contrarrevolución de 1848 y de los años siguientes.

Kautsky no poseía esa irreemplazable experiencia revolucionaria. Se impregnó del marxismo y lo vulgarizó como un buen maestro de escuela del socialismo científico. El máximo de su actividad se manifestó durante el período de degradación que siguió al aplastamiento de la Comuna hasta la primera revolución rusa. El capitalismo se volvió a levantar con toda su pujanza. Las organizaciones obreras crecían casi automáticamente, pero "el objetivo a alcanzar a cualquier precio", a saber, la revolución social y proletaria, se diferenciaba del movimiento y sólo conservaba ya una existencia puramente académica. De ahí el aforismo de Bernstein: "El movimiento lo es todo… el objetivo a alcanzar no es nada…" ¡En tano que filosofía de un movimiento obrero, esta afirmación es un contrasentido y una trivialidad! Pero en tanto que característica de la mentalidad de la socialdemocracia alemana durante el cuarto de siglo que precedió a la guerra, esa

[14] Tomado de "Karl Kautsky", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

opinión de Bernstein es completamente significativa: la lucha reformadora cotidiana tomó una cadencia absolutamente regular, "el objetivo a alcanzar a cualquier precio" se estancó bajo la dirección de Kautsky.

Karl Kautsky

Defendía incansablemente el carácter revolucionario de la doctrina de Marx y Engels, aunque, al respecto, la iniciativa de la resistencia a las tendencias revisionistas pertenecía a los elementos decididos, como Rosa Luxemburg, Plejánov y Parvus. Pero políticamente se reconcilió con la socialdemocracia, sin ver su profundo oportunismo y sin poder darle un carácter decisivo a la táctica del partido. Por su parte, la burocracia dirigente se reconcilió con el radicalismo teórico de Kautsky. Esta combinación del oportunismo práctico y de los principios revolucionarios encontró su máxima realización en la persona del obrero tornero August Bebel, jefe indiscutible durante casi cincuenta años. Bebel apoyaba a Kautsky en el dominio de la teoría, siendo para este último una autoridad incuestionable en las cuestiones políticas. Únicamente Rosa Luxemburg revolucionaba a veces a Kautsky con más ardor del que deseaba Bebel. La socialdemocracia alemana ocupaba el lugar dirigente en el seno de la Segunda Internacional. Kautsky era su teórico reconocido y, también parece ser, su inspirador. Salió vencedor del combate con Bernstein. En el congreso de Ámsterdam en 1904, donde

se condenó el "ministerialismo socialista francés" (millerandismo), se adoptó la resolución de Kautsky que así se convirtió en el teórico probado, en el jefe de filas del socialismo internacional. Fue el período supremo de su influencia. Sus enemigos y oponentes lo apodaban "el Papa de la Internacional". Recuerdo que su vieja madre, autora de novelas tendenciosas, recibió en su 75 cumpleaños las felicitaciones de los socialistas italianos dirigidas "allá mamma del Papa" (a la madre del Papa).

La revolución de 1905 fortaleció las tendencias radicales del movimiento socialista obrero internacional y reforzó de forma extraordinaria la autoridad teórica de Kautsky. En las cuestiones internacionales de la revolución, tomó (cierto que bastante más tarde que otros) una posición definitiva y pudo prever la formación de un gobierno socialdemócrata revolucionario en Rusia. Bebel, en sus frecuentes entrevistas, se burlaba con una sonrisa irónica del "seductor Charles". El partido alemán abordó la siguiente cuestión: ¿se necesitaba una dirección común y una revolución radical? Esta discusión marcó el punto culminante de la carrera de Kautsky. Después vino el declive.

Me encontré con Kautsky por primera vez en 1907, tras mi evasión de Siberia. La derrota de la revolución todavía no era evidente. La influencia de Rosa Luxemburg sobre Kautsky era preponderante en aquella época. La autoridad de este último era indiscutible para todas las fracciones de la socialdemocracia rusa.

No sin agitación interior, subí la escalera de la pequeña casa tan aseada, calle Fridenay, en Berlín. Kautsky, pequeño anciano de cabellos blancos y ojos claros, me saludó en ruso, "buenos días", y esta recepción, junto a todas las excelentes impresiones que yo tenía de sus obras científicas, formó un conjunto muy seductor. Me di cuenta, a continuación, de que esa amabilidad provenía de su indiscutible autoridad, que le confería una total confianza en sí mismo. Sin embargo, la entrevista tuvo pocos resultados. Tenía el espíritu seco, anguloso, no era de réplica fácil, le faltaba psicología y se dejaba llevar al esquematismo. Además, sus bromas eran banales. Por todos esos motivos se le puede considerar como un orador de segundo orden.

En Rusia la revolución estaba derrotada, el proletariado aplastado y el socialismo obligado a refugiarse en la clandestinidad; la burguesía liberal buscaba la forma de reconciliarse con la monarquía sobre la base de un programa imperialista: una decepción completa ante los métodos revolucionaros se abrió paso brutalmente en las filas de la internacional. El oportunismo se tomaba la revancha. Durante esos tiempos, las relaciones entre los estados capitalistas se tensaban cada vez más; se aproximaba el desenlace. Los partidos socialistas debían zanjar el dilema: ¿estar a favor del gobierno nacional o contra él? O era necesario aplicar la teoría revolucionaria o seguir la línea oportunista hasta el final. Toda la autoridad de Kautsky consistía en la conciliación del oportunismo en política y del marxismo en teoría.

El ala izquierda (Rosa Luxemburg) exigía respuestas precisas. Por otra parte, los reformistas pasaban al ataque en todo el frente. Kautsky, cada vez más desorientado, combatía más ásperamente al ala izquierda, se acercaba a los partidarios de Bernstein, esforzándose en vano en conservar el objetivo marxista. Cambió de tal forma en ese período que incluso su apariencia se vio afectada; su habitual calma despareció por completo y sus ojos reflejaban una nada habitual agitación.

La guerra sacó a la luz del día toda la mentira y podredumbre del "kautskysmo". Kautsky aconsejaba al mismo tiempo no abstenerse de votar los créditos para "Guillermo" y no votarlos con "reservas". Durante los meses siguientes vio la luz una polémica explicando lo que realmente Kautsky había aconsejado hacer. "La internacional es el instrumento de la paz, no de la guerra." Kautsky se aferraba a esta fórmula banal y vacía como a un salvavidas. Al mismo tiempo que criticaba los desbordamientos del chovinismo, Kautsky preparaba la reconciliación de todos los socialpatriotas tras la

guerra. “Todos los seres humanos se equivocan, pero, a pesar de ellos, la guerra pasará y volveremos a partir de cero.” … Durante el aplastamiento de la revolución alemana, Kautsky devino una especie de ministro de la república burguesa. Propuso una ruptura completa con la Rusia soviética (“No tiene importancia, se hundirá en algunas semanas”) y se arrodilló ante Wilson… ¡Con cuánta crudeza se venga la dialéctica de la historia de uno de sus apóstoles!

Moscú-Simbirsk, 18 de marzo de 1919
Moscú, 24 de abril de 1922

En París[15]

El partido socialista francés se encontraba totalmente desmoralizado. Jaurès había sido asesinado en vísperas de la guerra. Vaillant, antiguo antimilitarista, se había convertido a la tradición patriótica de Blanqui desde los primeros días de la ofensiva alemana y, cada día, redactaba a cuenta del órgano central del partido, *l’Humanité*, artículos prestados del chovinismo más desenfrenado. Jules Guesde, el líder del ala marxista, habiéndose agotado en una abrumadora lucha contra los fetiches de la democracia, y siguiendo el ejemplo de su amigo Plejánov, demostró ser únicamente capaz de llevar al ara del sacrificio de “la defensa nacional” lo que quedaba de sus pensamientos políticos y de su autoridad moral. El superficial periodista Marcel Sembat secundaba a Guesde en el gobierno Briand. Pierre Renaudel, apareciendo a plena luz tras haber actuado en las sombras y gran maestro de las pequeñas causas, devino jefe del partido en el lugar de Juarès, del que, a costa de agotadores esfuerzos, intentaba imitar la gesticulación y las explosiones de voz. Longuet tomó partido a favor de Renaudel, pero con ciertas reservas. El sindicalismo oficial estaba representado por el presidente de la CGT, M. Jouhaux que, renegando de sus ideas, emprendió el mismo camino. Hervé (el autosatisfecho, bufón pseudorrevolucionario y ex antimilitarista encarnizado), le dio la vuelta a la chaqueta y siguió el mismo camino también. Diversos miembros separados de la oposición estaban diseminados por aquí y por allá, pero, por decirlo así, no presentaban ningún signo de vida. ¡Ninguna perspectiva de un futuro mejor!

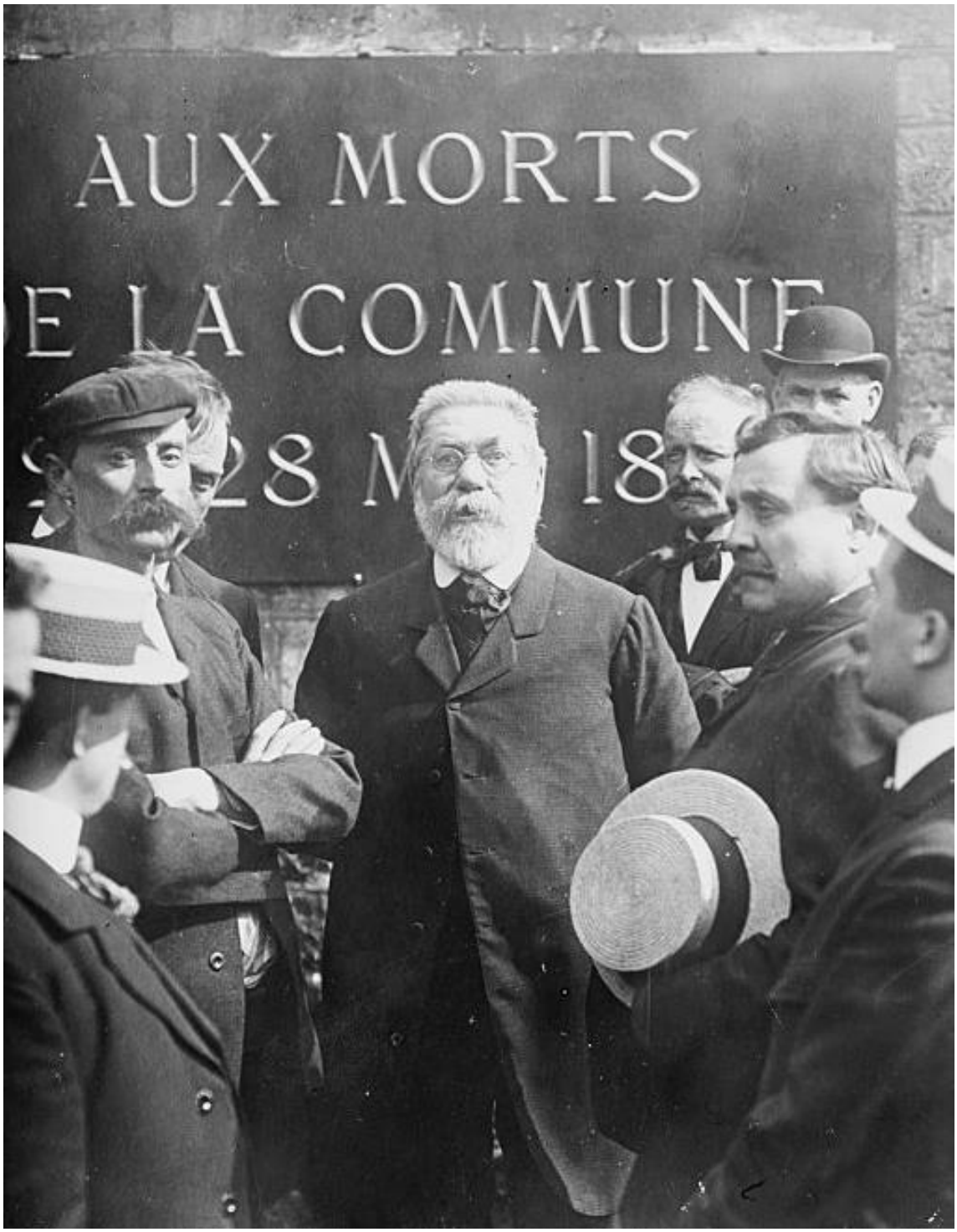
Entre los emigrantes rusos residentes en París, particularmente entre los miembros de la intelectualidad socialista revolucionaria, el patriotismo se abría en flores dobles. Cuando París se encontró, precisamente, amenazada, un importante número de esos emigrados se alistaron en el ejército francés. Los otros asaltaban a los parlamentarios y a la prensa burguesa, demostrando por todos los medios que no eran simples emigrados, sino sinceros aliados. Los elementos proletarios, por el contrario, estaban desorientados e indecisos. Muchos de los que habían tenido la oportunidad de fundar una familia francesa, cedían a la corriente patriótica. Pero la mayoría resistían y se esforzaban en comprender dónde estaba el buen camino.

Moscú-Simbirsk, 18 de marzo de 1919
Moscú, 24 de abril de 1922

[15] Tomado de “En París”, Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

Se va una época [Bebel, Jaurès y Vaillant][16]

(22 de diciembre de 1915)



Edouard Vaillant

[16] Tomado de "Se va una época [Bebel, Jaurès y Vaillant]", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

Hoy, ha sido entregado a las llamas el cuerpo de Vaillant...

Toda una era del socialismo europeo se está yendo. No sólo ideológicamente, sino también físicamente, por la desaparición de sus más eminentes representantes. Bebel murió durante la conferencia de paz en Bucarest, entre la guerra de los Balcanes y la guerra actual. Recuerdo el día en que, en la estación de tren de Ploesti, Gherea[17], un escritor rumano, originario de Rusia, me contó la noticia. Al principio me pareció increíble, al igual que la historia de la muerte de Tolstoi; para todos aquellos que estaban conectados con la vida política alemana, Bebel parecía una parte inseparable de ella. En aquellos tiempos lejanos, la palabra "muerte" tenía un significado muy diferente en el lenguaje humano del que tiene ahora. Bebel ya no estaba. ¿Qué iba a ser de la socialdemocracia alemana? Recordé lo que había oído decir a Ledebour[18] cinco años antes sobre su partido: 20 por ciento de revolucionarios decididos, 30 por ciento de oportunistas, el resto con Bebel.

Bebel

[17] Katz, conocido como Constantin Dobrogeanu, más conocido bajo el seudónimo de Ion Gherea como novelista, fue el maestro de toda una generación de socialistas rumanos. Trotsky estuvo vinculado a él desde 1913. Recordemos que August Bebel, el líder de la socialdemocracia alemana, murió el 13 de agosto de 1913. [Ver en esta misma serie de las Edicions Internacionals Sedov: "Dobrogeanu Gherea"].

[18] Georg Ledebour fue uno de los líderes "radical-izquierdistas" de la socialdemocracia alemana, más tarde "centrista". [Ver en esta misma serie de Edicions Internacionals Sedov: "Lebedour y Hoffmann"].

La muerte del viejo Liebknecht ya había sido una primera advertencia para la generación anterior, que podría tener que abandonar la escena antes de haber cumplido lo que consideraba su misión histórica. Pero mientras Bebel estuvo allí, hubo una conexión viva con el período heroico del movimiento, y los rasgos poco heroicos de los líderes de la segunda hornada no se manifestaron con tanto relieve. Cuando comenzó la guerra y se supo que los socialistas estaban votando por los créditos militares, uno se preguntaba a pesar de sí mismo: ¿Cómo habría actuado Bebel? Axelrod dijo en Zúrich: "No puedo aceptar que Bebel dejara que la fracción del Reichstag se rebajara tanto: contaba con la experiencia de la guerra de 1870 y cargaba con las tradiciones de la Primera Internacional a sus espaldas; ¡no, nunca!" Pero Bebel había desaparecido, la historia lo había dejado de lado para permitir que se manifestaran libremente los sentimientos y el estado de ánimo que, casi imperceptiblemente, pero aún más irresistiblemente, se habían acumulado en la socialdemocracia durante los largos años de su lento crecimiento orgánico.

En esos momentos Jaurès también estaba muerto. La noticia de su asesinato llegó a Viena en la víspera de mi partida[19] y no me impresionó menos que los primeros estruendos de la tormenta mundial. Los acontecimientos grandiosos hacen que uno sea fatalista: la personalidad se desvanece cuando de causas distantes o directas, profundas o superficiales, surgen la confrontación entre los pueblos armados. Pero la muerte de Jaurès, que precedió a esta confrontación de masas impersonales, marcó los acontecimientos inminentes con la huella de una conmovedora tragedia individual. Era la variación más majestuosa del antiguo, pero nunca envejecido, tema de la lucha del héroe contra el destino. Una vez más, el destino fue el vencedor. Jaurès yacía allí, con la cabeza atravesada por una bala. El socialismo francés fue decapitado y uno se preguntaba qué lugar hubiera ocupado Jaurès en los acontecimientos.

Parecía que, al prepararse para la desintegración de la Segunda Internacional después de veinticinco años de existencia, la historia había aligerado su carga eliminando a dos hombres que simbolizaban el movimiento de toda esa época: Bebel y Jaurès.

La personalidad de Bebel encarnaba el tenaz y continuo ascenso de la nueva clase. Este frágil y seco anciano parecía estar hecho de una voluntad tensada hacia un solo objetivo. En su pensamiento, en su elocuencia y en sus obras escritas, no gastó ni una sola energía que no condujera directamente a la meta. No sólo era enemigo de la retórica, sino ajeno a todo disfrute estético como tal. Esta era la belleza superior de su patética política. Personificó la clase que aprende en sus pocas horas de ocio, disfruta cada minuto y absorbe con entusiasmo lo estrictamente necesario.

Jaurès, por otro lado, había desaparecido; su mundo interior consistía en tradiciones ideológicas, imaginaciones filosóficas y poéticas, y tenía rasgos aristocráticos tan claramente marcados como los rasgos democráticos plebeyos de la fisonomía de Bebel. Aparte de esta diferencia psicológica entre estos dos tipos, el extornero y el exprofesor de filosofía, había también una marcada diferencia lógica y política de concepciones entre Bebel y Jaurès. Bebel era materialista, Jaurès era un idealista ecléctico, Bebel estaba completamente comprometida con los principios del marxismo, Jaurès era un reformista, un ministerialista, etc. Pero a pesar de estas diferencias, ambas se reflejaron en la política, a través del prisma de las culturas políticas alemana y francesa, en una misma época histórica. Era la época de la *paz armada*, tanto en las relaciones internacionales como en las nacionales.

[19] Advertido el 3 de agosto de que los austriacos tendrían que detenerlo como "ciudadano enemigo", Trotsky dejó Viena esa misma noche para ir a Suiza. [Ver en estas mismas Edicions Internacionals Sedov, "El estado de ánimo en la socialdemocracia austríaca. Victor Adler. Salida hacia Zúrich", página 2 formato pdf].

Jaurès

La organización del proletariado alemán crecía sin cesar, las arcas se llenaban, el número de periódicos, diputados y concejales, aumentaba constantemente. Al mismo tiempo, la reacción se mantuvo fuertemente en todas sus posiciones. De ahí la necesidad de una colisión entre las dos fuerzas opuestas en la sociedad alemana. Pero esta colisión tardó mucho tiempo en producirse, y los recursos de la organización fueron aumentando automáticamente, tanto, que una generación entera ya había tenido tiempo de acostumbrarse a este estado de cosas, y aunque todos escribieron, dijeron o leyeron que el conflicto decisivo era tan inevitable como el encuentro de dos trenes marchando en sentidos opuestos por las mismas vías, se había dejado de sentir esta inevitabilidad en su interior. El viejo Bebel se diferenciaba de muchos otros precisamente en que, hasta el final de su vida, estaba profundamente convencido de que los acontecimientos estaban destinados a llegar a una conclusión inevitable, y en su setenta cumpleaños habló con concentrada pasión sobre la cercana hora de la revolución socialista.

En Francia no hubo un crecimiento tan constante de la organización de los trabajadores ni un dominio tan abierto de la reacción. Por el contrario, la máquina estatal basada en el parlamentarismo burocrático parecía accesible a todos. Cuando Jaurès, como en el caso de Dreyfus, repelió los ataques del clericalismo y el monarquismo secreto o declarado, consideró como inmediatamente posterior el período de reformas. Su antagonista, Jules Guesde, dio a las tendencias o perspectivas marxistas en la situación de Francia un carácter sectario; fanático profundo y convencido, esperó durante décadas el golpe liberador, ardiendo internamente con el fuego de su fe e impaciencia. Jaurès se había situado en el terreno de la democracia y la evolución. Consideró que su tarea era despejar el camino de los obstáculos reaccionarios y hacer del mecanismo parlamentario el arma de las reformas sociales más profundas, que refundiría, racionalizaría y limpiaría todo el orden social. Sin embargo, el desarrollo económico de Francia avanzaba con extrema lentitud, las relaciones sociales conservaban su carácter anticuado, las elecciones seguían a las elecciones, cambiando las agrupaciones políticas en el caleidoscopio parlamentario sin alterar en modo alguno la correlación de las fuerzas esenciales. Así como en Alemania toda una generación se había acostumbrado a ver el crecimiento de las organizaciones como un fin en sí mismo, en Francia los políticos de segunda categoría se hundían en el parlamentarismo y sólo recordaban los objetivos finales en discursos solemnes.

El mismo proceso psicológico tuvo lugar en el ámbito de las cuestiones políticas internacionales. Después de la guerra de 1870, se esperaba naturalmente su renovación. El militarismo creció implacablemente, pero la guerra se alejaba cada vez más. En la lucha contra el militarismo interno, a ambos lados del Rin se hablaba constantemente del peligro de la guerra, pero al final la mayoría casi dejó de creer en ella. Se había acostumbrado al militarismo y al crecimiento de las organizaciones de trabajadores. Cuarenta y cinco años de paz armada, interna y externa, habían hecho olvidar gradualmente a toda una generación la proximidad de la catástrofe. Y fue precisamente cuando acabó esta obra cuando la historia desató sobre la humanidad la inmensa catástrofe que la prefiguró y llevó a otras.

Bebel y Jaurès reflejaron su época, pero, siendo hombres de genio, la superaban con creces y, por lo tanto, no habrían resultado tan sorprendidos como sus mediocres colaboradores. Pero dejaron la arena a tiempo para dar a la historia la oportunidad de experimentar el pleno efecto de la catástrofe en las mentes que no estaban preparadas para ello.

Hoy se ha enterrado a Édouard Vaillant.

Fue el único representante sobreviviente de las tradiciones del socialismo nacional francés, del blanquismo[20], que combinaba métodos de acción extremos, hasta la insurrección, con el más extremo patriotismo. En 1870, en su diario *La patrie en danger*, Blanqui no conocía otro enemigo que el prusiano. Su amigo Gustave Tridon abandonó, junto con Malet, la Asamblea Nacional el 3 de marzo de 1871 porque ésta se había atrevido a aprobar el Tratado de Frankfurt y, por tanto, la transferencia de Alsacia-Lorena a los alemanes. “Lucharé incansablemente contra este tratado criminal [escribió Tridon a sus electores] hasta que sea abolido por la revolución o por vuestro patriotismo.” En todo esto no hay contradicción: Vaillant derivaba de Blanqui y Blanqui de Babeuf y la gran revolución. Esta filiación agotó y cerró para ellos el desarrollo del pensamiento político.

Para Vaillant, aunque era uno de los pocos franceses que conocía verdaderamente el idioma y la literatura alemana, Francia había seguido siendo el país elegido, la nación

[20] Edouard Vaillant, médico y antiguo miembro del Consejo General de la Comuna de París, se convirtió, a partir de 1881, en el líder del Comité Revolucionario de la Comuna de París, pequeña organización blanquista.

liberadora que por sí sola despierta con su roce a otros pueblos a la vida moral. Su socialismo era profundamente patriótico, así como su patriotismo estaba teñido de mesianismo. A pesar del lento crecimiento de su población, del retraso de su desarrollo económico y del conservadurismo de su modo de vida e ideología, la Francia actual todavía le parecía *el único país* de movimiento y progreso.

Después de las pruebas de 1870-71, Vaillant se convirtió en un feroz opositor a la guerra, contra la cual, como su compañero de armas en los últimos congresos internacionales, el inglés Keir Hardie (que murió unos meses antes que él) propuso los medios de lucha más extremos. Pero cuando estalló la guerra, toda la historia europea, pasada y futura, se resumió para Vaillant en la cuestión del destino de Francia. En cuanto a él, todas las conquistas del pensamiento y todas las victorias de la justicia habían sido el resultado directo de la gran revolución, que fue, y ha seguido siendo, francesa; en última instancia no pudo dejar de vincular sus ideas a la sangre de la raza. Se trataba de la salvación del pueblo elegido, y por eso Vaillant estaba dispuesto a poner todas las fuerzas en acción. Empezó a escribir artículos en el tono de *La patrie en danger* de Blanqui. Bendijo la espada del militarismo contra la que había luchado tan despiadadamente en tiempos de paz; con la condición de que esta espada, heredada de la gran revolución, cortara la monarquía y el militarismo alemán. Vaillant fue un implacable "hasta el final". Los editoriales que escribió diariamente al principio de la guerra respiraban un nacionalismo tan escandaloso o, mejor dicho, un chovinismo tal, que los nacionalistas vulgares como Renaudel se sentían un tanto molestos por ellos. En la vieja cabeza del hombre canoso de setenta y cinco años estaba despertando la vieja concepción mecánica de la revolución. Bajo su pluma, el militarismo alemán no era el producto de las condiciones sociales alemanas, sino una superestructura monstruosa que podía ser derribada desde el exterior con un ariete republicano. Vaillant había perdido definitivamente sus ilusiones sobre la "raza" alemana. Cuando en Stuttgart surgió la oposición contra el militarismo y la dirección oficial del partido, empezó a explicar el valor de los socialistas de Wurtemberg por la mezcla de sangre gala y alemana en las regiones del sur de Alemania…

Renaudel, Compère-Morel, Longuet y los demás parlamentarios moderados miraban con preocupación al viejo hombre blanco, el Quijote de la misión revolucionaria de Francia, que parecía no darse cuenta de los profundos cambios de la situación. Unos meses más tarde, Vaillant fue expulsado del periódico *l'Humanité*, cuya dirección pasó a manos de Renaudel, que había sido el popularizador de Jaurès y había heredado todos los aspectos débiles de su genial maestro…

Conocí a Vaillant hace unos meses en el Comité de Acción (una institución "militar" compuesta por la mitad de los delegados del partido y representantes de los sindicatos). Era una sombra de su antiguo yo, una sombra del blanquismo con las tradiciones de las guerras de los *sans-culotte*, en la época de la carnicería mundial imperialista. Vivió lo suficiente como para ver dar al católico Castelnau[21] la espada de la república para derribar a la monarquía de los Hohenzollern. El antiguo blanquista ha muerto en esta etapa de la vida política de Francia y de la guerra.

Francia, y especialmente el socialismo francés, han perdido otro hombre eminente. La mediocridad del interregno les parecerá a ellos, y por desgracia a otros también, aún más importante. Pero no por mucho tiempo. La vieja era está bajando del escenario con sus hombres, la nueva encontrará nuevos.

Nache Slovo, 22 de diciembre de 1915

[21] El general de Curières de Castelnau era Jefe de Estado Mayor de Francia en 1914.

Socialpatriotismo ruso

Apuntes sobre Plejánov[22]

(25 de abril de 1922)

La guerra ha sentado el balance del socialismo de toda una época y ha pesado en su balanza a los jefes. Entre estos últimos ha rechazado despiadadamente a Plejánov. Era un hombre eminente. Es doloroso pensar que toda la joven generación proletaria que se adhirió al movimiento tras 1914 sólo conoce a Plejánov como al protector de los Alexinsky, como al colaborador de Avxentiev, al émulo de Brechkovskaya, es decir al Plejánov de la decadencia, al Plejánov del patriotismo. Era un hombre eminente. Y es una gran figura en la historia del pensamiento social ruso.

[22] Tomado de "Apuntes sobre Plejánov", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

Plejánov no creó la teoría del materialismo histórico, no la enriqueció con nuevas conquistas científicas. Pero la introdujo en la vida rusa. Y este es un inmenso mérito. Era necesario vencer los prejuicios del "revolucionarismo" primitivo de la clase intelectual rusa, presuntuosa en su estado atrasado. Plejánov "nacionalizó" la teoría marxista y, por ello mismo, desnacionalizó el pensamiento revolucionario ruso. Con Plejánov habló por primera vez la lengua de la ciencia verdadera, se unió al movimiento obrero mundial, descubrió a la revolución rusa sus posibilidades y sus perspectivas reales y le encontró una base en las leyes objetivas del desarrollo económico.

Plejánov no creó la dialéctica materialista, pero fue el convencido y ardiente defensor de ella en Rusia desde 1880. Ahora bien, para hacerlo se necesitaban perspicacia, amplia visión y un gran ardor de pensamiento. A estas cualidades Plejánov añadía las del talento en la expresión y el arte del humor. La primera caballería rusa del marxismo esgrimió la espada a las mil maravillas. ¡Cuántas heridas, a veces mortales, les infringió a sus adversarios, y en particular al epígono del movimiento de los narodniki, a Mijailovsky! Para apreciar debidamente la fuerza de su pensamiento sería preciso hacerse una idea de la atmósfera de prejuicios subjetivistas, idealistas y otros que reinaba entonces en los círculos radicales de Rusia y de la emigración rusa. Sin embargo, esos círculos representaban lo que Rusia había producido de más revolucionario en la segunda mitad del siglo XIX.

Afortunadamente, el desarrollo intelectual de la juventud obrera de la época actual sigue una vía completamente diferente. Nos separa un abismo de la época en la que se desarrollaban las peripecias del duelo Beltov-Mijailovsky[23] Por eso la forma de las mejores obras, es decir de las obras de polémica más brillantes de Plejánov, ha envejecido como la del *Anti-Dühring* de Engels. Los puntos de vista de Plejánov son infinitamente más comprensibles a los obreros de hoy en día que los de aquellos a los que combatía. También el lector debe prestar mucha más atención e imaginación para representarse las concepciones de los narodniki y de los subjetivistas que para comprender la fuerza y justeza de los golpes de Plejánov. Por eso os libros de Plejánov no pueden alcanzar ahora una gran difusión. Pero todo marxista deseoso de ampliar su horizonte filosófico tendrá que recurrir, inevitablemente, a la fuente del pensamiento marxista en Rusia, a Plejánov. Para ello tendrá que trasladarse a la atmósfera ideológica del movimiento radical ruso de 1860 a 1890, tarea difícil. Pero se verá recompensado de sus esfuerzos por el desarrollo de su horizonte y por el goce estético que ofrece el espectáculo del pensamiento preciso, luminoso, en lucha contra los prejuicios, la rutina y la idiotez.

Aunque fuertemente influenciado por los escritores franceses, el Plejánov publicista procede directamente de la antigua escuela rusa (Belinsky, Herzen, Chernichevsky). Poseía la forma amplia, no temía las digresiones, citas, bromas propias para entretener al lector. En nuestra época, en la que se busca la concisión, en la que hacen furor las abreviaciones, la forma de Plejánov parece trasnochada. Pero refleja toda una época y, en su género, es excelente. Sin embargo, la escuela francesa dejó su huella sobre Plejánov, habituándolo a la exactitud de las fórmulas y a la claridad de la exposición.

El Plejánov orador poseía las cualidades, como también los defectos, del escritor. Las obras de Jaurès, incluso las históricas, causan la impresión de un discurso; cuando Plejánov habla, se escucha al escritor. Por ello los libros de Jaurès fatigan por su elocuencia continua mientras que los discursos de Plejánov causan frecuentemente la impresión de buenos artículos.

Plejánov descollaba en las disputas teóricas en las que se complacían generaciones enteras de intelectuales revolucionarios rusos. Donde era más débil era en los discursos

[23] Bajo el pseudónimo de Beltov, Plejánov logró engañar en 1895 a la censura zarista pasando su mejor panfleto, el más brillante: *La concepción monista de la historia*.

puramente políticos destinados a llevar al auditorio a una conclusión práctica, a animarlo con una voluntad única. En esas ocasiones era observador, crítico o publicista, pero jamás jefe. Su destino le impedía dirigirse directamente a la masa, llamarla a la acción, conducirla. Sus lados débiles tienen el mismo origen que sus méritos: era un precursor, el primer caballero del marxismo en Rusia.

Hemos visto que Plejánov no tiene prácticamente trabajos susceptibles de formar el alimento corriente de la clase obrera. Se podría hacer una excepción con la *Historia del pensamiento social ruso*; pero esta obra está lejos de ser irreprochable; las tendencias conciliadoras y patrióticas del Plejánov del último período ya habían socavado los fundamentos teóricos. Empotrado en las contradicciones irreductibles del socialpatriotismo, Plejánov, sin recusar la teoría de la lucha de clases, comenzaba a buscar en otras partes directivas que creía encontrar bien en el interés nacional, bien en los principios éticos abstractos. En sus últimos escritos hacía concesiones monstruosas a la moral normativa, que se esforzaba en convertir en el criterio de la política ("Una guerra defensiva es una guerra justa"). En su introducción a la *Historia del pensamiento social ruso* limita la lucha de clases, únicamente la admite en el interior del país y la reemplaza por la solidaridad nacional en las relaciones internacionales[24]. Ya no se trata de Marx, sino de Sombart. Solo quienes saben qué implacable lucha entabló Plejánov durante décadas contra el idealismo, en general, y la filosofía normativa en particular, contra la escuela de Brentano y sus falsificadores, el pseudomarxista Sombart, comprenderán la profundidad de su decadencia cuando cayó bajo la impronta de la ideología nacionalista y patriótica.

Pero esta decadencia era previsible: la tragedia de Plejánov, como su mérito, provienen de que era un precursor. No era el jefe del proletariado en acción, solo el anunciador. En su polémica, defendía los métodos del marxismo, pero no tenía la posibilidad de aplicarlos. A pesar de su larga estancia en Suiza, se mantuvo como un típico emigrado ruso. No le interesaba casi el socialismo cantonal suizo, oportunista y teóricamente débil. El partido ruso no existía. El lugar de este partido lo ocupaba en el caso de Plejánov el estrecho círculo de sus partidarios del "Grupo de Emancipación del Trabajo", (Plejánov, Axelrod, Zasulich y Deutsch, este último en la cárcel). Cuanto más se esforzaba Plejánov en consolidar la base teórica y filosófica de su posición, más carecía de base política. Observador del movimiento obrero europeo, frecuentemente cerraba los ojos ante las mezquinas disputas, la pusilanimidad, los compromisos de los partidos socialistas; pero combatía incansablemente la herejía en la literatura socialista.

Este desequilibrio entre la teoría y la práctica fue fatal para Plejánov. A pesar de sus conocimientos doctrinales, se vio desamparado ante los grandes acontecimientos políticos. La revolución de 1905 ya le cogió desprevenido. Este brillante y profundo teórico del marxismo se orientaba a las tientas en los acontecimientos de la revolución, le faltaba seguridad, salía con evasivas, rehusaba toda respuesta clara e intentaba escoger fórmulas algebraicas o anécdotas espirituales, a las que era muy dado en particular.

Vi por primera vez a Plejánov hacia finales de 1902, cuando terminaba su brillante campaña contra el movimiento de los narodniki y el revisionismo, y tenía que enfrentarse a las cuestiones políticas de la próxima revolución. En resumidas cuentas, para Plejánov comenzaba la época de la decadencia. Solo tuve una vez la oportunidad de ver y escuchar a Plejánov con toda su fuerza y gloria: fue en el 2º Congreso del partido (julio de 1903),

[24] "El desarrollo de toda sociedad dividida en clases está determinado por el desarrollo de esas clases y por sus relaciones mutuas, es decir, en primer lugar, por *su lucha entre ellas* para la forma de la organización social interna, y, en segundo lugar, por su *colaboración*, más o menos amistosa, cuando se trata de la defensa del país contra las agresiones externas." (Plejánov, *Historia del pensamiento social ruso*, Moscú, 1919, página 11)

en Londres, en la comisión del programa. Los representantes del grupo de la "Causa Obrera", Martinov y Akimov, los del Bund, Lieber y otros, y algunos delegados provinciales, buscaban la forma de introducir enmiendas, en su mayoría pobres y teóricamente erróneas, en el programa del partido elaborado principalmente por Plejánov. En los debates, Plejánov se superó a sí mismo y se mostró implacable. Ante cada cuestión planteada, incluso insignificante, desplegaba todos los recursos de su extraordinaria erudición y obligaba a los oyentes, y los mismos adversarios, a reconocer que la cuestión no hacía más que empezar allí donde creían que estaba resuelta. Poseyendo en la cabeza una concepción clara, científica, de su programa, seguro de sí mismo, de sus conocimientos, de su fuerza, con un destello alegre e irónico en la mirada, los mostachos en punta, el gesto ligeramente teatral pero vivo y expresivo, Plejánov deslumbraba a los oyentes con su ciencia y espíritu incomparables. La admiración recorría todos los rostros; toda la asamblea, inclusos sus adversarios, quedaba prendada de sus labios.

En las cuestiones de táctica y organización en ese mismo congreso, Plejánov estuvo mucho más débil; a veces incluso parecía acaparado por la impotencia, hasta el punto de dejar perplejos a los mismos que acababan de admirarlo en la discusión del programa.

En el Congreso Internacional de París, en 1889, Plejánov ya había declarado que si la revolución triunfaba en Rusia solo podría hacerlo como revolución obrera. Dicho de otra forma, no había ni habría en Rusia democracia burguesa revolucionaria capaz de alcanzar la victoria. De ello resultaba que la revolución victoriosa no podría más que acabar con la transmisión del poder a manos del proletariado. Sin embargo, Plejánov retrocedía horrorizado ante esta conclusión. Por ello mismo renunciaba prácticamente a sus antiguos principios. No adoptó otros nuevos. De ahí su impotencia política, sus fluctuaciones que terminaron en la caída en los abismos del patriotismo.

Durante la guerra, como durante la revolución, no les quedó otro remedio a los discípulos fieles de Plejánov que combatirlo sin piedad.

Los partidarios y los admiradores de Plejánov en la decadencia, a menudo imprevistos y desprovistos de talento, tras su muerte han reunido en una edición especial todo lo más erróneo que dijo. Con ello han ayudado a separar al falso Plejánov del verdadero. El gran Plejánov nos pertenece completamente. Nuestro deber es restaurar su fisonomía moral e intelectual para la joven generación. Estas breves líneas no pueden ser consideradas, evidentemente, como el comienzo de esta tarea. Ahora bien, hay que realizarla: es de las más necesarias y agradables. Ya es hora de escribir un libro sobre Plejánov digno de él.

¡No fastidie usted más![25]

"*Le ruego, si está usted de acuerdo conmigo, que cuando lo haya discutido con otros camaradas diputados, me telegrafíe tranquilizándome…*"
(De una carta de Plejánov al diputado Burianov)

Plejánov está ideológica y políticamente muerto, para el socialismo y para nuestro partido, pero se esfuerza en recordarnos que sobrevive físicamente a su muerte espiritual. Quiere introducir la máxima confusión e interferir en las filas del partido para inyectar lo más ponzoñoso en la consciencia de los trabajadores atrasados; piensa que su colapso intelectual puede pasar inadvertido entre el caos insensato que está creando alrededor de su nombre.

Escribe en la prensa chovinista de Italia contra el Partido Socialista Italiano, al que había defendido recientemente contra el nacional reformismo de aquel país; en defensa de la diplomacia zarista, se introduce en el laberinto de Creta del kantismo con una cuerda atada al cuello después de haber luchado contra el zarismo y el kantismo en su vida; se une con los nacional populistas, ahora en decadencia, contra la socialdemocracia revolucionaria; incita a nuestros diputados, primero desde detrás de la escena, y luego abiertamente, e intriga en el partido… Plejánov parece luchar furiosamente contra su propio pasado e intenta ahogar la protesta de su debilitada conciencia política en el cúmulo de sus licenciosas declaraciones públicas.

Sabe perfectamente que nuestros diputados votarán contra los créditos, que ya cinco de ellos han sufrido la deportación por su lealtad, y que todo el proletariado avanzado está con los diputados socialdemócratas, pero intenta apartar justamente uno de ellos y la pobre impotencia de sus argumentos es compensada con actos de intimidación personal, Dirigiéndose a Burianov en persona, escribe que "votar contra los créditos sería una traición". Durante la guerra acusa de traición al partido revolucionario, encadenado de pies y manos por la situación bélica. Pero más vale que retiren esa acusación, liberales chauvinistas. ¡Retírenla para que no se vuelva contra ustedes mismos, pues con ustedes encaja perfectamente!: cuando la socialdemocracia los acusa de incitar las fuerzas que han provocado la guerra, ustedes no se justifican ni se defienden, sino que ¡contestan acusándonos de traición!

Y ustedes, caballeros fiscales, escondan con avidez la carta en sus portafolios: les será útil cuando vayan a condenar a Burianov, a quien Plejánov llama "querido camarada".

Uno quisiera pasar al lado de este repulsivo espectáculo con los ojos cerrados, el espectáculo del "padre" del partido emborrachado de chauvinismo y espiritualmente desnudo. Pero es imposible; se trata de un ultraje que constituye un hecho político.

Cada nuevo discurso de Plejánov contra la socialdemocracia rusa es transmitido de inmediato por telégrafo a los periódicos burgueses de todos los países, y no porque diga algo especialmente significativo; al contrario, difícil concebir una expresión más cruda de pensamientos banales. Lo hacen porque el cadáver intelectual de un teórico marxista servirá siempre para ser usado como barrera ante el proletariado internacionalista. Y, sobre todo, la intelectualidad "liberal" y "democrática" se mira en el espejo de la decadencia de Plejánov y descubre que en realidad no se trata de algo tan intelectualmente estéril y moralmente envilecido como para dejar de atreverse en su

[25] Tomado de "¡No fastidie usted más!", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

nombre a exigir que los socialistas se resignen y se consideren traidores por su firmeza, como lo ha exigido Plejánov… desde Tver hasta Novocherkassk, desde Odesa hasta Irkutsk, por todas partes el hilo telegráfico conduce la noticia de que Plejánov a denominado "traidora" a la conducción del grupo socialdemócrata. ¿Qué burda interferencia en la mentalidad de los obreros jóvenes que acaban de entrar en contacto con el socialismo! ¡Qué victoria para todos los renegados, que han vendido sus armas al comenzar la contrarrevolución, y para los que desertaron ante los recientes llamamientos del "patriotismo"! ¡Qué decadencia!

Se podría narrar una aleccionadora historia psicológica sobre la tragedia personal del hombre que defendió durante un período de tres décadas una clase política, aislado por completo de esta clase; que sostuvo los principios de la revolución en el último rincón de Europa, y que era un entusiasta propagandista del marxismo en la atmósfera menos "marxista", como era la del pensamiento francés.

Se podría representar un *sketch* sobre la vida del revolucionario que, durante un tercio de siglo, sólidamente armado con la teoría marxista, esperó y llamó a la revolución en Rusia, pero que, cuando ésta llegó, no supo encontrar en su arsenal intelectual ni siquiera un análisis de sus fuerzas impulsoras o generalizaciones históricas más amplias, ni tampoco una palabra lúcida o valiosa; nada, excepto una filosofía rancia y refunfuños inoportunos.

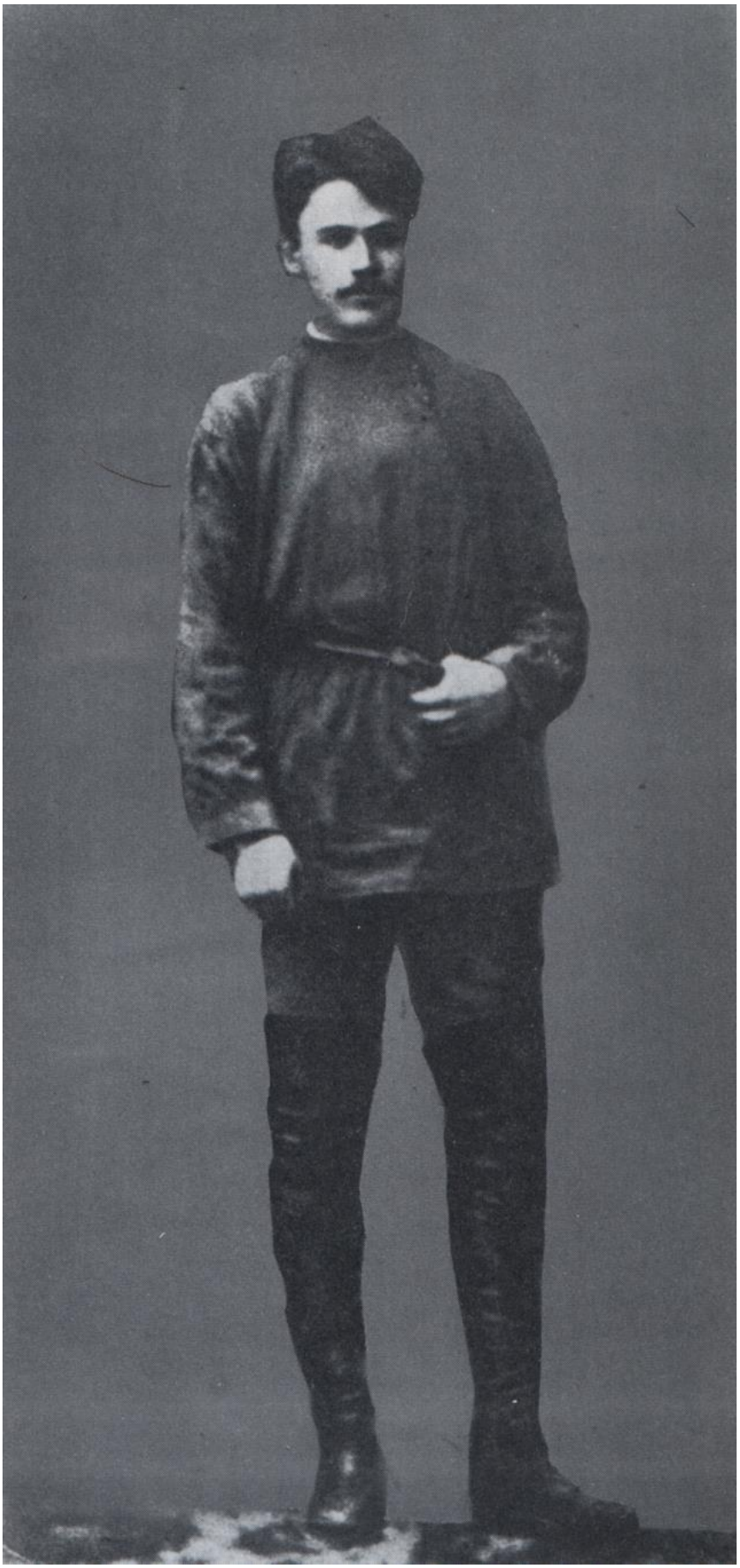
Se podrá caracterizar una mente brillante y capacitada, aunque dogmática y formalmente lógica, y explicar por qué en las condiciones del empobrecimiento social de Rusia la historia confió en tal carácter la defensa y propagación del marxismo, la menos dogmática y la menos formal de las doctrinas, en cuyo marco de generalizaciones resaltan la carne viva y la sangre caliente de las luchas sociales y sus pasiones; y cómo la doctrina fue separada de su cuerpo social para anidar en la consciencia de la intelectualidad, donde fue defendida por su portavoz el polemista, el lógico y, ¡también!, frecuentemente el sofista. Y en esta contradicción entre el carácter de las perspectivas universales y la intelectualidad individual, por una parte, y por otra, en las tareas y condiciones de vida, radica la fuente de las últimas vacilaciones y errores que han terminado ahora en el hundimiento irreversible.

Pero no son momentos de escribir estudios psicológicos. El caso de Plejánov no es meramente una tragedia personal, sino un acontecimiento político. Y mientras alrededor de Plejánov, entre su séquito de don nadies, no hay por ahora quien pueda hacerle comprender que con sus acciones públicas no sólo está destruyéndose, sino oscureciendo sin esperanzas la imagen que hoy es propiedad del partido, no tenemos sólo el deber, sino el derecho, de señalarlo con desprecio.

Sí; Plejánov, en su telegrama, invoca que el grupo le diga "que no se preocupe" (un acto de negación política), pero tanto desde el grupo que desea permanecer en su puesto como del partido que tiene suficiente fuerza para superar el cadáver intelectual de su fundador, Plejánov debería tener la siguiente respuesta:

"Nos tiene sin cuidado que usted esté preocupado o no; sólo le pedimos ahora, y para siempre, que deje usted de preocuparnos a nosotros.

Nache Slovo, número 216, 14 de octubre de 1915



Plejánov

En recuerdo de Plejánov[26]

(4 de junio de 1918)

¡Camaradas! Vivimos una época en que la vida particular de un hombre no es nada o casi nada ante el colosal torbellino de los acontecimientos. En la guerra murieron millones y en la revolución cientos de miles. Ante tales movimientos y luchas de las masas humanas una personalidad individual es insignificante. Sin embargo, aun en períodos de grandes acontecimientos de masas, hay muertes particulares que no se pueden pasar en silencio sin prestarles atención. Tal es la muerte de Plejánov.

En esta gran manifestación, compacta y desbordante, no hay una sola persona que no conozca el nombre de Plejánov.

Plejánov pertenecía a la generación de la revolución rusa y a la etapa de su desarrollo en que solamente pequeños grupos de intelectuales se habían incorporado a la lucha revolucionaria. Plejánov pasó por "Zemlia y Volia", y por "Cherni Peredel", y en 1883 organizó, junto a sus colegas más íntimos, Vera Zasúlich y Pavel Axelrod, el grupo "Emancipación del Trabajo", que llegó a ser la primera célula del marxismo ruso, inicialmente sólo ideológica. Aunque no haya un solo camarada aquí que no conozca el nombre de Plejánov, entre nosotros, marxistas de la generación más vieja, no hay nadie que no haya estudiado en las obras de Plejánov.

Fue él quien treinta y cuatro años antes de octubre, demostró que la revolución rusa triunfaría solamente en la forma de un movimiento revolucionario de los trabajadores, y se esforzó por colocar el hecho del movimiento de clases del proletariado en la raíz de la lucha revolucionaria de los primeros círculos intelectuales; esto aprendimos de él; en ello yacen los fundamentos no sólo de la actividad de Plejánov, sino también de toda nuestra lucha revolucionaria, y a ello hemos permanecido fieles rigurosamente hasta el día de hoy. En el desarrollo posterior de la revolución, Plejánov abandonó la clase a la que tan brillantemente había servido en el período más siniestro de la reacción. No hay mayor tragedia para un dirigente político que incansablemente demostró durante décadas que la revolución rusa podía desarrollarse y llegar a la victoria como una revolución de la clase obrera, ni mayor tragedia tampoco que rehusar a tomar parte en el movimiento de la clase obrera en su etapa de mayor envergadura histórica, en el período de la revolución victoriosa. Y Plejánov desembocó en esta posición. No escatimó golpes contra el poder soviético, contra el régimen proletario ni contra el partido de los comunistas, al cual yo y muchos de ustedes pertenecemos, y desde luego que contestamos golpe por golpe. Y ante la tumba abierta de Plejánov permanecemos fieles a nuestro estandarte, sin hacer concesiones a Plejánov, el hombre de los compromisos y el nacionalista, y sin retractarnos una sola palabra de los golpes que devolvimos y sin esperarlo de nuestros oponentes. Pero ahora que la muerte de Plejánov afecta nuestra conciencia, sentimos, junto a la irreconciliable hostilidad revolucionaria hacia los que interfieren el camino de la clase obrera, la fuerza ideológica suficiente para recordar no al Plejánov que se puso firmemente en contra, sino al Plejánov del que aprendimos el alfabeto del marxismo revolucionario. Plejánov no dejó en el arsenal de la clase obrera

[26] Tomado de "En recuerdo de Plejánov", en Trotsky inedito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov. Discurso de Trotsky en la XVII Sesión del Comité Ejecutivo Central Panruso del Sóviet de Moscú, del Consejo Central de Sindicatos de Moscú y Panruso de los Comités de Fábrica y de otras organizaciones obreras, el 4 de junio de 1918.

una sola arma que no se haya vuelto despiadadamente contra él. En la lucha contra nuestros enemigos de clase y sus aliados conscientes o inconscientes, como en la lucha contra el mismo Plejánov en el último período de su vida, hemos hecho uso, y seguiremos haciéndolo, de la mejor parte del legado espiritual que él nos ha dejado. Ha muerto, y las ideas que forjó en los mejores días de su vida son tan inmortales como inmortal es la revolución proletaria. Ha muerto, y nosotros, sus discípulos, vivimos y luchamos bajo la bandera del marxismo, bajo la bandera de la revolución proletaria. Y antes de volver a la lucha cotidiana contra la opresión y la explotación, contra las mentiras y las calumnias, pido a todos ustedes ponerse de pie y honrar en silencio y con respeto la memoria de Plejánov.

Mártov[27]

Sin la menor duda, Mártov se muestra como una de las figuras más trágicas del movimiento revolucionario. Escritor dotado, político inventivo, espíritu penetrante, pasado por la escuela marxista, Mártov permanecerá en la historia de la revolución obrera como un "gran negativo". Carente de carácter, su agudeza no está acompañada por la suficiente voluntad. El marxismo es un método de análisis objetivo y, al mismo tiempo, la vanguardia de la "acción" revolucionaria. Exige un perfecto equilibrio entre el pensamiento y la voluntad, alía la "energía física" con la disciplina de la voluntad mediante los razonamientos dialécticos, subjetiva y objetivamente. Mártov ejerce todo su poder de análisis para emprender la línea de menor resistencia. Dudo que haya existido jamás un político socialista que haya sabido explotar el marxismo con tanto talento para justiciar sus propias evasiones y traiciones a la doctrina. Bajo este aspecto, Mártov puede ser considerado como un virtuoso. Otros más instruidos que él, como Hilferding, Bayer, Renner e incluso Kautsky, no eran más que aprendices comparados con Mártov en el plano de la falsificación política del marxismo, es decir, como representantes de la pasividad y el espíritu de capitulación como las formas supremas de la implacable lucha de clases. Sin la menor duda, Mártov posee el instinto revolucionario. Su primera reacción ante grandes acontecimientos era la de un revolucionario. Pero tras cada reacción de este tipo, su pensamiento no se apoyaba en el resorte de la voluntad, se apagaba y degradaba. A principios de siglo ese proceso ya se podría haber observado… en los signos precursores del oleaje revolucionario (ver el diario *Iskra*), después, a principios de la guerra imperialista y también a principios de la revolución de 1917. ¡Pero en vano! Su facultad de invención y la flexibilidad de su espíritu le permitían sortear las dificultades creadas por las nuevas cuestiones a resolver. Incluso sacaba de ellas argumentos para defender lo "indefendible". La dialéctica se convertía en él en la casuística más refinada. Esta extraordinaria facultad para poseer al mismo tiempo una voluntad sin voluntad y terquedad en la indecisión le permitió durante años mantenerse en posiciones contradictorias y sin aparente salida. Se equivocó en cada una de las ocasiones de tomar una posición histórica y despertar esperanzas. Y, cada una de esas veces, ¡se deslizaba por la pendiente! Para concluir, se convirtió en el más fino, en el más agudo, político de esa intelectualidad pequeñoburguesa a medias idiota, cobarde y despreciable. El hecho de que él mismo no se apercibiese, de que, por tanto, no comprendiese esa caída, muestra hasta qué punto el mosaico de su espíritu se ha reído cruelmente de él. En la época de los

[27] Tomado de "Mártov", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

problemas y las posibilidades gigantescas, Mártov se encuentra crucificado entre Longuet y Chernov. ¡Basta con citar estos dos nombres para medir la caída ideológica y política de este hombre al que le fue dado mucho más que a tantos otros!

Moscú-Simbirsk, 18 de marzo de 1919
Moscú, 24 de abril de 1922

Mártov

El reptante[28]

El Reptante, regidor de las mentes actuales [Saltikov]. "Estoy ocupado informando"
[Orgullosas palabras de un diputado]

Había algo de reptante en este diputado por naturaleza. La gente que lo ve y oye por primera vez recuerda involuntariamente las palabras de la Biblia: "y te picará en el talón". Su ahínco por picar, y precisamente en el talón, configura la principal característica de su psique. En su vida pública se balancea fatalmente hacia los extremos para que su picadura tenga un mayor radio de acción; es realmente indiferente que se trate de ideas de la "derecha" o de la "izquierda". Si alguien está sentado a la derecha y él a la izquierda, es cuestión de introducir una modificación en el juego y sentarse a la extrema derecha; como un reptil psicópata, se resguarda de un lado para poder picar con mayor seguridad a todos los del otro lado; posee enormes dosis de bufonería autosuficiente que en absoluto excluye la malicia y acopla un elemento de lo que podría llamarse semiparcialidad estética, que es la estética del lacayo de un noble, es decir, una abominación indescriptible; esta cualidad de bufón no constituye una necesidad estética libre, sino que es producto del desequilibrio entre la voluntad tensa de un reptil venenoso y sus inadecuados recursos. Puede dirigirse rectamente hacia los últimos límites de la estupidez, pero esta estupidez está siempre "guiada" y cargada con veneno, y no lo comprometerá por el momento, del mismo modo que no hay nada comprometedor en la figura de un escorpión que pica su propia cola debida a un exceso de malicia.

Cuando está entre izquierdistas, el reptante se coloca más a la izquierda que todos ellos; y visto desde la distancia con esta aureola de "izquierdismo" podría parecer distinto de lo que realmente es. Pero este entorno en el que está constreñido por los caprichos de la historia rusa no puede sino constituir un obstáculo para él. Desde luego que no es necesario idealizar el entorno de esta "izquierda", pero ella vive por una idea y al final de cuentas sus pasiones, sean grandes, pequeñas o incluso insignificantes, estarán subordinadas a esta idea y por esta idea disciplinada y fecundada.

Por otra parte, el reptante no tiene control sobre su malicia ponzoñosa, y cuando pica, justifica su existencia ante sus propios ojos, incapaz de conocer alguna limitación.

En general, la gente tiene muy buen espíritu e ingenuidad, y tiende a pensar "No, no se atreverá a hacer esto…" Pero se equivocan, pues es capaz de todo. No tiene necesidad de exigir dinero o promoción (que vienen por sí mismos) para cometer cualquier locura, y tiene suficientes motivos íntimos para ello, por lo que, justamente, no conoce los límites de sus mentiras, calumnias y denuncias, ni siquiera de los que dicta la preocupación. Mañana nos dirá lo que hoy muchos no desean aún creer. Hombres ingenuos, desconfiad del reptante…

Nachalo, número 20, 22 de octubre de 1916

[28] Tomado de "El reptante", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

En la ruta de la Tercera Internacional

Saludos a Franz Mehring y Rosa Luxemburg[29]

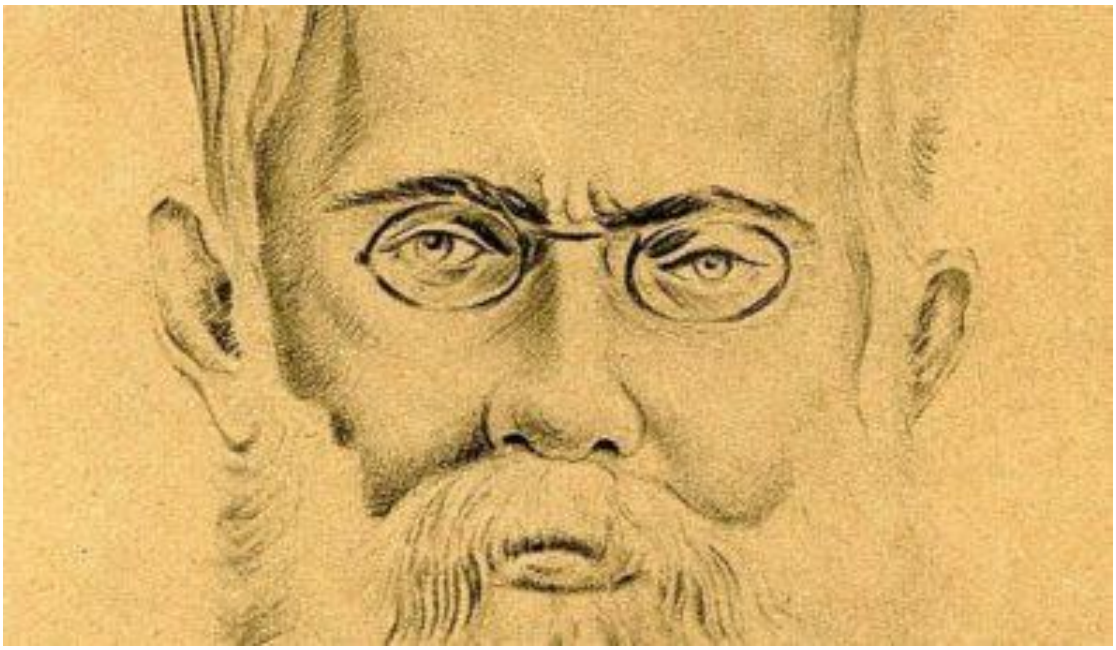
El 27 de febrero de 1916 Franz Mehring cumplía 70 años. El publicista más sobresaliente de la socialdemocracia alemana y, al mismo tiempo, el más brillante historiador de su desarrollo histórico y político, entraba en su octava década en la época de la crisis más cruel del socialismo mundial y, sobre todo, de la socialdemocracia alemana. Dejadnos decirlo ya: si Mehring nos resulta tan querido y próximo ahora no lo es en tanto como historiador o publicista emérito del socialismo alemán: el suelo arde demasiado bajo nuestros pies como para mirar hacia atrás y considerar a la gente según sus méritos históricos. Hemos roto inmediatamente con numerosas personalidades respetadas no solamente en tanto que adversarios ideológicos, sino en tanto que enemigos políticos. Si el historiador de las luchas internas de la socialdemocracia alemana nos resulta ahora tan cercano es porque en la presente lucha, hoy en día, ha tomado, valerosamente y sin dudar, la posición que consideramos el deber socialista y el honor revolucionario. Desde el inicio de la guerra, Mehring se pronunció, en numerosos artículos y discursos, contra esa traición, reforzada apresuradamente por los eunucos autoritarios de las instancias del partido bajo el nombre pomposo de "paz civil". Junto a Rosa Luxemburg publicó un número del periódico *La Internacional* cuyo nombre era al mismo tiempo un programa y un desafío a la política pasiva del partido del 4 de agosto. En un período de hundimiento amenazador, de las apostasías de unos y la debilidad pasiva de otros, la intervención de Mehring contra la política "de las instancias del partido" ha ofrecido un apoyo inestimable al despertar de la oposición del ala izquierda, que ahora es el verdadero soporte del honor del proletariado alemán.

En esa lucha, junto a Mehring estaba Rosa Luxemburg, que ahora, tras un año de encarcelamiento ha recuperado la libertad (para una nueva lucha). A los dos (Mehring y Luxemburg) los han separado de nosotros las trincheras del militarismo excavadas por las clases dirigentes. Pero en esa lucha que llevamos adelante contra el estado de clase manchado con la sangre fresca y perseguido por nuevas maldiciones, en ese combate que entablamos contra sus dueños, contra sus defensores y fervientes esclavos, Mehring y Luxemburg están en el mismo lado de la trinchera pasando por encima de todo el mundo capitalista.

En las personas de Franz Mehring y Rosa Luxemburg saludamos al núcleo espiritual de la oposición revolucionaria alemana a la que nos une una indisoluble fraternidad de armas.

Nache Slovo, número 53, 3 de marzo de 1916

[29] Tomado de "Saludos a Franz Mehring y Rosa Luxemburg", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.



Franz Mehring

Rosa Luxemburg

Karl Liebknecht y Hugo Haase[30]

(22 de mayo de 1922)

Liebknecht no estuvo presente en Zimmerwald (estaba prisionero del ejército de los Hohenzollern antes de verse prisionero del estado), pero su nombre se escuchó más de una vez en la conferencia. La lucha que hacía trizas al socialismo europeo, cómo más tarde al socialismo norteamericano, ¡adquiría tal resonancia! Liebknecht era nuestro principal apoyo: una prueba, un ejemplo vivo en la campaña contra el socialpatriotismo de los países de la Entente. Los socialpatriotas franceses y rusos citaban con descaro los discursos de Liebknecht para sacar de ellos las pruebas de los crímenes del militarismo germánico y la pureza de los derechos de la Entente. No hacían más que eco a la prensa capitalista.

Yo conocía a Karl Liebknecht desde hacía varios años, aunque muy raramente me encontraba con él. Expansivo y entusiasmándose ligeramente, contrastaba claramente con la insignificante y monótona fauna de los burócratas del partido. Ya se distinguía por su físico. Sus labios plenos y sus cabellos negros rizados le hacían parecerse a un "indígena" aunque fuese un puro alemán. Liebknecht siempre fue medio extranjero en la casa de la socialdemocracia, siempre presta a los compromisos. No se entregaba a análisis personales sobre el desarrollo histórico, no se ocupaba con previsiones teóricas sobre el mañana, pero su instinto sincero y profundamente revolucionario siempre lo ponía en el recto camino a pesar de las dudas. Bebel conocía a Liebknecht desde la infancia y lo trataba como a un adolescente igual que Wilhelm Liebknecht [el padre de Karl] había tratado a Bebel. Soportaba, no sin una ironía simpática, las indignadas protestas de Liebknecht contra la política oportunista del partido: se pellizcaba la punta de los labios de su fina boca, pero no cedía ante Karl. Y la palabra de Bebel, casi hasta su muerte, tenía una importancia decisiva en el partido.

Liebknecht era un revolucionario auténtico y un internacionalista convencido. Consagraba una importante parte de su tiempo y esfuerzos a actividades ajenas a la socialdemocracia alemana. Mantenía estrechas relaciones con los revolucionarios rusos y polacos. Estaba ligado por amistad con alguno de ellos. Ayudaba a los otros. Algún tiempo después de la muerte de su primera esposa, se casó con una rusa. Los acontecimientos de la revolución rusa le conmovieron de forma extraordinaria. Igual que nosotros, presentía la victoria de la contrarrevolución. Dedicaba buena parte de sus energías a una propaganda antimilitarista entre los jóvenes. Las altas instancias del partido no miraban con buenos ojos esa incesante actividad. La justicia se ocupó de Liebknecht, que, mediante esos contactos con los jueces, adquirió el instinto combativo necesario, y, además, la posibilidad de observar a fondo y juzgar al funcionario medio del partido, molesto con quien turbaba una existencia tan tranquila. Liebknecht hervía y se indignaba, no por él, sino por el partido.

Así fue como le sorprendió la guerra que, no caben dudas, al principio al menos, le superó. Durante varias semanas buscó su camino, después lo encontró y ya no lo abandonó. Cayó como combatiente de la guerra civil (entre una barricada y otra) habiendo dado a la revolución todo lo que podía dar. Toda su incomparable personalidad tuvo tiempo para desarrollarse al máximo durante la guerra. Su lucha contra la soldadesca

[30] Tomado de "Karl Liebknecht y Hugo Haase", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

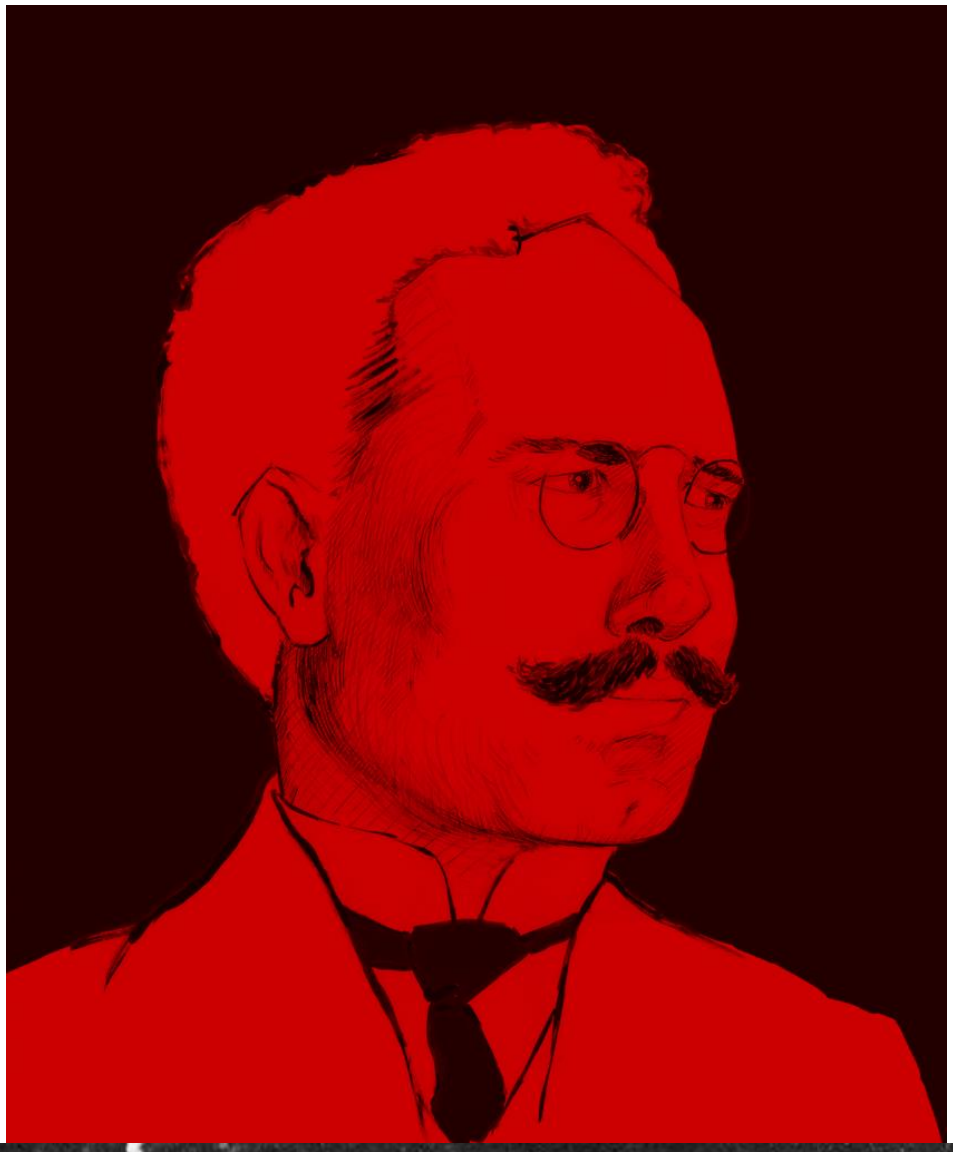
todopoderosa y miserable de los Hohenzollern, contra los lacayos repletos de cobardía y autosatisfacción, contra los burócratas del partido que lanzaron a sus pandillas contra él, se mantendrá como símbolo de un heroísmo de gran alcance moral. El nombre de Karl Liebknecht despertará inevitablemente ecos en los siglos venideros.

Hugo Haase estuvo ausente en Zimmerwald, a pesar de los rumores que anunciaban su llegada. La conferencia no perdió nada con su ausencia pues es casi imposible que Haase hubiese podido ofrecerle más de lo que le ofreció Lebedour.

Sin embargo, necesitamos hablar un poco de Haase. A la cabeza de la oposición moderada socialdemócrata, Haase devino durante la guerra el "guía" que Bebel designó casi oficialmente como su sucesor. Haase era un abogado de Königsberg, un provinciano sin amplias miras, sin gran temperamento político, pero honestamente dedicado al partido. En tanto que orador, era seco, nada original, con un fuerte acento de Königsberg. No era un escritor en absoluto. A principios de siglo se dedicó al estudio de la filosofía kantiana, pero ésta no imprimió en él ningún trazo profundo. A instancias de Liebknecht, Haase estaba muy ligado con los revolucionarios rusos: por Königsberg pasaban numerosas vías ilegales que permitían hacer transitar por Rusia a emigrados y literatura clandestina. En 1903, cuando la policía alemana emprendió una acción enérgica contra el contrabando revolucionario, Haase se mostró como el más encarnecido defensor de los revolucionarios rusos.

Bebel sentía una fuerte inclinación hacia Haase. El idealismo de este último le encantaba al anciano. Haase estaba desprovisto de todo idealismo elevado revolucionario, pero tenía el suyo, más estrecho y más prosaico. Por ejemplo, para consagrarse mejor a las tareas del partido, renunció a su despacho de abogado en Königsberg (rasgo que no es frecuente entre los altos burócratas socialdemócratas). Bebel, con gran perplejidad de los revolucionarios rusos, recomendó de forma insistente a Haase para el puesto de segundo presidente del comité central del partido. Afable y atento en sus relaciones personales, Haase se mantuvo en política, casi hasta el final, como lo que era por naturaleza: un honorable demócrata de provincias, sin amplitud de miras, sin temperamento revolucionario. En circunstancias críticas, evitaba mucho las decisiones muy claras, recurriendo a medidas a medias y a la espera. Nada de sorprendente hubo, pues, en que los Independientes lo escogieran como a uno de sus jefes. Conservó ese puesto hasta su muerte.

Hugo Haase



Karl Liebknecht

Ledebour y Hoffman[31]

Georges Ledebour encabezó la delegación alemana, el primero por edad y popularidad. Siempre fue el mismo: los acontecimientos no habían dejado ninguna huella externa en él. Durante mis siete años de residencia en Viena, viajé con frecuencia a Berlín y casi todas las veces me encontré con Ledebour allí, ya sea en el Reichstag, en casa de Kautsky o en el café Fürstenhof, donde Ledebour bajaba las escaleras cojeando fuertemente con su pierna más corta. Los rusos y los polacos contaban con él como amigo, y a veces lo llamaban Ledeburov, a veces Ledebursky. Por lo demás, sus lazos con Rusia y Polonia nunca fueron más allá de los intereses puramente parlamentarios o de la asistencia personal a los exiliados rusos, mientras que su joven camarada Karl Liebknecht trabó lazos espirituales muy fuertes con la juventud de Rusia. Ledebour debía tener al menos sesenta y cinco años, porque recuerdo que en 1910 o 1911 asistí en casa de Kautsky a la celebración de su sesenta cumpleaños. Auguste Bebel, que había cumplido ochenta años, participó en la ceremonia. El partido había alcanzado entonces su cénit. Su organización, su prensa, sus fondos, florecían de una manera como nunca antes lo habían hecho. Los ancianos registraban automáticamente los éxitos y miraban al futuro sin miedo. Héroe de la fiesta, Ledebour dibujaba caricaturas durante la cena y recibía la aprobación unánime. Era sin duda un caricaturista de talento, y la ironía y el humor bilioso formaban buena parte de su temperamento, que, según la vieja clasificación, debe considerarse como colérico en el más alto grado. Han pasado cinco años desde la cena de la fiesta de los canosos... ¡Cuántos cambios provocados por el tiempo, que esconde otros aún más colosales!

Ledebour, acompañado por Franz Mehring, salió de las filas de los periodistas democráticos para entrar en la socialdemocracia, pero fue mucho más activo como parlamentario que como periodista. A menudo tuvo éxito en la cámara; en las ocasiones en que no era necesario tratar de alta política, sino cuando Ledebour tenía la oportunidad de ejercer su cáustico verbo para atacar y despedazar al oponente. A menudo provocaba votos de desconfianza; los liberales le odiaban más, si es posible, que los conservadores; les devolvía el favor con sarcasmos, que lanzaba con una sonrisa desdeñosa en su fino y afeitado rostro vivaz de actor.

Adolf Hoffmann había cambiado poco, también un viejo con un elegante peluquín blanco, con rasgos a la Rochefort. Antiguo miembro del Reichstag, fue derrotado en las últimas elecciones y sólo conservó un escaño en el Landtag prusiano, donde combinó sus esfuerzos con los de Liebknecht para combatir la "prusificación", la violencia de la esclavitud. Hoffmann todavía se consideraba a sí mismo como un extremista de izquierda. Hace unos años, cumplió los Diez Mandamientos de los Socialdemócratas y se ganó el apodo de "Hoffman, el de los Diez Mandamientos". Era un orador popular, con una voz aguda, gestos agudos, y un montón de bromas y juegos de palabras que a menudo dolían mucho. Estaba convencido de que un verdadero demócrata, antes de ir a la guerra contra los "militaristas" extranjeros, debe poner fin a la reacción de su *propio* país. Hoffmann es más radical que Ledebour; le disgusta que el grupo socialdemócrata de la oposición en el Reichstag "se abstuviera" de votar, en lugar de votar "en contra", en el debate sobre los créditos militares.

[31] Tomado de "Lebedour y Hoffmann", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.

Las relaciones entre la mayoría de los patriotas y el ala izquierda se deterioraron dramáticamente. Ya no se trataba de diferencias teóricas o de diferencias tácticas secundarias, sino de una contradicción fundamental con este hecho crucial: ¿cómo vive la humanidad y a qué aspira? Sudekum y Scheidemann usaron todos los medios para silenciar a sus oponentes. Cuanto más perdían a las masas los dos primeros, más tenían que recurrir al aparato de gobierno y más se envenenaban los conflictos internos del partido... La sesión del Reichstag fue descrita por Ledebour como una protesta contra las medidas represivas tomadas por el gobierno contra el pueblo. Entonces, Scheidemann lo desautorizó.

- ¿Cree que estos tipos organizaron una sesión del partido para juzgarme? ¡Nada de eso! Durante el "escándalo", Scheidemann se acercó a los bancos del gobierno, susurró con los ministros (no con mis colegas del partido, sino con los ministros) y declaró, con el fuerte aplauso del Reichstag, que no estaba autorizado a criticar las acciones de las autoridades militares. ¡Esos son los procedimientos de estos individuos!

- ¡Y sin embargo no decide votar en contra de ellos!, gritó un delegado alemán de izquierdas desde su esquina. Comienza una discusión sobre las tácticas parlamentarias. Ledebour intenta demostrar que la táctica de la abstención es mucho más hábil, sin romper irreparablemente la disciplina del partido. Facilita la conquista de la mayoría de la fracción parlamentaria: "Éramos catorce al principio de la guerra, ahora somos treinta y seis."

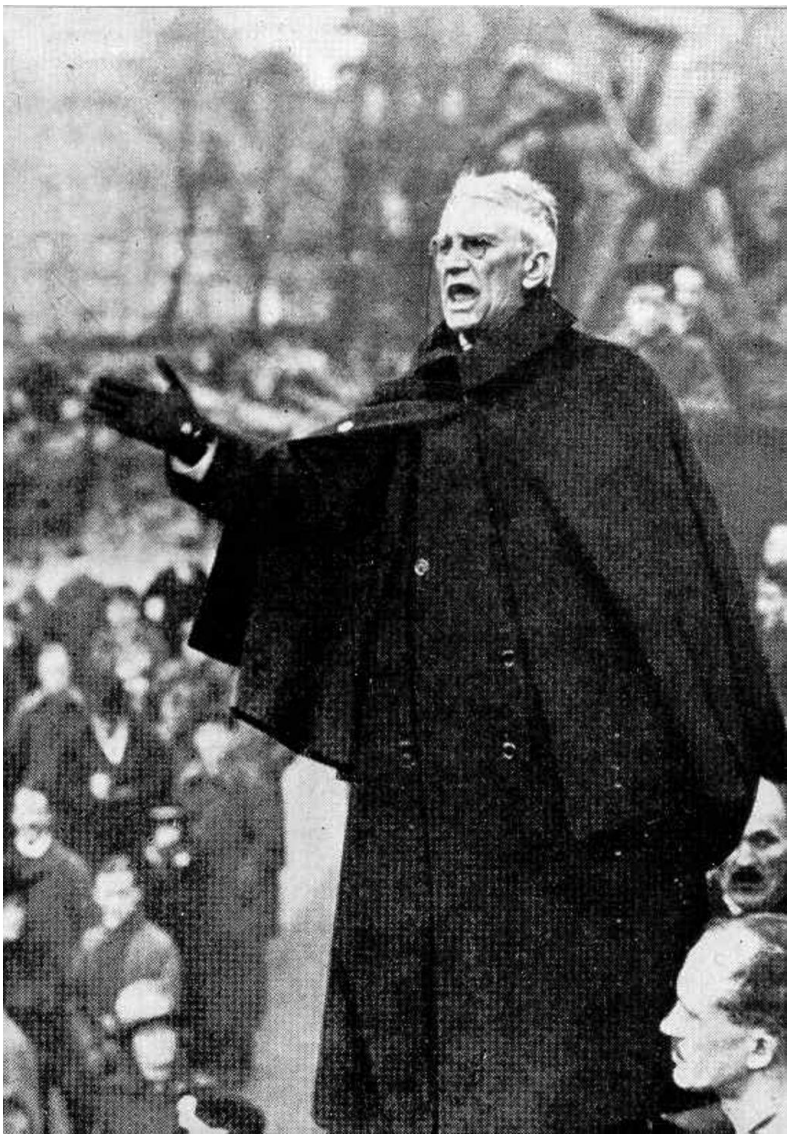
- ¡Pero usted olvida, exclama Hoffmann, la impresión que su comportamiento produce en las masas! Las medias tintas, las medias decisiones siempre han sido erróneas, son inadmisibles frente a los acontecimientos de los que depende el destino de nuestro desarrollo político. Las masas demandan respuestas claras, francas y valientes, *a favor* o *en contra* de la guerra. Y se les debe dar esas respuestas.

A pesar mío no puedo dar los nombres de los otros miembros de la delegación; hacerlo sería exponerlos a la venganza de la policía alemana. En lo que respecta a Ledebour y Hoffmann, se "desenmascararon" firmando el manifiesto redactado en la conferencia, con plena conciencia de lo que estaban haciendo. Pero el resto de la delegación debe permanecer en el anonimato: sólo le puede caracterizar por sus rasgos generales.

Siendo ella misma el ala izquierda de la socialdemocracia oficial, tenía su propia ala izquierda. Expresó sus ideas a través de dos publicaciones: la pequeña revista de propaganda de Jules Burchardt *Lichtstrahlen* [rayo de luz], irreconciliable en el fondo, pero de tono muy moderado y sin mucha influencia política, y el órgano de Luxemburg y Mehring *Die Internationale* que consistió en un solo número, ardiente y combativo y que provocó la prohibición de la revista. Elementos influyentes de la izquierda, Liebknecht y Zetkine estaban cerca del grupo "Internationale". Los partidarios de Luxemburg y Mehring eran nada menos que tres. Uno de ellos pertenecía al periódico *Lichstrahlen*. Entre los demás miembros de la delegación, dos eran parlamentarios que sostenían las opiniones de Ledebour, mientras que otros dos no tenían una posición definida. Hoffmann, como ya hemos dicho, es de la "extrema izquierda", pero pertenece a la vieja generación, y la juventud de la izquierda está buscando otros caminos[32].

Kievskaya Mysl, número 296, 25 de octubre de 1915

[32] Ledebour, incluso ahora, es uno de los líderes del partido "independiente". Hoffmann, después de la escisión de los "independientes", se unió al partido comunista. Pero luego, junto a Levi, rompió con el partido y volvió a los "independientes". Nota del traductor al francés [1922].



Georg Ledebour

Adolf Hoffmann

C. Rakovsky y B. Koralov[33]

En la redacción de *Berner Tagwacht* encontré una sociedad muy variopinta y extraordinaria para los tiempos que corren. Había allí dos redactores berlineses, una militante del movimiento femenino de Stuttgart, dos sindicalistas franceses (el secretario de la Federación del Metal, Merrheim y el de la Federación de Toneleros, Bourderon) el doctor Rascovsky de Bucarest, un polaco y un suizo. Se trataba de los primeros delegados llegados para participar en la conferencia [de Zimmerwald]. Grimm no se encontraba allí (realizaba un pequeño viaje de propaganda y no llegaría hasta la noche). Morgari se encontraba en Londres y se esperaban telegramas de él en cualquier momento anunciando la venida de los delegados británicos.

En la persona de Rascovsky encontré a un viejo amigo. Es una de las más internacionales figuras del movimiento obrero europeo. Es búlgaro de nacimiento, pero súbdito rumano. Es médico francés por sus estudios, pero miembro de la intelectualidad rusa; está atraído por las Bellas Letras (bajo la firma de Insarov ha publicado en ruso toda una serie de artículos periodísticos y un libro sobre la III República); domina todas las lenguas balcánicas y tres lenguas europeas; ha participado en la vida interna de cuatro partidos socialistas (búlgaro, rumano, francés y ruso) y actualmente encabeza el partido rumano.

La política seguida por este último es paralela hasta cierto punto a la del partido socialista italiano. Los socialistas rumanos, luchando por la neutralidad, recibían halagos o reprimendas por parte de los franceses o de los alemanes según las oscilaciones del gobierno rumano que, con cada cambio de política, obligaba a los "neutralistas" a cambiar sus objetivos. Sudekum llegó a Bucarest el pasado otoño para "incitar" a los socialistas rumanos a oponerse a una intervención a favor de los Aliados. Se declinó su ayuda. Pero cuando Charles Dumas, jefe del gobierno de Sembat, se dirigió a Rakovsky exponiéndole el punto de vista francés, el rumano le respondió con el envío de un opúsculo entero, de tono moderado, pero de fondo significativo (*El socialismo y la guerra*, Bucarest, 1915[34]). Rakovsky desarrolla el tema según el cual los partidos socialistas francés y alemán no se diferencian por su táctica de principios, sino que en ellos se dibujan los signos precursores de concepciones irreconciliables: "No estamos, pues, ante dos tácticas sino en presencia de *dos socialismos*."[35]

[33] Tomado de "C. Rakovsky y B. Kolarov", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.
[34] Ver en nuestro sello hermano Alejandría Proletaria: http://grupgerminal.org/?q=node/792 .
[35] *El socialismo y la guerra*, Alejandría Proletaria, página 23.

Rakovsky

-¿Harán ustedes la guerra?

-Pregúnteselo a los búlgaros, nos responde Rascovsky. Nuestro gobierno todavía mantiene la neutralidad. Pero existen demasiados motivos para que supongamos que la intervención búlgara hará hundirse la tabla poco segura sobre la que se mantiene el gobierno Bratianu.

(Le recuerdo al lector que estas palabras fueron pronunciadas en septiembre de 1915)

-¿Harán ustedes la guerra? Le planteé esta pregunta al día siguiente al diputado búlgaro, Basil Koralov, uno de los principales dirigentes del partido de los oprimidos, abogado, oficial de reserva, condecorado por su bravura ante los turcos.

-La haremos, me respondió casi sin dudarlo. La neutralidad observada por Radoslavov es puramente *atentista*. La cuestión de Constantinopla, tal y como ha sido planteada por la Entente, es un factor decisivo para la orientación de la política búlgara. Por otra parte, las derrotas rusas han animado mucho a los germanófilos, herederos de la tradición estambuliana.

-¿Eso quiere decir que ustedes lucharán al lado de Alemania?

-Evidentemente. ¿Lo duda usted?

-La prensa francesa mantiene al respecto las ilusiones en la opinión pública… ¿Cuál será la posición de su partido?

-Somos socialistas "estrechos", lucharemos hasta el final contra la intervención, después contra la guerra. Pero no podemos esperar un éxito inmediato de nuestra resistencia.

-¿Y los otros socialistas, los "amplios"?

-Siguen más o menos al bloque rusófilo. Pero desde el mismo momento en que Radoslavov ponga a la nación ante el hecho cumplido (la intervención), harán lo mismo que los burgueses rusófilos: so pretexto del interés nacional, de la imposibilidad de desgarrar al país en momentos tan trágicos, etc., etc., se inclinarán ante la política del poder. En este sentido, la prensa gubernamental trabaja sobre la opinión pública.

-De hecho, prosigue nuestro interlocutor, ¿sabe usted que nuestro zar Ferdinand les sonríe a los socialistas "amplios"? Durante las vacaciones se reunió con uno de los líderes de ese partido y se quejó amargamente de que los socialistas no confíen en él, cuando él les es próximo de todo su corazón. El diario del "demócrata" Malinov llama al zar, con una ironía sospechosa y celosa, el "socialista coronado".

Las predicciones de mi perspicaz interlocutor (actualmente debe encontrarse verosímilmente en las filas del ejército búlgaro en campaña) se realizaron plenamente. Koralov tuvo a penas tiempo para volver a su casa, en Plovdiv, cuando Bulgaria ya decretaba la movilización. Los socialistas "amplios", en calidad de patriotas, no le plantearon ningún obstáculo a Radoslavov. Los "estrechos" mantuvieron su línea hasta el final. El último número de su diario que me ha llegado, *Rabotnichevsky Viestnik*, caracteriza las condiciones bajo las que se desarrolla la lucha contra las aventuras del gobierno búlgaro: "Nuestras reuniones están prohibidas, nuestros carteles son confiscados, nuestros oradores y propagandista amenazados, golpeados o arrestados; se secuestran los telegramas que se nos dirigen y que contienen vivas protestas contra el aventurerismo nacionalista y reclaman la paz."

Rakovsky y Kolarov participaban en la conferencia no sólo en calidad de delegados de los partidos obreros rumano y búlgaro, sino también en tanto que representantes de la Federación Socialdemócrata Balcánica, creada en la Conferencia de todos los Balcanes celebrada el verano pasado en Bucarest.

Vasil Kolarov

La Federación Democrática de la Península de los Balcanes, unión de todos esos estados ligados por condiciones económicas y destinos históricos comunes, marcha bajo la bandera de la unión de los jóvenes partidos overos. Los socialistas de los Balcanes han hecho avanzar este programa durante las dos últimas guerras. Más que nunca están convencidos de que la salvación sólo puede venir de una república federada. Pero para alcanzar ese objetivo la historia no ofrece un camino directo. El baño de sangre europeo engulle también a los pueblos de los Balcanes. Van hacia la unión inevitable a través de una destrucción mutua. ¡Cuántos defensores de la federación han caído durante las últimas guerras! El golpe más sensible asestado a la socialdemocracia de los Balcanes, en general, y a la socialdemocracia serbia en particular, fue la muerte en el campo de batalla de Dmitri Tutsevich, una de las más heroicas figuras del movimiento obrero serbio.

Kievskaya Mysl, número 294, 23 de octubre de 1915

Dobrogeanu-Gherea[36]

El 18 de mayo nuestro partido rumano festejó los cuarenta años de actividad revolucionaria de su fundador e inspirador espiritual, K. Gherea. En vísperas de la guerra ruso-turca se detuvo en Rumania haciendo camino; algunos años más tarde y bajo el nombre Gherea, nuestro colaborador había adquirido una enorme influencia, primero sobre la intelectualidad rumana, después, sobre los trabajadores avanzados. La crítica literaria de base socialista era el principal dominio en el Gherea, escritor "por la gracia de Dios", formaba la conciencia de grupos avanzados de la intelectualidad rumana. A partir de cuestiones de estética y moral personal, Gherea llevaba al socialismo consciente. Es cierto que en Rumania la época de la intelectualidad socialista terminó en un crac más sangriento que en cualquier otra parte. Entre los ministros, diplomáticos, prefectos, se podía encontrar a muchos que habían aprendido de Gherea el *abc* del pensamiento político. Felizmente no eran los únicos. A partir de 1890, la escuela marxista de Gherea formaba a toda una generación de socialistas compuesta por trabajadores. Ellos fueron quienes, junto a Gherea y Rakovsky, crearon el nuevo partido socialista en la época de la revolución rusa.

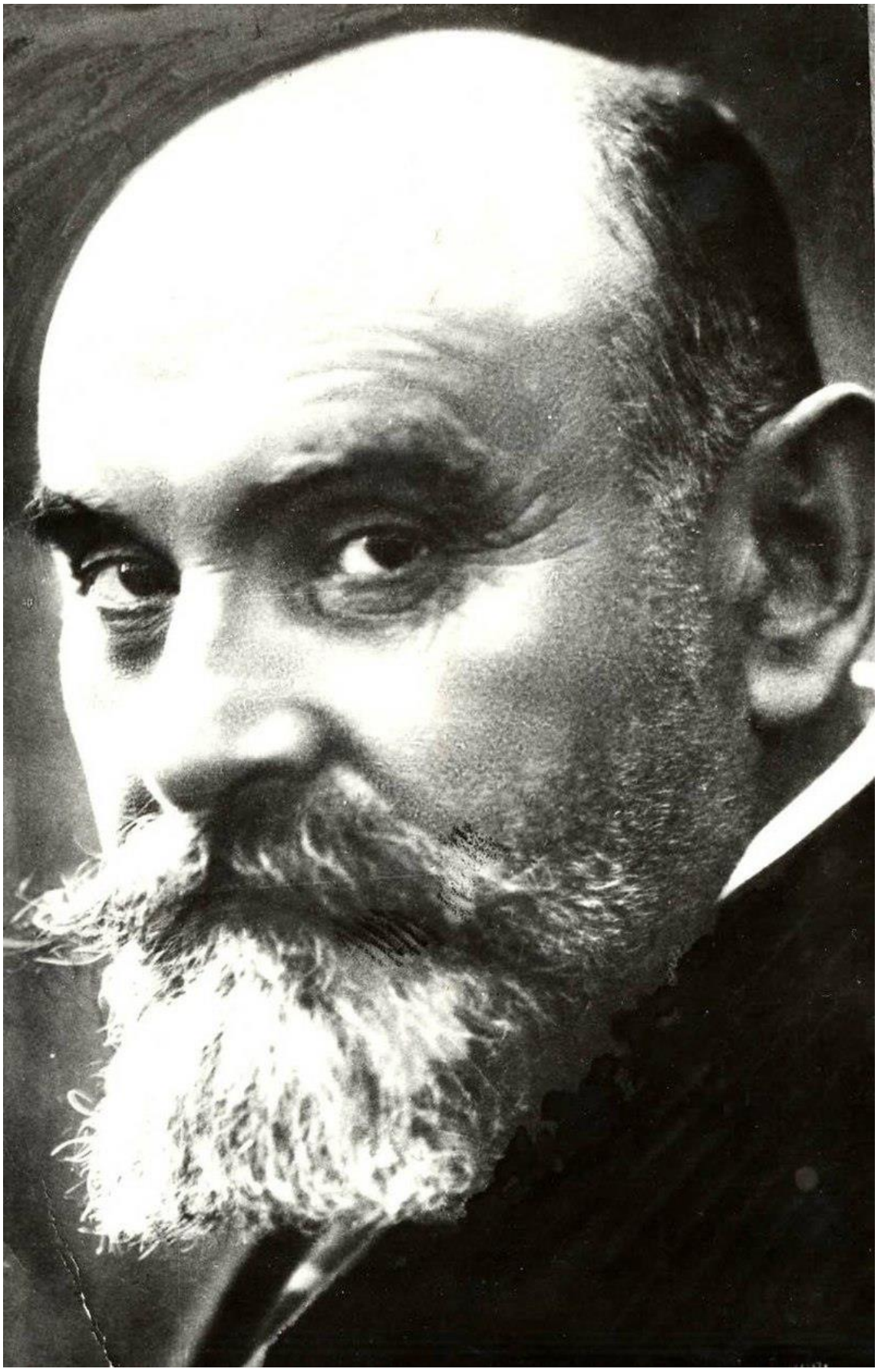
En 1908, tras una violenta revuelta campesina, Gherea publicó *La nueva servidumbre*, un libro que es la obra capital de su vida.

Todas las contradicciones de la vida social y política rumana (el campesinado sometido a un yugo jurídicamente revocable, pero restablecido en la práctica por la lógica de las condiciones económicas; el régimen parlamentario, fundamentado en una base agraria de tipo asiático; las libertades "a la inglesa" para las ciudades; el viejo orden turco para el campo) están sometidas a un análisis magistral en la gran obra de Gherea. La simplicidad y la claridad refuerzan la profundidad marxista. La traducción de este libro al ruso hubiera sido una adquisición preciosa para nuestra literatura socialista.

En la época de la guerra de los Balcanes, igual que ahora, Gherea sostuvo una implacable lucha contra el imperialismo rumano, a favor de una federación democrática de los Balcanes. Forjó y afiló las armas con las que luchan los trabajadores rumanos contra los botafuegos patrióticos. Por la claridad y perspicacia de su espíritu, Gherea se mantiene como el teórico y consejero irreemplazable del proletariado rumano. Estrechando la mano de nuestro viejo amigo, le deseamos salud y fuerza para las luchas venideras. No hablamos de su dinamismo y fe en el futuro pues no le faltan ninguna de esas cualidades.

Nache Slovo, 29 mayo de 1915

[36] Tomado de "Drobogeanu-Gherea", en Trotsky inédito en internet y en castellano – Edicions Internacionals Sedov.



Dobrogeanu-Gherea

Martires de la Tercera Internacional

Karl Liebknecht

Rosa Luxemburg

Karl Liebkencht y Rosa Luxemburg[37]

(1919)

El inflexible Karl Liebknecht

Acabamos de sufrir la mayor de las pérdidas. El duelo nos embarga por partida doble.

Nos han arrebatado a dos líderes, dos jefes cuyos nombres quedarán inscritos por siempre jamás en el libro de oro de la revolución proletaria: Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg.

El nombre de Karl Liebknecht se dio a conocer en todo el mundo en los primeros días de la gran guerra europea.

Desde la primeras semanas de esta guerra, cuando el militarismo alemán festejaba sus primeras victorias, sus primeras orgías sangrientas, cuando los ejércitos alemanes lanzaban su ofensiva sobre Bélgica destruyendo sus fortalezas, cuando parecía que los cañones de 420 milímetros podrían someter el universo entero a los pies de Guillermo II, cuando la socialdemocracia alemana, con Scheidemann y Ebert a su cabeza, se arrodillaba ante el militarismo y el imperialismo alemán que parecían poder someter todo el mundo (tanto en el exterior, con la invasión del norte de Francia, como en el interior, dominando no solo a la casta militar y a la burguesía sino incluso a los representantes oficiales de la clase obrera), enmedio de estos días sombríos y trágicos una sola voz se levantó en Alemania para protestar y maldecir: la de Karl Liebknecht.

Y su voz resonó en todo el mundo. En Francia, donde el espíritu de las masas obreras aún se encontraba obsesionado por la ocupación alemana y el partido de los social-patriotas predicaba desde el poder una lucha sin cuartel contra el enemigo que amenazaba París, la burguesía y los mismos chovinistas tuvieron que reconocer que únicamente Liebknecht era la excepción a los sentimientos que animaban a todo el pueblo alemán.

En realidad, Liebknecht no se encontraba solo: Rosa Luxemburg, mujer con gran coraje, luchaba a su lado, pese a que las leyes burguesas del parlamentarismo alemán no le permitieran lanzar su protesta desde lo alto de la tribuna, como hacía Karl Liebknecht. Es preciso señalar que Rosa Luxemburg estaba secundada por los elementos más conscientes de la clase obrera, en la que habían germinado sus poderosos pensamiento y palabra. Estas dos personalidades, dos militantes, se complementaban mutuamente y marchaban juntas es pos del mismo objetivo.

Karl Liebknecht encarnaba el tipo del revolucionario inquebrantable en el sentido más amplio del término. En torno a él se tejían innumerables leyendas y su nombre iba acompañado de esos informes y comunicados de los que nuestra prensa era tan generosa cuando estaba en el poder.

En la vida diaria Karl Liebknecht era (¡ay!, ya sólo podemos hablar en pasado) la encarnación misma de la bondad y la amistad. Podríamos decir que su carácter era de una dulzura absolutamente femenina, en el mejor sentido del término, y su voluntad de revolucionario, de un temple excepcional, le hacía capaz de combatir hasta la muerte por los principios que profesaba. Y lo demostró elevando sus protestas contra los representantes de la burguesía y los traidores socialdemócratas del Reichtag alemán, cuya

[37] Tomado de "Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg", en Archivo León Trotsky – sección en español del MIA.

atmósfera estaba saturada por los miasmas del chovinismo y el militarismo triunfantes. Lo demostró levantado en Berlín, en la plaza de Postdam, el estandarte de la rebelión contra los Hohenzollern y el militarismo burgués.

Fue detenido. Pero ni la prisión, ni los trabajos forzados lograron quebrar su voluntad y, liberado por la revolución de noviembre, Liebknecht se puso a la cabeza de los elementos más valerosos de la clase obrera alemana.

Rosa Luxemburg - La fuerza de las ideas

El nombre de Rosa Luxemburg no es tan conocido en Rusia o fuera de Alemania, pero se puede decir sin temor a exagerar que su personalidad no desmerece en nada a la de Liebknecht.

De constitución pequeña, débil y enfermiza, Rosa sorprendía por su poderosa mente.

Ya he dicho que estos dos líderes se complementaban mutuamente. La intransigencia y la firmeza revolucionaria de Liebknecht se combinaban con una dulzura y una amenidad femeninas, y Rosa Luxemburg, a pesar de su fragilidad, estaba dotada de un intelecto poderoso y viril.

Ferdinand Lasalle ya escribió sobre el esfuerzo físico del pensamiento y la tensión sobrenatural de que es capaz el espíritu humano para vencer y superar obstáculos materiales. Esta era la energía que comunicaba Rosa Luxemburg cuando hablaba desde la tribuna, rodeada de enemigos. Y tenía muchos. A pesar de ser pequeña de talla y de aspecto frágil, Rosa Luxemburg sabía dominar y mantener la atención de grandes auditorios, incluso cuando eran hostiles a sus ideas.

Era capaz de reducir al silencio a sus más resueltos enemigos mediante el rigor de su lógica, sobre todo cuando sus palabras se dirigían a las masas obreras.

Lo que hubiera podido suceder en Rusia durante las jornadas de julio

Nosotros sabemos muy bien cómo procede la reacción para organizar ciertas revueltas populares. Todos nos acordamos de aquellos días de julio entre los muros de Petrogrado, cuando las bandas negras organizadas por Kerensky y Tseretelli contra los bolcheviques masacraban a los obreros, acosando a los militantes, fusilando y pasando a bayoneta a los obreros aislados que eran sorprendidos en las calles. Los nombres de los mártires proletarios, como Veinoff, aún están presentes en la memoria de casi todos nosotros. Si fuimos capaces entonces de conservar a Lenin, y a Zinóviev, fue porque pudieron escapar de los asesinos. Y entonces se levantaron algunas voces entre los mencheviques y socialrevolucionarios para reprochar a Lenin y Zinóviev el haberse librado de un juicio en el que les hubiera resultado sencillo rebatir las acusaciones de ser espías alemanes. ¿Pero, a qué tribunal se referían? ¿Acaso aquél al que fue conducido más tarde Liebknecht, y en el que a mitad de camino Lenin y Zinóviev hubieran sido fusilados por intento de evasión? Sin duda ésta hubiera sido la declaración oficial. Tras la terrible experiencia de Berlín, no podemos menos que felicitarnos de que Lenin y Zinóviev se abstuvieran de comparecer ante en tribunal del gobierno burgués.

Aberración histórica

¡Pérdida irreparable, traición sin parangón! Los jefes del partido comunista alemán ya no están entre nosotros. Hemos perdido a nuestros mejores compañeros, ¡y sus asesinos siguen formando parte del partido socialdemócrata que osa remontar su

genealogía hasta Karl Marx! ¡Esos son los hechos, camaradas! El mismo partido que traicionó los intereses de la clase obrera desde el principio de la guerra, que apoyó al militarismo alemán, que alentó la destrucción de Bélgica y la invasión de las provincias septentrionales francesas, el partido cuyos jefes nos dejaron en manos de nuestros enemigos los militaristas alemanes cuando tuvieron lugar las conversaciones de paz de Brest-Litovsk, ¡ese mismo partido y sus jefes (Scheidemann y Ebert) se autodenominan aún marxistas al tiempo que organizan las bandas negras que han asesinado a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg!

Ya hemos conocido con anterioridad una aberración histórica similar, una felonía análoga, pues lo mismo pasó con el cristianismo. El cristianismo evangélico era una ideología de pescadores oprimidos, de esclavos, de trabajadores aplastados por la sociedad, una ideología de proletarios. ¿Y acaso no fue acaparado por aquellos que monopolizaban la riqueza, por los reyes, los patriarcas y los papas? Indudablemente, el abismo que separa el cristianismo primitivo, tal como surgió de la conciencia del pueblo y las capas inferiores de la sociedad, del catolicismo y las teorías ortodoxas es tan profundo como el que ahora separa las teorías de Marx, puro fruto del pensamiento y los sentimientos revolucionarios, de los residuos ideológicos burgueses con los que trafican los Scheidemann y Ebert de todos los países.

¡La sangre de los militantes asesinados clama venganza!

¡Camaradas! Estoy convencido que este abominable crimen será la última canallada de la lista que han perpetrado los Scheidemann y Ebert. El proletariado ha soportado durante mucho tiempo las iniquidades de aquellos a quienes la historia colocó a su cabeza. Pero su paciencia se agota y este último crimen no quedará impune. La sangre de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburg clama venganza; las calles de Berlín, y la plaza de Postdam, donde Karl Liebknecht fue el primero en levantar el estandarte de la revuelta contra los Hohenzollern, hablarán. ¡Sus adoquines, no lo dudéis, servirán para levantar nuevas barricadas contra los ejecutores de estas infamias, los perros guardianes de la sociedad burguesa, contra los Scheidemann y los Ebert!

La lucha no ha hecho más que comenzar

Scheidemann y Ebert han sofocado, por el momento, al movimiento espartaquista (comunistas alemanes). Han asesinado a dos de los mejores jefes de este movimiento y puede que aún festejen la hora de su victoria. Pero este triunfo es ilusorio, pues de hecho aún no ha tenido lugar ninguna acción decisiva. El proletariado alemán todavía no se ha sublevado para conquistar el poder político. Por parte del proletariado, todo lo que ha precedido a los actuales sucesos no ha sido más que una importante maniobra de reconocimiento para descubrir las posiciones del enemigo. Son los preliminares de la batalla, pero no la batalla misma. Unos preliminares indispensables para el proletariado alemán, igual que nos fueron indispensables las jornadas de julio.

El papel histórico de las jornadas de julio

Ya conocéis el curso de los acontecimientos y su lógica interna. A fines de febrero de 1917 (según el antiguo calendario), el pueblo había derrocado la autocracia y, durante las primeras semanas, parecía que se había conseguido ya lo esencial. Los hombres de nuevo temple que surgieron de los otros partidos (partidos que no habían tenido un papel

preponderante entre nosotros) gozaron en un primer momento de la confianza, o mejor semiconfianza, de las masas obreras.

Petrogrado, como era preciso, se encontraba a la cabeza del movimiento. Tanto en febrero como en julio constituía la vanguardia que llamaba a los obreros a una guerra declarada contra el gobierno burgués, contra los partidarios de la Entente. Y esta vanguardia fue la que llevó a cabo las grandes maniobras de reconocimiento.

Precisamente durante las jornadas de julio chocó directamente con el gobierno de Kerensky.

No se trataba aún de la revolución, tal y como la realizamos en octubre: fue una experiencia cuyo sentido no estaba todavía claro para las masas obreras.

Los trabajadores de Petrogrado se limitaron a declarar la guerra a Kerensky. Pero en el choque que se produjo pudieron convencerse y probar a las masas obreras del mundo entero que Kerensky no estaba apoyado por ninguna fuerza revolucionaria real y que su partido estaba formado por la burguesía, la guardia blanca y la contrarrevolución.

Recordaréis que las jornadas de julio terminaron para nosotros con una derrota en el sentido formal del término: los camaradas Lenin y Zinóviev se vieron obligados a ocultarse. Muchos de los nuestros fueron encarcelados; nuestros diarios fueron cerrados, el sóviet de diputados obreros y soldados reducido a la impotencia, las tipografías obreras saqueadas, los locales de las organizaciones obreras clausurados; las bandas negras lo invadieron todo, lo destruyeron todo.

En Petrogrado pasó exactamente lo mismo que pasó en 1919 en las calles de Berlín. Pero nosotros no dudamos ni por un instante de que las jornadas de julio no eran más que el preludio de nuestra victoria.

Durante ellas pudimos evaluar el número y la composición de las fuerzas del enemigo; pusieron en evidencia que el gobierno de Kerensky y Tseretelli era en realidad un poder al servicio de los capitalistas y de los grandes propietarios contrarrevolucionarios.

Los mismos acontecimientos se produjeron en Berlín

Análogos acontecimientos tuvieron lugar en Berlín. En Berlín, como en Petrogrado, el movimiento revolucionario estaba por delante de las masas obreras atrasadas. Igual que en Rusia, los enemigos de la clase obrera gritaban: "¡No podemos someternos a la voluntad de Berlín!; ¡Berlín está aislado!; ¡es preciso reunir una Asamblea Constituyente y llevarla a una ciudad de provincias con tradiciones más sanas! ¡Berlín está pervertido por la propaganda de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburg!". Todo lo que sucedió en Rusia, todas las calumnias y toda la propaganda contrarrevolucionaria que soportamos allí, todo ha sido traducido al alemán y propagado aquí por Scheidemann y Ebert contra el proletariado alemán y contra los jefes del partido comunista, Liebknecht y Rosa Luxemburg. Cierto es que toda esta campaña ha revestido en Alemania unas proporciones más amplias que en Rusia, pero ello se debe al hecho de que los alemanes repiten unos acontecimientos que ya tuvieron lugar en nuestro país; además, los antagonismos de clase están mucho más netamente marcados en Alemania.

En nuestro país, camaradas, cuatro meses separaron la revolución de febrero y las jornadas de julio. Cuatro meses necesitó el proletariado de Petrogrado para experimentar la necesidad absoluta de echarse a la calle para romper las columnas sobre las que se sustentaba el templo de Kerensky y Tseretelli.

Y tras las jornadas de julio transcurrieron cuatro meses antes de que las tropas de la inmensa reserva de provincias llegasen a Petrogrado y nos permitieran, en octubre de

1917(o noviembre, con el nuevo calendario), lanzarnos al asalto de las posiciones enemigas seguros de nuestra victoria.

En Alemania, la primera explosión revolucionaria tuvo lugar en noviembre y los acontecimientos análogos a nuestras jornadas de julio en enero. El proletariado alemán lleva a cabo su revolución con un calendario más apretado. Lo que a nosotros nos costó cuatro meses, a ellos no les llevó más de dos.

No cabe duda de que esta proporción se mantendrá hasta el final. Puede que de las jornadas de julio "alemanas" a su octubre no pasen cuatro meses, como en Rusia, sino apenas otros dos.

Los tiros que ha recibido Karl Liebknecht por la espalda, no lo dudéis, han resonado con fuerza por toda Alemania. Y el rumor ha debido sonar como una campana fúnebre para los oídos de los Scheidemann y Ebert.

Acabamos de cantar el *Requiem* por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. Nuestros jefes han muerto y ya no los veremos más. ¿Pero cuántos de vosotros, camaradas, los habéis conocido personalmente en vida? Una pequeña minoría.

Y, sin embargo, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg siempre han estado presentes entre vosotros.

En vuestras reuniones y congresos habéis elegido a menudo a Karl Liebknecht como presidente de honor. Aunque ausente, asistía a vuestras reuniones y ocupaba un sitio de honor en vuestra mesa. Pues el nombre de Karl Liebknecht no designa solamente a una persona determinada y aislada, para nosotros su nombre encarna todo lo que hay de bueno, noble y grande en la clase obrera, en su vanguardia revolucionaria.

Todo eso es lo que vemos en Karl Liebknecht. Y cuando uno de nosotros imagina un hombre invulnerablemente acorazado contra el miedo y la debilidad, un hombre absolutamente íntegro, pensamos en Karl Liebknecht.

No solamente ha sido capaz de derramar su sangre (puede que no haya sido éste el rasgo principal de su carácter), osó levantar la voz enmedio de la furia de nuestros enemigos, en una atmósfera saturada de los miasmas del chovinismo, cuando toda la sociedad alemana guardaba silencio y el militarismo campaba por sus respetos. Él se atrevió a levantar la voz y decir: "Káiser, generales, capitalistas y vosotros (Scheidemann que estranguláis a Bélgica, que devastáis el norte de Francia y queréis dominar el mundo entero) yo os desprecio, os odio, os declaro la guerra, una guerra que estoy dispuesto llevar hasta el final".

¡Camaradas, si bien el envoltorio material de Liebknecht ha desaparecido, su memoria permanece y permanecerá imborrable!

Junto al de Karl Liebknecht, el nombre de Rosa Luxemburg se conservará para siempre en los fastos del movimiento revolucionario universal.

¿Conocéis las leyendas sobre los santos y su vida eterna? Estas historias se basan en la necesidad que tienen los hombres de conservar la memoria de los que, como líderes, les han servido honesta y verazmente; necesitan inmortalizarlos envolviéndolos en una aureola de pureza.

Camaradas, nosotros no tenemos necesidad de estas leyendas; no necesitamos canonizar a nuestros héroes, nos basta la realidad de los acontecimientos que estamos viviendo, por sí misma legendaria, que pone de manifiesto la fuerza de espíritu de nuestros jefes y forja unos caracteres que destacan sobre el resto de la humanidad.

Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg vivirán eternamente en nuestro recuerdo. Siempre, en todas las reuniones en las que hemos evocado a Liebknecht hemos sentido su presencia, y la de Rosa Luxemburg, con una claridad extraordinaria, casi material.

Y la sentimos ahora, en estos trágicos momentos en los que nos sentimos espiritualmente unidos a los más nobles trabajadores de Alemania, de Inglaterra y del mundo entero, todos abrumados por el mismo e inmenso dolor.

En esta lucha, y ante estas pruebas, los sentimientos no conocen fronteras.

Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht son nuestros hermanos

Para nosotros Liebknecht no es sólo un líder alemán, igual que Rosa Luxemburg no es sólo una socialista polaca que se puso a la cabeza de los obreros alemanes... Ambos son nuestros hermanos; estamos unidos a ellos por lazos morales indisolubles.

¡Camaradas! Jamás repetiremos esto demasiado pues Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg estaban estrechamente unidos al proletariado revolucionario ruso.

La vivienda de Liebknecht en Berlín era el centro de reunión de nuestros emigrados.

Cuando se trataba de protestar en el parlamento alemán, o en la prensa, contra los servicios que prestaban los imperialistas germanos a la reacción rusa, nos dirigíamos a Karl Liebknecht. Él llamaba a todas las puertas e influía sobre todos (incluso sobre Sheidemann y Ebert) para determinarlos a reaccionar contra los crímenes del imperialismo.

Rosa Luxemburg lideró el partido socialdemócrata polaco que junto al partido socialista forman hoy el partido comunista.

En Alemania, Rosa Luxemburg, con el talento que la caracterizaba, profundizó en la lengua y la vida política del país y pronto ocupó un lugar destacado en el antiguo partido socialdemócrata.

En 1905, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg tomaron parte en todos los acontecimientos de la revolución rusa. Rosa Luxemburg fue incluso arrestada por su condición de militante activa y puesta bajo vigilancia tras su excarcelación de la ciudadela de Varsovia. Entonces pasó ilegalmente (1906) a Petrogrado y allí frecuentaba nuestros círculos revolucionarios. Visitaba a nuestros detenidos en las prisiones y nos servía en el sentido más amplio del término de agente de enlace con el mundo socialista de entonces. Pero además de todas estas relaciones personales, guardamos de nuestra comunión moral con ella (de esta comunión que crea la lucha en nombre de grandes principios y esperanzas) el más hermoso de los recuerdos.

Hemos compartido con ella la mayor de las desgracias que haya conocido la clase obrera universal (la vergonzosa bancarrota de la II Internacional en agosto de 1914). Y con ella levantaron la bandera de la III Internacional los mejores de entre nosotros, y la han sostenido con orgullo sin desfallecer un solo instante.

Hoy en día, camaradas, ponemos en práctica los preceptos de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg en la lucha que mantenemos. Sus ideas nos inspiran cuando, en un Petrogrado sin pan ni fuego, trabajamos para construir un nuevo régimen soviético. Y cuando nuestros ejércitos avanzan victoriosos en todos los frentes, el espíritu de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburg también los anima.

En Berlín, la vanguardia del partido comunista aún no disponía de fuerzas suficientemente organizadas para defenderse. Aún no tenía un ejército rojo, como tampoco teníamos nosotros durante las jornadas de julio, cuando la primera oleada de un movimiento poderoso, pero no organizado, fue quebrada por bandas organizadas, aunque poco numerosas. Aún no hay ejército rojo en Alemania, pero sí lo hay en Rusia. El ejército rojo es un hecho, día a día se organiza y es más numeroso.

Cada uno de nosotros tomará como un deber el explicar a los soldados cómo y por qué han muerto Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, lo que eran y el lugar que debe ocupar su memoria en el espíritu de todo soldado, de todo campesino. Estos dos héroes han entrado para siempre en nuestro panteón espiritual.

Aunque en Alemania no deja de extenderse la ola de la reacción, no dudemos por un instante que el octubre rojo no esté próximo.

Y ahora, dirigiéndonos al espíritu de los dos grandes difuntos, podemos decir: Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, ya no estáis en este mundo, pero seguís entre nosotros; viviremos y lucharemos animados por vuestras ideas, bajo el influjo de vuestra grandeza moral y juramos que si llega nuestra hora moriremos de pie frente al enemigo, como vosotros habéis muerto, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht.

Edicions internacionals Sedov

Núcleo en defensa del marxismo

Germinal

- **01. Trotsky inédito en internet y castellano / Obras Escogidas**
- **02. Obras Escogidas de León Trotsky en español**
- **03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano**
- **04. Obres escollides de Lenin en català**
- **05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català**
- **06. León Sedov: escritos**
- **07. Primera Internacional**
- **08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales**
- **08.b Internacional de Mujeres Socialistas**
- **09. Tercera Internacional. Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista**
- **10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional**
- **11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)**
- **12. Marx y Engels, algunos materiales**
- **13. Eleanor Marx**
- **14. Lenin: dos textos inéditos**
- **15. La lucha política contra el revisionismo lambertista**
- **17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal**
- **16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España**

Consulta el catálogo de las series de nuestro sello hermano

Alejandría Proletaria